

Francisco Umbral

Los amores diurnos



He aquí un texto que no tiene género determinado. Libro abierto e inclasificable, poema-ensayo-novela-dietario, rueda de iluminaciones en torno a una figura de mujer, lejos del viejo psicologismo, retrato que se completa con la intuición, narración que avanza a través de la ambigüedad y la pluralidad de significados. Erotismo, lirismo, coloquialismo, intimismo, surrealismo se entrecruzan en una permanente exploración hacia los límites de la condición humana: una especie de diario diurno de un amor nocturno (es decir, onírico), una especie de amor diurno de unos sueños que viven de lo nocturno.

He aquí un Francisco Umbral nuevo, poético/pornográfico, que escribe con todo su cuerpo, con toda su memoria, y también con todo lo que ha olvidado. La raíz poética del texto no procede sólo de su forma sino también de su configuración global. Todo el libro es una metáfora del sexo que va segregando metáforas colindantes: el pene como metáfora, la defecación como metáfora, la sodomización de la mujer como metáfora. Hay una clave permanentemente metafórica, poética en su origen: éste es un ejercicio literario que quiere terminar con muchas ficciones. De ahí la recuperación de las zonas y funciones más malditas del cuerpo humano, a través del lenguaje más directo y callejero, lenguaje de tapia. Umbral deja a Freud en el drugstore y reclama la devolución de todo lo que se había vuelto rígido en los moldes de una cultura desgastada.

He aquí, en suma, una obra maestra de desolación y ambivalencia, un texto infinitamente fugaz, un formidable forcejeo con el lenguaje, un modo nuevo de explorar y de escribir.



Francisco Umbral

Los amores diurnos

ePub r1.0
Titivillus 21.01.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Los amores diurnos*
Francisco Umbral, 1979
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

El placer nos usa.
BAUDELAIRE

No sé si se llamaba Leticia o se llamaba Lutecia. No lo recuerdo ahora, de modo que decido llamarla Leticia/Lutecia, con esa barra estructural que es como una lanza que clavo en su cuerpo de fruta enferma o caballo transparente.

Leticia/Lutecia venía de padres pedernales y abuelos clamorosos, movidos a impulsos de un viento más que por necesidades de la vida. Leticia/Lutecia venía de colegios luminosos con tizas de colores inéditos, muy posteriores a la tiza-tiza, color de tiza, que había que roer para que calcificasen las rodillas. En aquellos colegios había niños afiebrados que recitaban correctamente a Einstein y profesoras emancipadas que les explicaban la vida sexual de los hipogrifos. Leticia/Lutecia venía de amantes pampeanos que le habían dado una infancia de oca e iban todas las mañanas a rebuscar su cama, a ver si la oca había puesto un huevo, y de paso toqueteaban a la niña. Leticia/Lutecia venía de domadores de serpientes que le regalaban la camisa de la serpiente —cuando la serpiente cambiaba la camisa— para que se hiciese una falda. Leticia/Lutecia venía de legendarios historiadores con ciento treinta y un años que la subían a su buhardilla y la tenían tres días seguidos clasificando documentos para que todo estuviese en orden a la llegada inminente de la horda, pero Leticia/Lutecia no sabía si era deseable o terrorífica la llegada de la horda, ni qué horda pudiera ser ésa, y al tercer día regresaba a las calles y se paseaba de noche, sola, por el Madrid de los Austrias, y los regadores de madrugada la regaban hasta quitarle todo el polvillo de los documentos que había recubierto como una muselina las faldas de camisa de serpiente que usaba la niña.

A pesar de todo lo cual llegó a mí virgen, de tanto yacer con ancianos centenarios y chulos de serpiente, o bien porque el himen reflorecía en ella de forma periódica, y tras desnudarla de sus corpiños y despojarla de las tizas del colegio, los huevos de oca y las camisas de serpiente, hundí mi rostro en su espalda como se hunde uno en lo delgado, hasta besar por dentro y por detrás sus senos pueriles, y luego perseguí con las manos y el falo la paloma aleteante y loca de su virginidad, que le andaba por el vientre como por un fanal, hasta que la obtuvimos ensangrentada, jadeante y agradecida.

Leticia/Lutecia venía de hondos caserones de óleo y adobe donde un hombre con cota de malla repartía la sangre y el vino entre los lugareños. Leticia/Lutecia venía de cafés donde los muertos no pagaban consumición, y después de la violación la llevé a una taberna con jamones barrocos y policías que comían pinchando con el puñal. Como era niña de mucho comer, pese a su esbeltez de violín derruido, se comió la ventrisca de la casa, el cordero de la casa, las endivias de la casa, todo en salsa de sangre, landas de vino blanco y rosas de vino tinto.

Se comió incluso la paloma muerta y sangrante de su virginidad, chupándose los deditos infantiles y antiguos, anillados de metales ingenuos.

Los cipreses, los altos y jóvenes cipreses de la puerta de casa, nada funerarios, que llevaban diez años ahí, mirándonos cada vez desde más arriba, se han venido abajo. Bueno, se han venido abajo unos cuantos, con la nevada, como derrotados por un ejército de ángeles espartanos, por una legión de vírgenes violentas. Estaban plantados en falso, supongo, como casi todo árbol urbano, tenían ya más cielo que raíz, más estrellas en la imaginación que tierra en el suelo, y la nevada de anoche —no sé si la primera del año o la última del anterior— los ha derribado con la callada violencia de lo blanco. También lo blanco es una violencia y ahora sé que en la nieve viven asesinos gélidos y en la blancura conspiran concejales sangrientos.

Con esos cipreses que no mirábamos, el cielo iba teniendo algo de huerto. Había sobre nuestras cabezas un huerto que todos quisiéramos tener bajo nuestros pies, y sólo ahora que los cipreses están tendidos de través en el pequeño jardín, como mástiles con las banderolas ensangrentadas, como banderas de una revolución derrotada anoche, como hombres, ahora nos miramos unos a otros, en silencio, y nos preguntamos por el huerto que teníamos y nunca hemos disfrutado.

Estos cipreses se hundían en el cielo, pero no crecían hasta abajo en la tierra, como Gustavo Adolfo Bécquer o cualquier otro romántico, y ahora les ha barrido el viento de las antologías y la nieve del olvido literario. Lo que pasa es que los cipreses han dejado un vacío en el cielo, un patio azul donde no vive nadie, un hueco por el que pasan volando cadáveres de otro barrio y nubes en forma de tractor, que es la forma más frecuente que suelen adoptar las nubes.

Me he quedado toda la mañana mirando ese hueco de cielo que han dejado los cipreses caídos, y he descubierto que es un mar por donde a veces pasa un barco con bandera de Jamaica. Luego han venido los empleados municipales, los de teléfonos, los tíos de las señales de tráfico, los guardabosques, los taladores de bosques, las gestantes con su labor de punto y su revista de divorcios y los de la inmobiliaria con una hormigonera. A media tarde ya tenían casi construido un edificio en ese hueco sobrante de cielo, o sea que sólo he disfrutado una mañana de cielo desolado y en carne viva.

Al último cadáver que ha querido sobrevolar por ahí arriba, le han detenido ya los de la social, como si fuera un borracho, y se lo han llevado a un cementerio.

Por la noche, de vuelta a casa, aún quedaba un agujero en el cielo, considerablemente empequeñecido, y por ese agujero he estado viendo toda mi infancia, el cielo de mi calle, que era de una calidad más fina y más fría, y también he visto ángeles, tronos, dominaciones, potestades, serafines, arcángeles, mucha gente que pasaba por allá arriba, como buscando desolados, por el cielo, a un Dios inexistente.

He estado un rato solo en la calle, espiado por el sereno, fajado por el frío, mirando las cosas que pasaban en ese agujero de cielo, sin decidirme a subir a casa, porque revelaciones como ésta sólo las tengo cada muchos años, del mismo modo que soy un estigmatizado al que se le abren las heridas de la ropa periódicamente, sin que nadie pueda verlas, porque la gente las toma por descosidos o botones caídos.

Sé que mañana, cuando me levante, a lo mejor ya no veré nada.

Algunas noches voy a cenar a los grandes palacios de Madrid, y del fondo confuso de las genealogías, de la perspectiva fría de las grandes escalinatas, se destaca hacia mí, caminando como fuera del tiempo, la figura femenina, usada y de oro, ese resultado de voz y siglos que los escudos arrojan, y los cuadros y la Historia.

Algunas noches voy a cenar a los grandes palacios de Madrid y el silencio piafa en los caballos de Tiziano, y el frío es un arpa inmensa que musicaliza las estancias, y del techo descienden batallas y constelaciones, mientras Picasso y Corot, sentados en un rincón, hablan de sus cosas. La gran mesa oblonga es el lago sólido y ondulante adonde nos asomamos, del que emergen los menús como flores del agua, y hay jóvenes rígidos, con un heráldico dolor de cabeza, y efebos con cuello de cisne, muy vestidos para la cena, que dudamos si serán el discóbolo desnudo, de jade y olvido, que acabamos de ver en el rellano de la escalera.

Hay asimismo puntiagudas mujeres que fuman en boquilla de estaño los tabacos más caros del mundo, y de algún lugar llega, envileciendo el rumor elegante de la cena, la reyerta de un mono con un loro, en los trasfondos del palacio, allí donde las mujeres de Rubens ya no abrevan y los héroes de Goya no alcanzan con la red de su sangre.

Arden chimeneas simétricas en la nieve sepulcral de la casa, y en cada chimenea veo un criado, enroscado como un leño, feliz y desgraciado entre las llamas, pero cuando me acerco para darle a probar un poco de agua, es ya sólo el torso negro de un árbol que se entrega al fuego como la negra Duval se entregaba al poeta.

Algunas noches voy a cenar a los grandes palacios de Madrid, y de un fondo de mazmorras sube una música de óleos y el sexo pálido y empolvado de las aristócratas es una araña aterida en estas magnitudes de museo. Cruzo las dimensiones de la marihuana, me acerco a Picasso y a Corot, que como dos clochards parisinos o dos mendigos madrileños siguen en su rincón, y me va llegando, de mano en mano, una copa vacía en la que bebo despacio el conocimiento neutro de que no soy yo mismo.

En el sueño, en la noche, en el tiempo, en la nada, por debajo de toda la solemne y entorchada Historia de España, un mono y un loro se pelean, viles, en alguna mazmorra de palacio.

Y en las viejas amantes, como errantes esposas, que retornan en icebergs de tiempo, pegadas a ti un momento, musgosas en la profundidad del aire, en las viejas amantes encontrás cabellos en los que arde una noche de entonces, una tarde desencuadrada de tu pecho. En las viejas amantes, retornadas aún y deseantes, tan vagamente deseadas, un hilo de tiempo entra por un ojo y sale por el otro, y lo que sube a sus mejillas ya no es rubor ni expectativa, sino la parada marea del descontento.

Mira esos hombros dóciles, toma uno de ellos y llévatelo, como manzana de mendigo, para mordisquearlo, con sabor a polvo y bolsillo, por los mercados de hoy. Mira esos pechos que son los suyos, sostenidos entonces por un viento, como velas, di que el viento ha cesado y los pechos empiezan a caer, y todo es eso en torno a ella, en torno a ellas, el vacío que queda cuando un viento se para, cuando ya nada sopla, y la hermosura de su desnudo va teniendo las dimensiones de una sala vacía, y en sus cuartos de estar, casas sombrías donde viven, otra tarde ensangrentada sobresale de un libro, algo verde agoniza en la planta del tiesto.

Y en las viejas amantes, como errantes esposas que algo te traen y se llevan, aprende a leer despacio el vello de los muslos, y no mires de nuevo la herida de su coño, allí donde su historia se abría como un beso, porque hallarás quebranto y una sombra morada que alguien dejó con su hacha. Jódelas dulcemente, jódelas sabiamente, sin pasión, sin antorchas, y mira cómo suenan, arpas bajo todo el pescado de los mares, dando conocimiento, dando música, llanto, dando sus dulces uñas que aún persiguen tu falo —tan traviesas y rojas—, como los pececillos.

La vagina de Leticia/Lutecia era una vagina estrecha, intransitada, caliente, con la presencia de frescas humedades cálidas y el temblor de un pájaro sangrante que fuese el hueco de un pájaro. La vagina de Leticia/Lutecia era un mundo.

Primero probé con los dedos, claro, toqué la flauta de su vagina pulsando allí donde podía sonar por dentro la música de la mujer, la melodía rubia de su pelo, y luego probé con la lengua, con la boca, con mi boca, bebiendo un agua que corría entre hierbas y se estancaba en sí misma, pero cruzaban bandadas de patos salvajes por el cielo de aquel agua y un tremor recorría todo el cuerpo de Leticia/Lutecia, que gemía nombres de la geografía y me parece que la tabla de multiplicar.

La vagina de Leticia/Lutecia sabía a madrugada en un puerto con mucho pescado que había hecho nido en los tremendos hierros de los barcos, la vagina de Leticia/Lutecia sabía a playa de medianoche donde el mar ha arrojado sus peces más profundos y miríadas de huevas en perfecta distribución algebraica. La vagina de Leticia/Lutecia sabía a niña de siete años que contiene la orina por no pedir permiso a la maestra para salir a orinar, y acaba orinándose la pequeña braga. A algo así sabía la vagina de Leticia/Lutecia.

Luego fue cuando todo yo me quedé a vivir dentro de su vagina, trasladándome primeramente a mi falo, reuniéndome en torno de mi falo con enseres y recuerdos, reduciéndome a falo, tomando la disposición tensa y voluntariosa de los falos en erección. Una vez que yo ya no era más que mi falo, me fue fácil entrar en la vagina de Leticia/Lutecia y quedarme allí a vivir, bebiendo la calentura de unos ovarios que giraban remotos como planetas e iluminándome con la oscuridad de un dulce antro lleno de viajes, lagunas, conmociones y alegrías.

Viví algún tiempo en el interior de mi pene y mi pene o falo vivió en el interior de aquella vagina. Leticia/Lutecia gemía, reía, se revolvía y supongo que era feliz.

La inspiración existe. La inspiración de los románticos es una cosa que existe, pero entra por el culo. Me pongo un supositorio de optalidón y todo el árbol de mi vida se va despertando, euforizando, transformando, y luego la copa del árbol, el ramaje de las ideas se vuelve verde y cambiante, rico y lleno de aves raras y frutos que a su vez cambian de especie y de existencia. ¿Y lo que los antiguos llamaban el alma?

De esta euforia farmacéutica —y ya tan mía, tan personal, tan autobiográfica— pueden nacer poemas con el revés de la luz en sus palabras, me pueden nacer idiomas nuevos para decir lo no dicho, para decirse a sí mismos. El milagro es que me voy volviendo del revés, dando lo mejor de mí, imprimiendo la faz del Cristo literario en el sudario de la cuartilla, en la sábana santa del folio. El alma vive a partir de un estímulo que entra por el recto.

Eso es la literatura, la mística, el arte, la creación, la imaginación, la filosofía, el amor, la épica y la lírica. Una combustión que unos propagan en su estómago y que yo, más pianista, más solista, más autista, introduzco por el recto delicadamente, empujando el supositorio blanco —y tan lleno de fuego— como una hostia oval en una comunión inversa.

Ahora sí que tengo a Dios dentro de mí. Puedo hacer, escribir, amar, joder, hablar, crear lo que me dé la gana. He comulgado con la naturaleza, con el todo, con el universo, que unos hombres de talento, a los que amo, temo, venero y desconozco, han reducido a eucaristía humilde y perforatriz, porque la verdadera humildad está en comulgar por el ano.

¿Qué puedo esperar de un alma, de un espíritu, de una sensibilidad que se estimulan así? Todo, menos que tales cosas existan. Pueden dárme todo y me lo dan, pero no existen. He aquí mi confesión de los santos y mi comunión de cada mañana. Rasgo el papel de plata (hay que decir papel de plata, como en la infancia, y la plata le va mejor al sacramento que estamos celebrando), obtengo la hostia oval, cilíndrica, el proyectil de no sé qué dios, cargo el fusil de mi cuerpo con la blanda bala de la luz y mi intestino, mi colon peristáltico, absorben el milagro, que pasa a la sangre, que recorre los miembros como un pan que también fuese vino, que sube al cerebro y allí canta.

Un dios, no sé qué dios, está dentro de mí, me ilumina, me alegra, me llena, me confiere su poder más peculiar: la creación. La comunión oral la dejo para el sexo de Leticia/Lutecia, de Santa Catalina de Siena, del arcángel San Gabriel, de las adolescentes que llevan una forma sagrada y ensangrentada entre las piernas, partida en dos.

Esta comunión anal empieza por ser un ejercicio de humildad que ya me purifica. Recuerdo las comuniones de la infancia, ásperas, insípidas y aterrorizadas. Colectivas, para mayor espanto. Esta de cada día es una comunión solitaria, humilde prosternada, que en unos momentos de recogimiento, periódico, café con leche, teléfono, me llena como sólo puede llenar Dios, el dios con minúscula de mi Juan Ramón de adolescencia, el JRJ que le bordó al universo las iniciales de su panteísmo.

Éste es mi sacramento. Respetadlo. Ni satanismo ni profanación ni sacrilegio. Mera farmacología. Toda la riqueza de palabras y hasta de ideas (más bien contraideas) que alguien admira en mí, nace del ano, me entra por el recto en el cuerpo, en un acto inverso a la defecación, que me angeliza, me arcangeliza, me diviniza y me salva.

Hay que llamar a la farmacia y pedir más optalidón.

Mi gato se llama Ramón. Ramón Gómez de la Serna, y le gusta comer nieve. Realmente, este invierno, que ha nevado mucho, Ramón se ha alimentado sólo de nieve.

Mi gato tiene orejas de gato de portera y ojos de gato de zarina. O quizá tenga ojos de zarina directamente. O quizá sea una zarina que se transubstanció en gato, cuando la toma del Palacio de Invierno, para no tener que leerse las obras completas de Lenin ni llevar cazuelas de carne a los presos de Carabanchel. Por eso puede ser que le guste tanto la nieve, y devora nieve como si devorase Rusia, pasado, Historia, Imperio, y sólo cuando después de tanto devorar se relame vilmente, comprendo que sólo es un gato vulgar de modista o de escritor. Que no vive en él ninguna zarina.

Pero cuando se hunde en los divanes o me mira desde alguna altura, frío y claro, con dos ojos como dos piedras del tesoro de los Romanoff, vuelvo a sentir que tengo en casa un ruso o una rusa. Un aristócrata, un ruso blanco, un oficial con su guerrera (tiene muy blanco el pelo del pecho) o una favorita de Pedro el Grande. Aunque es gato, le veo más rusa que ruso.

En cualquier caso, cuando le traje a casa no sospechaba yo que estaba metiendo en mi vida un ruso. ¿Un mongol? Me mira enigmático. Es como un gato que se hubiese comido a Gorki. A alguien importante se ha comido este gato. Ya casi no le vale ese nombre que le he puesto de escritor español y confanzudo. Ahora está sentado no sé dónde y me mira, mientras escribo en mi máquina roja que salpica las letras como sangre, sobre el folio, y no sé si me mira Rasputín después de haberse tragado un gato que se hubiese tragado a una zarina. La Rusia prerrevolucionaria, aristocrática y orientaloide, me mira en este gato. Su encuentro con la nieve ha sido una revelación para él y para mí. La nieve le ha devuelto a una de sus siete vidas de gato. Quizá a su vida de tenientito engominado de los Romanoff. Por eso se limpia tanto y se lustra con la lengua. Le huelo, cuando viene a la terraza, desde la tundra de la nieve del tejado, y huele a Rusia.

Este gato sabe algo sobre la muerte de Trotski, eso seguro. Ya no sé si ha venido a casa a espíarme, a matarme o sencillamente para que lo saque en un libro. Yo sólo quería convivir con un gato y ahora tengo que convivir con un ruso enigmático que no habla. Le espío yo a él, a veces, cuando está en la cocina o en la terraza comiendo nieve, por ver si le sorprende algún gesto de príncipe o de gato de príncipe. Sale un rato y vuelve cuando ya no hay nada de nieve. Alguien me dice que se ha deshelado en seguida, con el sol, pero yo miro la tripa del gato y sé que tiene ahí toda la nieve, dura como mármol. Es ya un gato de mármol, hieráticamente sentado junto a la lámpara, y en sus ojos de joya me mira una zarina muerta.

Mucho tiempo más tarde vuelvo sobre este manuscrito para anotar que el gato, según el antipsiquiatra al que le he llevado, sólo es un gato que se cree un príncipe cosaco, cosa que por lo visto les ocurre mucho a los gatos jóvenes cuando dan por pensar demasiado o se dejan a su alcance libros de Lermontov. El caso es que yo no tengo en mi biblioteca un solo libro de Lermontov, autor con el que, por otra parte, no me hablo o me hablo sólo de usted.

Hay sexos de mujer que perfuman el glande para una semana. Hay mujeres que tienen en la geografía de la vulva, en los desfiladeros de la vagina, en la cueva de las secreciones, una multitud de jardines submarinos, una pluralidad de peces que primero han sido flores y sueñan con cristalizarse silenciosamente en sal.

Hay sexos que le dejan a uno perfumado de mancebía babilónica y almacén portuario, y del mismo modo que el poeta estuvo años sin lavarse la frente, porque se la había besado otro poeta, uno puede estar días sin lavarse el glande porque no pierda, en el surco balanoprepucial, su aura de mujer y flores, su aureola de mar y puerto, que es como una corona de olor, como una fragancia que duda al momento de adoptar una forma determinada, pero que se asemeja mucho al diseño balístico del glande.

En rigor, habría que ir por la calle con el miembro fuera, descapullado, como una proa, como una pequeña y roja agresión perfumada, repartiendo cintas de olor por el vecindario, como cuando pasa el pescadero. He dicho que uno no debiera lavarse, en esos casos, pero lo cierto es que hay también la mujer indeleble, que perfuma y perfuma, y al cabo de numerosas y minuciosas lavaduras, después de repetidos lavajes y concienzudos enjuagues, la cosa sigue oliendo igual, con esa fidelidad de los olores, que es la única fidelidad en el amor. No hay manera.

Se ve que es una mujer persistente, insistente, consecuente. Una mujer que quiere quedar contra todo y contra todos y contra todas, un desafío a jabones de olor, champús eficaces, aguas de río y cremas farmacéuticas. Es el amor o el olor por encima del tiempo y del espacio, y a la hora de las micciones, esa mujer, a la que hacemos por olvidar, toma cuerpo y conciencia, aparece otra vez ante uno, en la soledad fría y goteante de los urinarios públicos, se configura toda ella en su olor, que es como un reproche: llevas aún mi olor, el olor a sexo de mi alma, el olor a alma de mi sexo, y ya me has olvidado, cabrón, y estás orinando a solas u orinando para otra. ¿Qué hacer con el olor, con ese olor? Si la mujer no era adorable, puede ser repugnante y hacer que uno se corte el miembro con el cuchillo de la cocina del bar, el cuchillo de cortar los dados de jamón, por librarse del olor.

Pero si la mujer era, es adorable, entonces el olor sube como un sándalo, hasta la cara del beneficiado, y hay una cosa oferente y un retorno de lo vivo perfumado: aquella mujer, aquella mujer llena por dentro de Atlánticos y Atlántidas, de jardines colgantes y acetonas en celo. Lo más cruel, irónico, paradójico, vil, ruin, pícaro, irremediable, deleznable y divertido del suceso es que, después de haber atesorado el olor durante días, lejos de toda pastilla, obtenido tan sólo en leves porciones, con la punta de la camisa, hasta la nariz, resulte que una mujer, otra mujer, lo tome en su boca, haga de ese olor un sabor y se lo lleve ella, sin saber lo que se lleva, o creyendo que se lleva otra cosa.

Entonces es cuando uno, desmembrado en su propia avilantez, con risa de loco en el retrete duro y subterráneo de los bares, debiera cortarse el falo, efectivamente, con el cuchillo de desescamar los besugos en la cocina, en un autocrimen pequeño y chapucero, y arrojar la piltrafa por esa ventanita carcelaria de los retretes, a un patio soleado, ignorado, con gatos, cocacolas y bragas de vieja tendidas a secar.

Así, el olor de Leticia/Lutecia.

Leticia/Lutecia no llevaba nunca sujetador, así que sus senos vivían libres y jóvenes bajo el rebato de corpiños, suéters, camisas de hombre, camisas de serpiente, gasas y crespones. De modo que lo que más recuerdo —ahora que no recuerdo nada— es o son esos dos senos viviendo la temperatura de su adolescencia, libres por Madrid, secretamente desnudos bajo tanta ropa.

Pensar que la niña iba y venía, subía, bajaba, entraba y salía, frecuentaba historiadores centenarios, buhardillas amargas, humoristas de bombín, poetas homosexuales que siempre pintaban a Luis Cernuda entre arrayanes, pensar que la niña almorzaba en restaurantes rojos con dictadores sudamericanos, entraba altiva en los grandes hoteles como cruzando por en medio de las altas fuentes, de los violentos chorros, sin mojarse ni perturbarse, cenaba con pintores bellamente fracasados y siempre, siempre, contra el frío de Madrid, contra la enemistad verde de los parques y la sonrisa dura de las entidades bancarias, esos dos pechos desvalidos, firmes, neutros, finos, esas tetas de niña alta, con los pezones muy agudos y la aureola muy pequeña.

Si yo le abría la camisa, las sucesivas camisas, si yo iba deshojando su pecho hasta llegar a sus pechos, aparecían por fin aquellos dos muchachos morenos y blancos, vibrantes y pálidos, aquellas tetas ni pequeñas ni grandes, tan seguras, aquel torso de mujer con una leve mancha sobre la clavícula derecha, y era cuando ella perdía toda la agresividad de sus senos, que habían sido heroicos y desnudos frente a la vida, la familia y los amantes, pero se empequeñecían bajo mi mano como un gato que quisiera ser una paloma que quisiera ser un canario que quisiera ser un ovillo vivo.

Leticia/Lutecia, cuando se había tragado una buena cena, las endivias de la casa, la ventrisca de la casa, la merluza de la casa, el cordero de la casa y la oreja frita y azucarada del cocinero de la casa, Leticia/Lutecia, digo, estaba entonces resplandeciente como un ángel que se hubiese tragado a Dios.

Hundir el pulgar en su vagina, o la mano entera, empuñar una mujer como una espada, pegarse los dedos unos a otros con la mermelada sexual, sujetar por dentro el corazón ovárico de la paloma, y morder entonces aquellos pechos que tenían en sí toda la euforia de la cena, como las tetas de Dios, el triángulo blanco que la luz había respetado en cada pecho, curtido el resto por una civilización de soles salvajes y vientos vagamente egipcios: como si hubiera una mujer más blanca y desnuda por debajo de la otra, como una mujer enfundada en otra mujer, como una mayor desnudez entrevista, imposible y verdadera.

Ni el rito de bañar a la criatura, un rito casi cinematográfico, enjabonar despacio su culo esbelto, barroquizar de espuma la espuma rubia de su vulva, tan pugnaz, recubrir de agua y jabón, lentamente, los pechos siempre desnudos, tersos, rebeldes, brillantes por el agua, pero jamás velados.

Se la seca despacio, descubriendo bajo la toalla, con el tacto, lo que la vista acaba de perder, cobrando con la vista lo que ya el tacto abandona: jugar, en fin, el viejo juego de un erotismo convencional, perfumado y anovelado, hasta perder la sensación de realidad, volver angustiosamente a lo que no está pasando, y entonces era cuando, vestido y todo, había que penetrar de nuevo a la niña con un pene dulce y ansioso, agradecido, inesperado, tener el desnudo aleteante entre los grandes murciélagos del abrigo puesto, como hemos soñado tantas veces todos los hombres del mundo: colegiala poseída en invierno extraviado, bajo la negra capa del vampiro o el loco que uno es a esa hora. La gran astucia de la vida es que realiza todos nuestros sueños y así nos deja inermes y decepcionados —decepcionados contra la ilusión misma— en un apartamento de moqueta llovida y portero canceroso. Una vez más.

Digo ahora, por eso, sus pechos siempre desnudos, ignorantes de sostenes y lencerías con una ignorancia que los hacía salvajes, fieros y santos, pechos analfabetos que jamás irán a la escuela de la mercería, pechos párvulos como pájaros párvulos, como ocas en celo. Esos pechos, aquellos dos pechos colegiales, puros y casi violentos,

siempre desnudos por el invierno de Madrid.

El poeta, o sea Baudelaire, ya lo he anotado alguna vez, me visita de vez en cuando, o se hace el encontradizo, y el último día ha sido en un café encristalado, en una heladería que es como un poliedro de luz tallado en la materia del día.

Baudelaire, esta vez, viene aún con menos pelo que de costumbre (ya en la foto clásica se le ve que va mal lo del pelo), con la barba de tres noches (de noche es cuando crece la barba), con unas gafas que nunca hubieran imaginado en él sus biógrafos y que le agrandan los ojos como a un médico.

Baudelaire viene de suéter sucio, verde, y por debajo le asoma la tira de una camisa deportiva, también verde, y trae un diente de menos y fuma un tabaco de limosna y bebe algo dulce, alcohólico, anisado y atardecido.

Baudelaire trae las uñas sucias, como siempre, y se limpia la palma de las manos a las rodillas del pantalón de pana y me cuenta que ha estado en la Academia Española, visitando a los académicos, por si le pueden dar algo, hacer algo. Me parece que sigue con su manía de ser académico, aquí, en Francia o en Gabón.

—Cocteau decía que el académico es un señor que al morir se convierte en sillón —le comento.

Pone cara de que le amargase el dulce del anisado:

—Sí, pero Cocteau acabó en la Academia, y yo morí sin entrar en ella. Cocteau era un Baudelaire de gran hotel.

Los poetas siempre están hablando mal unos de otros. Baudelaire me cuenta una larga historia de hipotecas, letras bancarias, descuentos, intereses y demoras, a través de la cual veo avanzar, como una mano tendida y amenazadora, con algo empuñado, no sé si un cuchillo o una escudilla, la petición de dinero, la limosna vergonzante, el limosneo de los poetas, eso que antes se llamaba el sablazo.

Por no decirle que sí ni que no, miro el culo de pana a las señoritas que hablan por teléfono, delante de nosotros, de pie, en el teléfono del café. Baudelaire también les mira el culo. Consigo desplazar su interés del dinero a las adolescentes de melena que nos dan la espalda mientras llaman a un adolescente con moto que las violará con consentimiento en las obras de alguna urbanización de las afueras, quizá dentro de una hormigonera bostezante en el ocio dominical. Éstas no son las viejas meretrices pintadas de su libro, poeta, le digo mentalmente pero él ha pedido otro anisete o lo que rayos sea eso, que me echa un aliento dulce cuando habla:

—Comprenda usted. Estoy escribiendo más que nunca. Estoy escribiendo como nunca. Y tengo que interrumpirlo para dedicarme a estas miserias de las letras, las deudas, los plazos...

Parece como si tuviera alguna amante recogida en una casa barata del cinturón de miseria, aquí o en París. Parece como si todo eso le importase mucho o no le importase nada. Dice que los académicos son unos cabrones como tales, pero que algunos son respetables como personas.

—Me siento en las escalinatas y espero a que lleguen.

Estas sentadas en la piedra invernal y húmeda le tienen lleno de reumas y enfermedades del vientre. Dice que los académicos españoles están muy amables con él, los que le reconocen, e insisten en que un poeta de su categoría, estudiado en Francia y en el mundo entero, no debe descender a esas cosas. Otros académicos no le reconocen y le dan una limosna al pasar, reprendiendo luego al ujier por permitir la mendicidad a la puerta de la Academia.

—Pero todavía no he podido explicarle a ninguno mi caso.

No está muy claro cuál es su caso, ni él lo explica, pero voy deduciendo cada vez con mayor certeza que quiere ser, cuando menos, académico correspondiente en algún pueblecito galaico, porque el Atlántico le recuerda Normandía, aunque no puedo precisar ahora si Baudelaire estuvo alguna vez en Normandía.

Me dice que se ha acostado ya con todas las putas de Madrid, y que en eso se le ha

ido el dinero. A veces habla en francés y a veces en castellano. Me pregunta por el Partido Comunista de España como si fuera a afiliarse. Le digo que ya tienen un poeta: Rafael Alberti. No ha leído a Rafael Alberti.

—Debe ser de otro siglo, ¿no?

No me atrevo a decirle que quien es de otro siglo es él. Y me pregunto si Alberti ha leído a Baudelaire. Sí, claro. Aunque no le ha influido. Eso es evidente. Cuando estoy más perdido en el estudio de las literaturas comparadas, Baudelaire me pide las quince mil pesetas, o sea que me coge desprevenido:

—Pues es que aquí no traigo, claro. Tendrá usted que llamarme a casa.

—Pero no me las va a dar usted por teléfono.

Tiene razón. Ya me siento culpable. El que presta dinero siempre se siente culpable ante el amigo pedigüeño, cuando debiera ser al contrario. Culpable de dar o de no dar, o de dar poco, yo qué sé. Estoy deseando que se vaya, pero resulta que él está deseando que me vaya yo, y esto tarda en saberse. Pago y me voy. Me siento obligado a pagar, no sé por qué. El dinero que no le he dado es ya un dinero que le debo, de alguna forma. Se queda allí sentado, con su anís, su tabaco y su turbia verdad. Le miro de reojo, ya desde fuera, y ni siquiera parece Baudelaire.

Puesto que a las mujeres hay que llamarlas por teléfono, yo las imagino a todas como vírgenes o santas de culto menor, en capilla lateral, en celdilla de mujer, dentro de ese rascacielos años veinte que es la Telefónica madrileña de la Gran Vía.

En esa catedral de la mujer que es para mí la Telefónica, imagino que vive la negra de boca como fruta morada, la marquesita de perfil de ave, la pubescente enredada en el absoluto vello de su pubis total, la niña del porro, con los pies deshechos y los ojos de viña, la madura pictórica que es bella como un picasso primitivo, la yanqui de senos como cosechas, la muchacha roja de perfil prerrafaelista y devoción leninista, la cómica de voz y perfume, la luminosa meretriz silvana y frígida, la efébrica niña con risa de recreo en las monjas, incluso Leticia/Lutecia.

Conociendo como conozco sus casas, sus vidas, sus intimidades, un día he descubierto que para mí viven todas como lamparillas de sexo alumbrando en la gran catedral de la telefonía, e imagino a cada una en su celdilla o altarcito, desnuda y como dormida, en pie, momia de las comunicaciones con vendaje de hilos, hasta que mi llamada llega a despertarla, porque efectivamente sus voces me llegan siempre al teléfono, no como desde sus casas y vidas, sino como desde una cripta que tiene la forma de su cuerpo y que sólo puedo situar, imaginar en la catedral alta, profunda, espesa y enredada de la Telefónica.

Sé que allí viven ellas, o vive su ello telefónico, que es el que espera o atiende mi llamada, beso a distancia del príncipe con colitis que despierta a la bella durmiente del bosque de los números. Claro que hay otras a quienes aún no he entronizado culto en esa catedral, y son las niñas, las niñas, esas niñas que llaman siempre en grupo, como si aún fueran especie y no individuo, adolescentes de colegio, instituto, barrio, barriada, convento, chicas que quieren conocer al escritor, a lo que ellas creen que es el escritor, hacerle preguntas, cuestionarios, convertirle en una lección, una asignatura, una anécdota o un ejercicio escolar del que saldré maltrecho de faltas de ortografía.

Las niñas, la agresión no prevista de las niñas, las siempre tan soñadas y deseadas adolescentes, esa frontera de los catorce años, desde la cual la mujer empieza a avanzar hacia el macho, cada día más aguerrida y burlona. Niñas con una ironía de chicle y un amor de teléfono de ficha, que me asaltan, buscan, sorprenden, y ante las que me siento indefenso, porque su infancia aún las protege de mí, aunque no lo sepan, y su sexo me las destina inútilmente. Niñas, racimos de niñas alimentadas por la contera del lapicero y el odio a las monjas, remolinos de niñas, con eso que la adolescente tiene, en grupo, de aprendiz de bruja, de brujatriz, esa facilidad para transformarse de niña en vieja, de sabia en tonta, y un erotismo de cocacola que queda entre ellas y yo, como un lago ocre y mínimo, en el fondo de un vaso, tramo que nadie se atreverá a salvar, sexualidad inédita, montaraz, que habría que despertar, porque la llevan demasiado escondida en la braña fresca de su cuerpo. Las niñas.

El viejo poeta de provincias que jamás será Baudelaire —“toda vida es un fracaso”, me dice, citando a Ortega (porque los triunfadores tienen hasta frases para los fracasados)—, se me presenta hoy como encarnación imposible de Baudelaire, de un Baudelaire anterior y local, de cuando yo no conocía a Baudelaire ni de nombre, pero sus tristezas, sus angustias, sus comidas, su mirar cara a cara a la muerte, desviando pronto la mirada, bajando los ojos, son puro Baudelaire, y comprendo que esa cosa que llamo Baudelaire, esa locura de la cruz que ronda por el mundo, perdida, y que es la locura baudeleriana de la gloria, la suntuosidad y la muerte, ha encarnado hoy en este hombre que come conmigo.

He vuelto a verlo, he vuelto a verlo, he vuelto a ver a Baudelaire como los místicos ven a Cristo de vez en cuando, en un mendigo o en un cura viejo.

Pero ya estoy acostumbrado a estas entrevisiones, que dejo anotadas en este cuaderno diurno de mi vida nocturna (de lo nocturno del día) y procuro que se vaya pronto a dormir la siesta para olvidarse de que es Baudelaire. Para olvidarse de que no

es Baudelaire. Después acudo a visitar a Leticia/Lutecia, y como ella está leyendo el *Orlando* de Virginia Borges traducido por Jorge Luis Woolf, me dice que mi gato ha cambiado de sexo, que Lermontov es ahora una gata color naranja, aunque yo me inclino a creer que gata y gato son ya dos seres independientes, pues tengo leído y estudiado eso de cómo una célula se parte en dos para autofecundarse. La gata naranja duerme en las tuberías de la noche, palpita a mi lado mientras escribo o se pierde con amantes que son gatos con pelo de rata, como de haberse comido muchos ratones.

Lermontov está herido de muerte por los nuevos amantes de la gata naranja, o quizá me acecha desde carboneras azules y negras, como otras veces, y mi vida vuelve a ser solamente lo que de mi vida ve un gato por una rendija. Lo demás no existe y en lo demás no existo. Yo qué sé.

Mas sí observo que las solapas de las chaquetas se me van abarquillando, que las puntas se me vuelven hacia afuera, cosa que no me había ocurrido ni en las épocas de mayor indignancia, y eso es síntoma de que alguien me está agarrando por las solapas con violencia que no advierto. ¿La muerte, el tiempo, yo mismo? Hay que observar esta impresentable vuelta hacia afuera de las solapas, porque es el síntoma final de que uno es el zarandeado por todo o por todos. En estas observaciones paso los días, tendido en la cama, hasta que el arcángel San Gabriel desciende sobre mí para un orgasmo de oro o Leticia/Lutecia se me sienta en la mismísima picha y empieza a gemir convulsionada por todas sus enfermedades, alergias, histerias, palpitaciones, deseos, fiebres, apetitos y lloros.

Hay días que llevo alguien aferrado a mi garganta. Me levanto con un individuo aferrado a la garganta. ¿Individuo? No sé. Alguien que entra por la noche, por la ventana cerrada, por el techo, o sale de debajo de la cama, donde ha vivido meses comiendo queso y esperando su oportunidad.

No sé, puede que sea aquel novio airado y burlado que me cogió una vez por la garganta para estrangularme, hace muchos años. Puede que sea aquel escritor mediocre que se irritó por un comentario mío y se me arrojó a la garganta, en una botillería. Puede que sea el gato, el ruso, la zarina, Rasputín, el asesino de Trotski, yo qué sé, un cadáver que se aferra a mi garganta durante el sueño y me tiene sujeto toda la noche, y yo me doy cuenta, pero no quiero despertarme, porque si te despiertas ya te han cazado. Si me despierto ya me han cazado, me digo en sueños.

Me hago el dormido, estando realmente dormido, porque pienso que mi sueño me protege. Si es un asesino que viene de mi vida, mal puede cazarme en mi sueño. No es un mal razonamiento, al fin y al cabo. Del mismo modo, un asesino de mis sueños, alguien que viva en mi sueño, nada puede hacerme cuando estoy despierto. La simetría de estos pensamientos me tranquiliza mucho, pero el personaje, la arpía, el gato montés, quien sea, sigue aferrado a mi garganta, y por la mañana digo que es afonía, para disimular el estrangulamiento de la voz, pero sé que llevo alguien montado a mi espalda, aferrándose la garganta por detrás, apretando, dándome a comer cristallitos de tapia, números oxidados de reloj de iglesia, clavos de ferreterías que cerraron hace mucho por defunción.

No me lavo ni me peino por no asomarme a los espejos. Sólo me miro de reojo en los escaparates. ¿Hay un bulto a mi espalda? El viento me abullona la ropa, de modo que no lo sé.

Pero, sin duda, personajes del sueño o del pasado, adversarios del pasado que se han alojado en mi sueño, o creaciones del sueño con la ropa travestí de los recuerdos, acuden nocturnamente, periódicamente, y trabajan mi laringe, mi faringe, y llevo todo el día al tipo encima, y me pesa su peso y me duele su garra.

He ido a mirar al gato, al ruso, al príncipe, a ver si era él, a ver si estaba vomitando el Lenin o el coronel de Catalina la Grande que se tragó. El gato me mira como si sólo fuese un gato y ya sé que tengo que soportar durante unos días o unas noches la pesada carga. A lo mejor es que vive en uno de mis jerséis, no sé en cuál, y cuando me pongo ese jersey le despierto de su sueño de lana. Si lo supiese, tiraría el jersey o lo enviaría al tinte, a la lavandería, para que exterminasen mi personaje al vapor.

El tipo ha venido y sé que se quedará unos días. No puedo hacer otra cosa que toser, caminar encorvado, disimular e ir masticando cuidadosamente los cristallitos de tapia y las espigas de fósil con que me alimenta.

Catalina de Siena era una estrella verde en mi ausencia, en su ausencia, en la ausencia azul de sus ojos verdes, en la ausencia verde de sus ojos azules. Una mañana me levanto y he perdido el sexo. He perdido el falo y miro entre las sábanas a ver si lo encuentro. Miro debajo de la cama, dentro de las botas, entre las páginas del libro que estaba leyendo anoche.

Nada, no está. He perdido el falo. Se me ha desprendido ayer a última hora, se me ha quedado dentro de la vagina de Catalina de Siena, de Leticia/Lutecia, dentro de la vagina rosa de una negra o de la vagina morada de una mujer muy blanca. Después de mucho pensarlo, avergonzado y atónito, decidido meterme muchos trapos y periódicos debajo del slip, para hacerme un bulto de sexo, un gran bulto que el sexo no me hacía. Así no se notará nada, pienso mirándome al espejo, ya con el pantalón puesto. Pero así lo que se nota es una cosa rara que antes no se notaba. Saco unos periódicos y meto otros. Perfecciono mi bulto y voy por la calle exhibiendo, insinuando una sexualidad que antes se me suponía. Pero de todos modos me avergüenzo, me noto un agujero perfecto y limpio en el lugar del sexo, un vacío, un redondel, de modo que tomo calles apartadas, me paro en traseras que huelen a coche, a neumático desinflado, a pelota de goma olvidada por un niño que ya es hombre y está dejándose el costillar al servicio de otro hombre. En mi soledad, en mi deambular, en mi profundizar la ciudad y la tarde, Catalina de Siena es una estrella verde y americana que luce sobre el Estado de Washington.

Pero yo puedo ver perfectamente el Estado de Washington, con su nieve y sus establos, por encima de las burhardillas de Madrid, que tienen un geranio orinado por Quevedo y una antena de televisión. Y arriba del todo, en el cielo casi canadiense del Estado de Washington, Catalina de Siena como una estrella verde y lechosa, con sus grandes senos como granjas, su vientre como una plantación algodонера y sus ojos de lago salado.

De modo que soy el que se pasea de mañana entre cipreses abatidos, el que conversa en ruso con su gato, el que se come a medias la paloma ensangrentada de la virginidad de Leticia/Lutecia, el que vive dulcemente entre los pastizales de Catalina de Siena, el que cena aterido en los grandes palacios de Madrid, sobre las rodillas picudas de una aristócrata con sexo de araña fría, el que huye en las fiestas de una negra que le poseerá, al fin, dentro de un largo automóvil que no es un automóvil sino una carroza, que no es una carroza sino el fiacre de Madame Bovary, y lo que siento entre las piernas de la negra es que Madame Bovary no es ella —una Madame Bovary negra— sino yo. Que yo soy una provinciana adúltera (a esta sensación contribuye la pérdida de mi falo) y la negra es un personaje que le salió a Flaubert emborronado.

Es curioso, pero cuando salgo del fiacre tengo la sensación de que la negra no se ha percatado de mi falta de falo, sino que se ha satisfecho con dedos, bocas, lenguas, manos, pies, copas, cosas, porque la sexualidad de las negras se basta a sí misma, según dicen. Entonces, entro en todos los urinarios públicos de la ciudad, en los wáteres de los cafés y los bares, me levanto a orinar en mitad de los almuerzos más correctos y vuelvo a la mesa todavía abrochándome, porque el caso es hacer olvidar a la gente que no tengo sexo, cosa que la gente no piensa en absoluto, aunque están empezando a escandalizarse de mis exhibiciones o a intuir y compadecer trastornos uretrales prematuros, en mí, y, como quien no quiere la cosa, me pasan páginas arrancadas de revistas, donde vienen trabajos científicos sobre la próstata y la prostatitis, sobre la uretra y la uretritis. Yo doblo las páginas agradecidamente y luego las dejo olvidadas en un taxi, pues no podría soportar la lectura de un informe donde se citan órganos que ya no tengo.

Lo único que me advierto en esa zona, debajo de los periódicos y los calcetines impares, es un vacío redondo, insensible y muerto. Yo era el que convivía con un opresor de gargantas —seguramente un poeta de provincias resentido— que me hacía

comer cristallitos de tapia. Yo era el que sobrellevaba con una sonrisa el navajazo gitano en la vejiga y me tapaba el puño del cuchillo con el abrigo, pero ahora soy el que no tiene falo, y cuando me miro desnudo en los espejos, me veo esa zona como borrada, según se veía —no se veía— la boca de una muda en una vieja película, y según se ve el sexo de las mujeres desnudas en las revistas censuradas.

Vivir sin sexo es aburrido, lo he comprobado, porque no puede uno andar por ahí metiendo el dedo en el culo de las mujeres ni en el culo de los ángeles. Recuerdo mi falo, mi perdido falo, que tuvo años de crisálida, que violó somieres y primas, meretrices y urinarios, y que había llegado últimamente a ser como de oro, besado, chupado, lamido, comido, halagado, ensalivado, calentado y recalentado por bocas gloriosas y manos ilustres.

Un falo que era ya como una reliquia o un arma, y que de pronto he perdido una mañana o una noche, convirtiéndome en ese mutilado que toma el sol en la acera del sol, junto a los pensionistas y los cancerosos. Menos mal que ha vuelto a visitarme Baudelaire. Baudelaire me visita de vez en cuando, se sienta ahí, y lo veo de pronto, al levantar la cabeza de este manuscrito.

A él sí le he contado lo de la pérdida de mi falo, porque él, Baudelaire, no es de este siglo, y no siendo de este siglo no puede contárselo a nadie de este siglo. Los del siglo pasado me preocupan menos.

—El placer nos usa —ha dicho.

Es la primera cosa inteligente que le he oído en las varias visitas que me ha hecho, pues yo tengo visiones con cierta facilidad, ya que soy un estigmatizado de la ropa, no de la carne, como Teresa Neumann, y en los abrigos y las chaquetas me salen llagas de forro, heridas periódicas y misteriosas que la gente toma por descosidos o botones caídos, como creo haber contado ya, pero que son una verdadera y mística estigmatización de la ropa.

En seguida decido poner esa frase de Baudelaire como lema de este libro. El placer nos usa. Pero él habitualmente se presenta como un poeta de provincias, cosa que ya le gustaba aparentar en el siglo XIX, con su deslumbramiento provinciano por París. Ahora quiere entrar en la Real Academia Española y yo le digo que ay, que eso está muy difícil.

Pero Baudelaire tiene la obsesión de las Academias, pues ya quiso ser de la francesa y tampoco lo consiguió. Otras veces me pide colaborar en los suplementos literarios de los periódicos, o que hable de él a algún editor, o que le presente a cierto poeta, del que dice barbaridades, por otra parte. Baudelaire suele traer poco pelo y mal peinado, gafas, las uñas sucias, un periódico norteamericano antiguo, que le enviara Allan Poe para que leyese un artículo suyo. Pero Baudelaire yo creo que no sabía tanto inglés como dice. Fuma mucho, detesta las drogas, bebe agua medicinal y me dice que a él también le ocurrió eso de levantarse una mañana sin sexo, y que desde entonces vaga sin saber en qué ciudad ni en qué siglo está. Luego me cuenta chismes literarios de una pequeña ciudad que a veces me parece española y a veces francesa, y cuyo nombre no da. Son los viejos y eternos chismes provincianos de siempre. Maldice de los poetas oficiales, que se han beneficiado de una revolución, una contrarrevolución y una guerra, porque siempre se benefician de todo. Que dirigen revistas y reciben homenajes con muchos comensales. Yo le digo que él está por encima de eso, que está en las antologías, y dice que por estar en las antologías no se cobra y que también él perdió el falo en la vagina rosa de una negra.

Cuando se va y me miro otra vez el hueco, sólo veo allí la estrella verde que es Catalina de Siena. Vuelvo a las calles, voy solo entre la gente, paseo mi hueco, mi vacío, mi ausencia de sexo, sufro y hablo solo, temiendo encontrarme una mujer conocida en cada esquina y que pretenda hacer el amor conmigo sobre una alcantarilla. No tengo sexo. En algún sitio, sobre mi vida, intuyo la estrella verde de

Catalina de Siena. En algún sitio temo el acecho de la negra profunda. En algún sitio me horroriza la boca ávida y niña de Leticia/Lutecia, que morderá y besará en el vacío ardiente y helado de mi inexistente sexo.
De modo que me voy a pasear por los montes.

Paseo por los montes, sí, con el viejo amigo de las confidencias, con ese hombre rosado e indignado, cansado y bueno, que aparece en mi vida cada dos o tres siglos, no de manera parapsicológica, como Baudelaire, sino traído por la marea alta de la tristeza, que a veces sube a la altura de la aorta. Especialmente en los fines de semana. El viejo amigo, mutilado, renqueante, tiene una llama gris de pelo esforzadamente alegre, y mirando su decadencia, en la tarde fría y sola, veo la mía propia, porque los amigos íntimos son eso, espejos y repeticiones de uno mismo, duplicados en que la vida nos advierte de lo que somos y a lo que vamos, ceniza y noche.

Aprieta sus ojos vivos contra la luz penetrante de la tarde cruel, camina con zapatos de barro las alturas a que le obligo, y habla de mujeres, de abandonos, de fracasos, de días. Compartimos el pasado como otros comparten el tabaco, nos fumamos la camaradería y veo vivas en él las horas que están muertas en mí, meses muy antiguos en que éramos otros.

Por cómo se erosiona este hombre contra el tiempo, por cómo le desertizan los años, veo mi propia ruina, y a medida que camina por la raya morada se le caen pedazos de ropa, palabras, mechones de pelo, un dedo que siempre le ha faltado, y no se para a recogerlo y me concentro mucho y me esfuerzo en reunirme conmigo mismo para que no me pase lo que a él, pero sólo me aprieto en torno de un vacío, la ausencia de sexo, y hay momentos en que comprendo angustiosamente que él está vivo y yo estoy muerto, y otras veces es al revés, yo el muerto y él el vivo. En todo caso uno de los dos está muerto, y lo que quisiera dilucidar antes de que acabe la tarde es quién de los dos. Hay zonas de pasado muertas en él y vivas en mí, como hay, sin duda, zonas de la corteza cerebral secas ya en mí y vivas en él. El tiempo ha ardidido a medias entre nosotros. La vida ha ido haciendo de él un viejo muchacho, un capotón gris, un pantalón de pana, un vientre redondo que escapa a todos los programas deportivos y tenis dominicales. Algo que no ha conseguido controlar.

Sus libros no escritos, sus manuscritos inéditos, abarquillados por el olvido con una minuciosidad exagerada e inexplicable, son como el fantasma de mis propios libros. Inútil que mis obras estén, tiesas y tersas, enladrillando un rincón de la biblioteca. Siento que todo lo que he escrito está arrugado, abarquillado, rizado torvamente por un viento quieto de tedio y fracaso. Él siente generosamente (en esto hay generosidad, y no es paradójica) que algo de mi convencional éxito se le comunica a través de la amistad, y yo siento —mucho más agudamente, quizá— que parte de su fracaso (que ni siquiera es fracaso, sino sólo movimiento sin éxito) me toca y me envuelve, me atañe, me comprende, me abarca.

Así se acaba un hombre, así camina, resto de sí mismo, por la raya morada de una tarde, esa raya en que se cifraba todo lirismo cuando éramos jóvenes, y que ahora sólo es el momento delicado en que empieza a hacer frío en el campo y puede uno acatarrarse. Contrastamos pedazos de pasado, nos intercambiamos fragmentos de unos años comunes, no tratamos de completar nada, pero en este juego de la conversación veo cómo la misma vida es absolutamente distinta para dos hombres, cómo él recuerda una vida y yo otra cuando recordamos una vida común. Aquella mujer, aquella tarde, aquella historia: todo parece distinto en uno y en otro.

Son tardes, mujeres, historias que no se parecen nada entre sí. La vida no va identificándonos, sino divergiéndonos, y el pasado común se abre en dos ramales oscuros y densos, se bifurca tristemente, sin ganas, en dos pasados que no se reconocen entre sí. Es cuando uno comprende que no ha vivido, que entre sus recuerdos y los míos la realidad queda falseada, ausente. No es confortador recordar juntos, porque el recuerdo se duplica o se destruye en dos mitades. Sólo hablamos un lenguaje de alusiones, sólo por aproximación reconozco su historia en la mía y la mía en la suya.

Ahí está, perdiendo botones, dedos del pie y palabras por la sierra que caminamos. Varado en nada, tampoco puedo decir que se haya quedado atrás. Ni siquiera me asalta la tentación repugnante, pueril y vacía de considerar que he llegado más lejos que él en algo, que he triunfado más. El viento de la tarde nos castiga por igual y habría que descender a periódicos y bibliotecas para constatar que mi nombre ha sido impreso muchas más veces que el suyo. Si me pongo las gafas de leer y leo mi nombre, emana de él más éxito que del nombre de mi amigo, pero una gloria que sólo se percibe con gafas de leer no es una gloria.

Es una mierda. Tampoco quisiera hacerle depositario de todos mis fracasos y movimientos negativos, remitir a él el yo peor y quedarme en mí con la imagen de las fotos de periódico. No es el yo superado, no es la contrafigura gris del gris de su capotón. Sería un juego literario y humano demasiado fácil y bastante pútrido. Más bien es el yo que yo voy siendo, este amigo. Sólo que yo he dado el largo rodeo de los salones, los libros y las fotografías para venir a parar en él, y él ha estado siempre ahí, dentro de su capotón. Cojea un poco, al andar, mutilado de una mutilación rotatoria, que no se localiza en ningún miembro de su cuerpo, sino que parece mudarse de unos a otros; el viejo amigo aparece un día con un pie de menos, otro día con un dedo anular o una oreja de menos, otro día como con una paletilla de menos, escorado.

Retornamos con bagaje de frío, pálidas ya las palabras, llenos de imágenes de mujeres y de tardes que se nos desvanecen al mismo tiempo (eso sí) y no hemos creado nada entre los dos, una vez más, sino que hemos creído ahondar un poco nuestras vidas, cuando en realidad sólo las hemos recorrido de parte a parte con zapatos embarrados. De cara a la noche que se levanta, abandonados de un poniente frío, tornamos ni siquiera cansados, y me aprieto dentro de mi abrigo, queriendo salvarme de la fragmentación de leño quemado y tibio que veo en él. Pero sé que, si no hemos compartido la vida que creímos compartir, sí estamos compartiendo, en cambio, un algo definitivo, triste, desolado y sin nombre que nos damos uno al otro, creyendo que nos damos otra cosa, y que no sé lo que es.

Yo soy el que un día se pegará el pistoletazo violento, el trabucazo destrabucado que todo lo trabuca. Yo soy el que ha descartado el silencioso somnífero, la sigilosa pastilla, el que anhela ahora una muerte violenta, un suicidio de golpe, un hermoso naranjazo de fuego en la sien plomiza de pensamiento.

Pero una noche, por esquinas con viento, Leticia/Lutecia hacía renacer mi sexo, que yo veía rojo y blanco, erguido, a la luz de los acetilenos, y entraba en ella una y otra vez, enfermo y ardido, violento y total, confundiendo aún más la confusión dulce y perfumada, pérfida y sedosa de su pelo, su ropa, sus encajes y sus sortijas. Llegué a sospechar que ella me había robado y devuelto el sexo, y en todo caso fuimos un amor instantáneo de toda una noche bajo rótulos comerciales, luces de otro siglo y tejados del viejo Madrid.

Abrigaba mi cuerpo con su cuerpo, mi ropa con su ropa, y yo le entraba en lo más infantil de su entraña un falo de fuego y dolor que la llenaba de la gran turbación con que vivía siempre el sexo, turbación como un mar de invierno en el que flotaba una sonrisa pueril y perdida, vista y no vista, tímida y mala.

Yo, confundido con ella, soy, era el que un día regresará en trenes torpes hasta esa provincia de niebla y ron único donde hay una casa pobre con un arcón escondido, y dos pistolas dentro del arcón, simétricas como astros, vigiladas por el hombre sobrio y viejo que se reserva una para él y otra para mí. Sólo eso puede librarme de ser un hombre sin sexo o con el sexo abrasado en la hoguera —toda alma— de Leticia/Lutecia. En aquella noche de viento busqué por encima de los tejados la estrella verde de Catalina de Siena, la apacibilidad del cielo en el Estado de Washington, pero no vi nada. Yo soy el que un día se pegará el pistoletazo, etcétera, le dije a la niña.

En lugar de eso, ella me llevó, como desclavado de una cruz, en un descendimiento sin piedad, a bañeras de plata y enfermedades, a abluciones estilizadas y peligrosas donde lavó mi cuerpo con el suyo, donde secó mi cuerpo con el suyo. Y su desnudo de dimensión y yerba me poseyó en lo profundo de un baño en cuya superficie flotaban pájaros de periódico y papeles indescifrables. Y también me poseyó en el tejado rojo de su casa, allí donde la legión de los frascos era como una sonata de cristal y el olor de la sangre se adelantaba hasta la escalera para recibir al recién llegado.

Yo soy el que un día se pegará el pistoletazo violento, desengañado ya de anfetaminas y academias, poniendo una colisión de astros felices entre mi sien y el arma, algo que interrumpa con fuego y música la línea gris, parada y caediza de mi vida. El gato, convenientemente antipsiquiatrizado, me mira desde tejados claros, viene a mí o se aleja, se resiste a ser tomado por una zarina, olfatea la realidad en el mediodía con nubes y se niega a escuchar una vez más mis historias de adolescentes lujuriosas, arcángeles anglosajones o escritores diabéticos de alma.

Encendido en casinos como un hachón mejor, sonriente en las fuentes diarias de la conversación, soy el que arde por medio cuerpo y desea la muerte como un sueño en el tren. Legiones de mujer avanzan y retroceden en el paisaje, toda una confusión selvática de amantes desnudas me mira ahora desde la claridad, a medida que me hundo en lo oscuro o camino por un pueblo de otro año, torcido de baldosas, lleno de zanjas y campanas, entre grupos devotos que flotan en el aire o restos de domingo que vuelan hacia el campo. Siempre, la imagen dura y fría, en la memoria, de un arma como una herramienta de otro planeta, inhumana y curva, para sembrar en mi cabeza el girasol mortal de su disparo.

Pero hay temporadas en que un polvillo gris viene a mi vida, cuando todo, los muebles y las palabras, se recubren de un velo en el que escribo con el dedo, de una neblina posada y triste, como un rastro de albañil nublado.

Es cuando los libros, los teléfonos, los vidrios, los retratos, las copas, los encajes, las botas del invierno, todo tiene una palidez añadida y mediocre. No sé dónde sentarme ni qué hacer. Todo mancha, todo pone su tacto mate en mi alma. No se sabe de dónde ha

venido este polvo, ni por qué, mas periódicamente recubre mi vida y mis cosas como un silencio visible. Veo mi casa, mi vida como dentro de cien años, reducido todo a parada arqueología doméstica, veo la seca posteridad de sillas y alfombras, el fósil que ya somos yo y mis cosas. Estamos como sumergidos de inactualidad, asisto, no a mi futuro, sino a lo que vendrá después de mi futuro, a un olvido que se esparce como quietud y derribo sobre los colores hoy vivos de mi trabajo. Qué tristeza.

En vista de que todo está inhabitable, y hasta que el tiempo se vaya con su cola de polvo y me deje otra vez el brillo momentáneo de mi vida diaria sobre los objetos, me voy tras de mi gato, que siempre me conduce a alguna parte, y, abriéndole la puerta de la calle, le sigo por climas lluviosos y climas soleados, por todas las atmósferas de la ciudad, que él recorre en zigzag de gato, pero en secreta derechura. Y así es como fuimos a dar un día a ese oriente lejano en que la ciudad termina con el goteo gordo de una fuente vieja, la última fuente de Madrid, una fuente cuyo grifo echa ya el agua fuera del casco urbano.

Allí, entre garajes melancólicos, desmontes bellísimos, ruinas de ladrillo, tiendas de muebles mal barnizados y huertos deshechos por la guerra del tiempo, descubro en una hondonada dos docenas de gatos, doscientas docenas de gatos, una población de gatos, entre los que pronto se pierde el mío, alimentados por una mujer de cierta edad con gorro verde de punto, en la cabeza, cara triste de monja soltera y piernas dificultosas:

—Vengo todos los días a hablar con ellos.

Les da comida y los gatos se la reparten silenciosamente. Hemos estado la mujer y yo, quietos ante el festín, mirando los gatos rojos, negros, azules, entreverados, ajedrezados, amarillos, grises, con sus cabezas triangulares o pentagonales, con sus ojos de brillo y enemistad, con todo ese dibujo de rabo y bigote que me fascina en el gato. Me moriré sin saber por qué. He visto, de pronto, a mi gato entre los gatos, como un niño entre los niños, y esto me ha angustiado tanto que tuve que ir a beber agua a la fuente rota y final.

Se lo conté a Leticia/Lutecia, en su copa de cristal abuhardillada, en esa copa donde vive y que ha llenado de primores, minucias, encajes, botones, cosiendo imperdibles a las viejas tapicerías y obteniendo margaritas de la herrumbre de los orinales:

—Siempre tus gatos —me dice.

Ella es la que, aplicando su boca colegial a mis ingles, conseguirá un día, como una pompa, el renacimiento raigal y caliente de mi sexo. Ella es la que, entre puntillas que decoran el pasado de sus abuelos y manos de pintura que incendian la carcoma de los retretes, me hace olvidar, o casi, dentro de la copa de cristal en que se ha quedado a vivir, que en un gato vive siempre un niño y a la inversa. Pero yacía yo bajo ella, con mi falo aún dentro de su vagina primaveral, y pensaba en la vieja de los gatos, en la única mujer cierta de Madrid.

Días sin Leticia/Lutecia. Del mismo modo que hay días en que yo, estrella disuelta de mí mismo, voy dentro de su bolsa copulatrix, al menos durante cuarenta y ocho horas, que es lo que dicen que vive el semen, y me siento cálido y transportado entre la fragosidad de sus membranas, la finura de sus lencerías (si se pone) y la temperatura de museo que tienen sus muslos, del mismo modo —decía— hay días, semanas en que no está, no estaba Leticia/Lutecia, no vivo en ella ni ella vive en mí, y es cuando me convierto en un hipermercado.

Los días sin Leticia/Lutecia, sí, eran días de sentirse uno, por dentro y por fuera, un hipermercado con sus cajas registradoras, su tristeza azul de plástico, sus tiendas de peces enfermos y legumbres hospicianas, sus señoras de la compra con el carrito de la compra lleno de niños que orinan y cocacolas que cantan, sus pósters de rockeros blenorragicos o ciegos y sus hamburguesas iluminadas de tomate falso. Todo eso.

Días gozosos en que me sabía transportado dentro de ella, en el tranvía ovárico y milleriano, y días misteriosos, como los misterios del santo rosario, en que ella estaba vacía de mí y yo lleno de su recuerdo, de modo que me dedicaba a una actividad contable y estéril de hipermercado, con novelas mal traducidas, que nadie compra, y pisapapeles que ignoran las novelas, tan contiguas en la sección de papelería, como un guerrero con casco ignoraría a una princesa soñadora de otro país, de un país enemigo.

Entre declararle mi amor propio o convertirme en un hipermercado, decidía declararle mi amor, para lo cual le escribía cosas como ésta, que ella no iba a leer nunca, pero que me salvaban de ser una bolsa de plástico llena de comida para los gatos o un kilo de ternera envuelto en celofanes sangrantes. Otra cosa que intenté para acostumbrarme a desacostumbrarme de ella, era pintar a mi gato de azul, lo que le convertía en una bailarina de titanlux o en un ladrón de hoteles de los años veinte.

Esto no parecía gustarle nada al gato, máxime teniendo en cuenta que había llegado la primavera y ya no podía comer nieve para convertirse en gato mayestático o zarina rusa, cosas ambas que el antipsiquiatra le tenía absolutamente prohibidas. De modo que en las largas tardes sin ti, Leticia/Lutecia, el gato me pedía anfetaminas y redoxón forte, dos gramos, tranxillium, valium, mogadón, optalidón, pepsi y nescafé, cosas con las que acababa dividiéndose en dos, gato y gata, ella más rubita y nerviosa, él más corpulento y empleado de Fielato, y así es como comprendí que un día iba a abandonarme para irse a fornicar a las traseras de mi vida con la gatita esbelta y, sobre todo, para que no le pintase de titanlux azul los domingos por la tarde, como un Baudelaire de tejado, en tanto que el verdadero Baudelaire, por cierto, anunciaba su visita todos los viernes, para el domingo inmediato, pero luego nunca aparecía, bien porque se había ido a una sesión pública y solemne de la Real Academia Española, allá en el Madrid con estatuas orinadas por los soldados, o porque se había muerto de una puñetera vez y estaba en su panteón parisino posando para los turistas americanos que le sacaban fotos y le dejaban un dólar sujeto con una piedra, sobre la piedra, para que fuese tirando.

Días sin Leticia/Lutecia, días de gato confuso y gata, días de titanlux e hipermercado, cuando a mi media vida le faltaba un tabique trasero y sólo veía dentro de mí calderos olvidados de albañil y esteras pisadas por el sol. Para no ser un hipermercado lleno de lavavajillas y vulgaridad, yo abría desesperadamente un libro de Jean Cocteau y me hacía opiómano de su opio literario, a ver si en el opio se me aparecía Leticia/Lutecia con su culo-estradiivarius y sus pies pequeños de patito redicho.

Para la masturbación de clítoris mediante la lengua, se aconseja doblar a la mujer por la cintura, con los muslos contra el vientre y las rodillas contra los pechos. Echado o doblado sobre ella, el hombre sujetará los muslos de la mujer para mantener esta posición y hará su trabajo de lengua sobre el clítoris y los grandes y pequeños labios. A las primeras reacciones placenteras, la mujer, descontroladamente, tratará de mover las piernas y variar la postura, y esto es lo que debe uno evitar, ya que, en esta posición, la vulva, el clítoris e incluso la vagina alcanzan una protuberancia única —evitar fáciles metáforas geológicas—, y por lo mismo, una sensibilidad exquisita. También el recto queda, así, a disposición del manipulador. Hay que anotar que el placer de la mujer, en este trance, aumenta con la prisión, con la sujeción impuesta, alternativamente intolerable y deliciosa: este gran placer al que la mujer se siente obligada, sometida, adquiere así una connotación masoquista que funciona en ambas direcciones: prisión para el placer/placer que ya no tolera más prisión/intolerancia que aumenta el placer.

A todo esto puede añadirse, según los catálogos turísticos para excursiones de cercanías, que el interesado dispone así de un amplio y variado panorama de muslos —cara interior, siempre poco vista—, glúteos en tensión, o sea más estilizados, vulva aflorada como loto o rosa acuática, y pubis pelviano que, visto del revés —y especialmente si es rubio—, suele adquirir una transparencia de hilos de luz muy extremada y fina en el atardecer.

Personalmente, yo he practicado este ejercicio con el arcángel San Gabriel de pestañas postizas y el resultado ha sido muy satisfactorio, sobre todo si tenemos en cuenta que las criaturas de orgasmo duro o leve, como arcángeles, señoritas yanquis, etc., precisan de especiales insistencias, tratamientos y torsiones para que de su mente celestial a su clítoris casi inexistente descienda la lluvia cálida y fina de un orgasmo.

Llegado a esta altura de mi relato, más allá del millar de páginas, no puedo ni debo mantener más la farsa, sino aclarar lo que el lector ya sabe: que Leticia/Lutecia no existe, sino que es una ficción novelesca de un escritor que no cree en la novela. Y como no existe, puede quedar perdida y olvidada en cualquiera de las páginas de este volumen, como una flor de otro verano o como una señal de lectura, ya que Leticia/Lutecia, aun no existiendo, fue efectivamente una señal en las páginas de mi vida.

A Leticia/Lutecia la hemos creado a medias entre el lector y yo, y a medias tenemos que olvidarla o sostenerla, mejor sostenella, y no digo enmendalla porque Leticia/Lutecia era inenmendable en su maldad, rebeldía, caprichosidad e infidelidad. Leticia/Lutecia, como todos los personajes de libro, existe y no existe al mismo tiempo, lo cual le ocurre al propio autor y por supuesto al lector, quien, además, paga por existir y no existir como tal lector, pues tiene que comprar el libro del que va a ser personaje.

Está claro que el único personaje de un libro es el lector. O por lo menos el único personaje real, y él es quien con su lectura va creando todos los otros personajes. Todos los otros seres, sucesos, animales, cosas, teorías, ideas, lámparas y erratas. Leticia/Lutecia no soy yo ni siquiera es Flaubert, qué más quisiera él (Leticia/Lutecia no es una provinciana bovarizada), sino que Leticia/Lutecia es usted, desocupado lector, y de usted depende que muera o siga viviendo o siga muriendo dentro y fuera del libro.

En sus manos, desocupado lector, encomiendo mi espíritu y el de Leticia/Lutecia.

Después de lo cual, y sentado que la niña no ha existido nunca, tengo que decir cómo era la niña o, al menos, cómo se comportaba con los collares de semen que hacía con mi semen, cómo los hilvanaba, olía, desgranaba, perlificaba, porque Leticia/Lutecia tenía la religión del falo, viajaba en falo/falúa por el mar de los sargazos de su sensualidad y adoraba la lava mediocre del vesubio masculino. Leticia/Lutecia se daba semen en la frente para evitar los malos pensamientos, semen en los labios para evitar los malos besos planos, que son besos sin amor, como dijo alguien, semen en los pechos para evitar la frigidez, semen en el vientre, semen que recogía con las puntitas de los dedos, semen que había quedado en el alambre de espinos de su vello público, y que ella extendía por la tripa pura, oblonga y dorada, haciendo raros dibujos invisibles como exorcismos infantiles.

Nunca creí que con el semen petrificado y pompeyanizado de un hombre —yo, por ejemplo— se pudiera hacer tanta filigrana de bisutería y collaritos que ella luego rompía u olvidaba en cualquier parte, cuando yo andaba ya receloso, más que celoso, mirando todas las porcelanas de su mansarda de cristal, por saber si en vez de porcelana era semen petrificado de un amante anterior, imposible amante anterior al espíritu casi santo de su virginidad devorada a medias, pero posible amante simultáneo y sospechado siempre, por mí y por todos, en cualquier mujer de carne y semen.

Hasta que Leticia/Lutecia decidió reintegrarse al fondo común de las Leticia/Lutecias, a la borrosidad original de que había nacido, que fue por los mismos inviernos en que el gato, desdoblado en dos, gato y gata que conocían ya mis secretos por partida doble y podían comentarlos entre sí, murmurar de mí, por los mismos inviernos en que el gato, digo, se volvió también al fondo original de los gatos, a la cantera de gatos que subyace en algún sitio, a aquel refugio y concilio de gatos donde me había llevado una vez, alimentados todos por la papisa loca de los gatos, o a la gatidad esencial que maúlla vagamente en la grisura de los garajes y la braña de los solares.

Y Leticia/Lutecia en la leticiolutecidad de su origen, en lo germinal de su condición y sexo, no sé dónde, ese momento en que una criatura, animal o ninfa, se repliega hacia su fondo común, y que no es la muerte (la muerte es un taller de estatuas), sino la fusión y confusión con las estalactitas y la caliza del género, de la especie, de donde hemos salido un momento —como has salido tú, lector, de la arenisca de los lectores—, para individualizarnos, maullar un poco y desaparecer de nuevo.

Así es como se puede despoblar un libro de pronto, como se pueden quedar en blanco las páginas, cuando un gato individual decide ser la gatidad general y abstracta, el género y no el individuo, la especie y no el nombre propio, y una niña se va al bloque rosa e inmenso de las niñas, y un lector se retira al farallón de los lectores, con sólo apagar la lámpara de la mesilla, y un autor se abstrae y se retrae, probando a dejar un hueco, un vacío, un calvero, un espacio, una nada, en el todo pretencioso de su libro.

Capítulo sin gatos y sin niñas, sin escritores ni lectores, este capítulo debiera ser el claro de luna de los que no creemos en la luna, algo anterior al precio del libro, al nombre de Leticia/Lutecia, a la fulguración del gato y a la gota rosa y dura que me tomé esta mañana, un libro mudo, si no hubiera ya otro, un libro en blanco, mallarmeano, si no existiera Mallarmé, como en seguida va a recordarme la resabia Leticia/Lutecia, un copo de nada, una oportunidad de no seguir adelante.

Ha cruzado Leticia/Lutecia como un ángel hecho de espadas y cristaleras, como una exhalación de flores furiosas y azufres jóvenes, como un perro femenino y malhablado, y tras ella sí que se ha hecho el silencio, la nada, el miedo, lo blanco: no sé qué va a pasar.

Para ausentarme de la ausencia de Leticia/Lutecia, di en frecuentar marxistas ciegos, clérigos de boina y mujeres rubias como un contrachapeado de oro cruel.

Tanto ir y venir, hasta que comprendí que yo no estaba sino siendo pensado por el pensamiento verde del gato, observado por él desde la penumbra de las carboneras, sometido al relámpago verde de su ideación, que jamás conocerá el hombre, pues el gato había decidido, como he dicho, refundirse con el fondo pardo de la especie, de la gatidad, y yo le hubiera preferido zarina rusa o lámpara falsa, e incluso gato y gata, desdoblado en dos sexos, como se fingía últimamente, antes y mejor que ausente e implacable.

Y como me pensaba el gato era pastoreando teléfonos a los que no acudía, con campanillazo de tranvía, la voz de Leticia/Lutecia, ni tampoco, ya, sus apariciones sulfúreas y apócrifas de ángel hecho de hojas de afeitar y vitrales rotos. Y como me pensaba el gato era frecuentando a un marxista ciego y viejo, de gafas negras, del que siempre me quedó la duda de si era Baudelaire o un cura de boina que también pudiera haber sido Baudelaire en lo que el poeta tuvo de clérigo cabreado. Con ambos, con unos y otros —cura, marxista y poeta—, con los que fuesen, coincidía yo en mesones de Atocha, donde el guisante era escaso como la población de La Mancha que allí empezaba, y donde los jamones tenían el grosor torpe de la pobreza y el hambre, y no el perfil zuloaguesco de los buenos bodegonos.

Lo que me inducía a pensar que aquellos tres hombres eran uno solo —poeta, marxista y cura—, y no sé si Baudelaire uno y trino, era la circunstancia de que a todos ellos, por separado o por junto, les acompañaba siempre la misma mujer, aquella rubia dura y metálica, delgada y fría, que yo creo que hacía con ellos el amor cruelmente, sumergiéndoles el pene —seguro que usaba esta palabra— en aguardiente seco, para chuparse luego el aguardiente, y sin dejarles nunca introducirlo en su vagina sagrada de rubia frígida.

Qué bien hizo Baudelaire, me decía yo, en morirse joven, o casi, después de sus conferencias en Bélgica, cuando ya tenía las uñas astilladas, como se las viera un biógrafo-manicuro, porque esta posteridad de Baudelaire que yo estoy viendo, esta mixtura de rojo-poeta-cura-ciego-cornudo, la verdad que es una pena. Baudelaire con boina, qué horror. Y lo de cornudo lo decía yo porque me hubiera gustado mucho ponerle los cuernos a Baudelaire, por encima o por debajo de su boina, tocando a su mujer como se tiene siempre la tentación de tocar a las mujeres de los ciegos, sin otro incentivo que la impunidad, o calentar con el calor de mis testículos, siempre bien abrigados, la vulva fría, limpia y tirante de aquella rubia crudelísima.

Pero bien sabía yo que era imposible, porque todo esto estaba ocurriendo, más que en mi vida, en los ojos del gato, por quien me sentía yo pensado como uno se siente pensado, y vagamente reprochado, por las cosas que abandona o le abandonan: cartas olvidadas sobre la mesa, ventanas no cerradas debidamente, flojas de falleba, espejos no consultados antes de salir a la calle, por la prisa, o madres no besadas en la mascarilla mortuoria al irse uno de casa para volver a la hora del funeral. Algo soy yo en la memoria del gato, una cosa enorme y disforme que le habla con sonidos alargados, le acaricia con piltrafas nudosas o le alimenta con pedazos de carne que quizá uno se ha arrancado de sí mismo. Me sentía, pues, enigmático en mí como enigmático en la inteligencia del gato, con el que había perdido toda comunicación, y no quería ser el amante de Leticia/Lutecia ni ninguna otra cosa, sino sólo un signo movimiente y caliente en la cerebración pentagonal y ronroneante de un gato.

A fuerza de pensarme como me pensaría el gato, llegué a pensarme con cerebro gatuno y comprendí que yo era una masa demasiado grande que podía tapar el cielo, un volumen de voz demasiado alto e incoherente, que podía aturdir las delicadas orejas del gato, el sutil fieltro de su audición, la finura triangular de su oído. Nunca lamenté bastante la retirada del gato hacia las carboneras de la especie, y a veces me refugiaba

en los rincones donde aún olía a gato, capillas de su gatidad, para respirar su olor de plumón y sueño, un olor entre golfo y casero que es el olor del gato.

Comprendí asimismo, con lucidez verde de gato, que si Baudelaire se me aparecía periódicamente, era del mismo modo que a otros se les aparece Cristo o su propio padre: cuando uno ha condensado todo el sufrimiento del mundo en una persona, cuando uno ha resumido en un ser todo lo desvalido, renqueante, dudoso, dificultoso, catastrófico y suburbial de la condición humana, entonces ese ser, esa persona se le reaparece en cada nuevo sufriente, y allí donde haya dolor, temor o temblor.

Ciegos, marxistas, curas pobres, gentes marginales hasta quienes la sociedad había enviado una rubia cruel como emisario de la troquelada belleza del mundo: todos eran Baudelaire. O sencillamente Baudelaire, con chapucería muy de poeta sablista, se me vestía cada vez de una cosa distinta para no cansarme y para irme sacando un dinero, un enchufe, una carta, una comida, una recomendación, algo.

Naturalmente, Leticia/Lutecia era pirómana. De pronto quemaba un incunable, una moldura robada en la capilla gótica y desguazada de sus abuelos, una silla de cocina. Preparaba el fuego minuciosamente, con alcohol, trapos, papeles, como si fuese a curar a alguien de algo, y luego se sentaba a ver el recital de las llamas, la cantata del objeto incendiado, a desentrañar con sus ojos claros y tristes el parentesco, nunca aclarado por nadie, pero siempre intuido en la humanidad, entre el fuego y la música.

Asimismo, Leticia/Lutecia era acuómana o acuófila o algo así —habría que inventar una palabra, pero ahora no tengo tiempo—, de modo que, cuando el espectáculo del fuego estaba asegurado, abría grifos, o picaba minuciosamente una cañería, con su limita de uñas, hasta tener un órgano o un xilofón de chorros zigzagueando su alta casa como una escritura rápida. El fuego escribe sus páginas despacio, con caligrafía cursiva y concienzuda, el fuego marca a fuego los papeles y las paredes donde deja su confidencia de humo, pero el agua atropella una escritura urgente que en seguida gotea y se cae como si todo lo escrito fuera mentira. Frente a estas dos escrituras contrapuestas y eternas, que vienen explicando el universo desde que existe, se sentaba Leticia/Lutecia con las largas piernas muy abiertas bajo su falda leve, que era una translúcida sucesión de faldas. El secreto del mundo, efectivamente, no lo sabremos nunca porque el fuego dice una cosa y el agua dice otra, y ambas escrituras se contraponen, se desmienten, se anulan una a la otra, y mientras el agua nos dice que el sentido del mundo es transcurrir, el fuego nos explica que el sentido del mundo es consumirse en sí mismo, estáticamente.

Ya Heráclito empezó a leer en el agua y el fuego, porque no hay otras cartas destinadas al hombre, y toda la brujería y todo el misterio voluntario han ido por ese camino, pero Heráclito leía de verdad, mientras que los poetas irracionales del curanderismo oscurantista leen de mentira. Leticia/Lutecia leía con sus ojos inteligentes y tristes —ojos de perro más que de gato— las palabras contrapuestas, las palabras cruzadas del agua y el fuego, y aunque supongo que no entendía nada, eso le daba una sabiduría que ahí quedaba, en el fondo de su pecho débil y anémico. Cuando todo ardía y todo fluía, Leticia/Lutecia se masturbaba con una manzana, siempre con una manzana, levantando su falda, sus faldas, y desnudando su sexo, que solía llevar sin braga. Hacía girar la manzana contra la boca de la vulva, lentamente, con la palma de su mano estrecha, y era una manzana roja que se iba baboseando con las exudaciones vaginales de la niña.

Yo, asustado de tanto fuego, apagaba el incendio con pocillos de agua, y anudaba trapos espesos, verdosos, como sapos textiles, a las cañerías picadas, y los trapos quedaban allí adheridos como monstruos informes, como ranas indefinidas, de una sed espantosa, que bebían y bebían, hasta emborracharse de agua, el borbotón fino del desastre fontanero. Y el apagado incendio daba un humo que era como la barba errante de no sé qué gigantón que estuviese poseyendo a Leticia/Lutecia delante de mí, y las cenizas eran, como siempre son, cenizas de carta destruida, aunque sean las cenizas de una catedral o de un barco, y yo, de pie no sé dónde, sin sitio entre los sitios, miraba la lenta masturbación de la niña, que a veces levantaba las piernas, con calcetines de futbolista, hasta mostrar su culo fino, que era como el stradivarius de los culos.

Se estimulaba los grandes labios, los pequeños labios, toda la región pelviana, y luego me parece que se concentraba en el clítoris, claro, ya con dos dedos infantiles, habiéndome arrojado la manzana masturbatoria, que yo me comía lentamente, sabrosamente, impregnada de jugos, enredada a veces de pelos, teniendo que frotarla contra mi camisa para limpiarla un poco, aunque no me gustaba que perdiese el sabor uretral de Leticia/Lutecia, y por fin, cuando la niña hablaba en la incoherencia postorgásmica, en un sistema de preguntas sueltas e inmotivadas que le era peculiar, yo la llevaba en brazos al lecho, sacaba mi picha de fuego y oro y penetraba entre los

arroces de su vagina, como una catástrofe entre cosechas, haciéndola gritar, delirar, transformando su voz y todo su vocabulario en una única y gran pregunta, que yo ya sabía que no tenía respuesta, ni ella la esperaba.

Así reptábamos de la cama al suelo, porque Leticia/Lutecia sabía caminar sobre la espalda, y era cuando el dolor de su vagina le era insufrible y parecía huir de mí, aunque en realidad no hacía sino caminar sobre la espalda por toda la habitación, moquetas, esteras, pasillos, baldosas, parqués, periódicos, trapos, y éramos como un ciempiés poseído por otro ciempiés, y a veces, mientras escribo estas cosas, me llama ella por teléfono, o creo que me llama, aunque lo más frecuente es que dé con los nudillos en la ventana, y cuando me levanto a abrirla ya no está, sólo veo al gato requisando los tiestos.

Después de tanta fornicación se quedaba rendida, me gusta joder contigo, decía, y tomaba otra manzana, pero ésta ya para comérsela. Así siempre.

Leticia/Lutecia, naturalmente, era masoquista. Yo tenía que rascarle la cabeza insistentemente, bajo el pelo de nieve dorada, de miel musical, de trigo enfermo, ir transformando las caricias en arañazos. Yo tenía las uñas duras y solía dejármelas un poco largas, de modo que llegué a tocar muy bien el laúd de los arañazos, haciéndole unas heridas largas, dulces, finas, a Leticia/Lutecia, y arañando hasta sacar mis uñas ensangrentadas.

Antonin Artaud tenía un puñalito con el que se rascaba una herida de la cabeza, que era la herida de su locura, avivando aquel remolino rojo de las ideas, y yo me pasaba horas hurgando en los rasguños de Leticia/Lutecia, en las llagas del estigmatizado Artaud, mientras la niña tenía su cara contra mi sexo, hundida, y dejaba los brazos, largos y lánguidos, morir fuera de un camisón de novia loca. Leticia/Lutecia gemía en el castigo, hacía preguntas sin respuesta, como en el amor, se ponía incoherente y se quejaba como una perra joven, dulce y enamorada. Era así.

Otra cosa que tenía yo que hacer, y que aprendí a hacer y que me gustaba hacer, era morderle los manojos de venitas azules de las sienes, empezar con un beso, que era como un recuento con los labios de aquella multiplicidad de afluentes, y morder luego con mordiscos tiernos en la piel suave, que se despega fácilmente del hueso en la sien. También le mordía la piel de la frente, donde nada se despega, y eso era ya como un mordisco del tiempo en el cráneo joven, en la calavera frutal. Podía, sobre todo, morder sus labios, finos, rizados, irónicos, enfermos, hasta juntar mis dientes de arriba y de abajo sobre el labio, la carne aterciopelada de por fuera, la carne húmeda y vegetal de dentro de la boca.

Eso ahogaba de placer a Leticia/Lutecia, le despertaba las asma del deseo, y se quedaba sin respiración, porque era asmática como todos los seres con exceso de alma, y de pronto se llenaba de un vacío en el que le flotaban los ojos.

El amor de la asmática hace que todo la mate, y llena la relación con ella de muertes instantáneas, de fallecimientos momentáneos en que uno posee a una muerta, viejo sueño del necrófilo que uno no era en absoluto, pero que la humanidad es: rondadora de cementerios y salas de disección.

El asma de Leticia/Lutecia hacía de ella un Proust enajenado, así como las heridas del pelo la convertían en un Artaud femenino. El asma de Leticia/Lutecia era como un verano repentino que la ahogaba, o un invierno cruel de dentro afuera, un cruce de alergias en que la niña se debatía con los hermosos pechos abiertos en mil más. El asma la volvía un poco loca, con un viento que yo no podía ver, pero que pasaba entre los dos, y que no le alborotaba el pelo ni le movía la ropa, pero que la estaba azotando desde algún sitio.

Había que insistir más y más en aquello, matar a la muerta, darle nuevas emociones que la recuperasen de la emoción casi mortal del primer orgasmo, y entonces yo mordía en sus hombros de novia mate, dejaba una boca circular y sangrienta, un anfiteatro de dientes en su carne, y ella esperaba más y más dolor del dolor, ese último zumo de placer que el dolor exprime finalmente, y luego se miraba la marca como cerciorándose de que no había habido engaño, de que había sufrido de verdad, para su gozo.

Leticia/Lutecia era la mujer toda sexo, todo sexo, que tiene sensibilidad de vulva en cualquier envés del cuerpo, y yo mordía el barro ligero y giratorio de su cintura, o la piel de su espalda, sobre las vértebras, pero mordía sobre todo en el sexo, me llenaba la boca de un marisco caliente y recíproco en el que mordía con leve crueldad, hasta que el dolor de todo el cuerpo de la niña había descendido a sufrir dentro de mi boca, entre mis dientes.

Finalmente, yo tenía que arañar a Leticia/Lutecia la espalda, conseguir con mis uñas, arañando de abajo arriba, desde la rabadilla hasta la nuca, que sangrasen y se encabritasen los caballos de su espalda, los galgos de su espalda, todos los animales

heráldicos y las jaurías de la blancura, que vivían en su espalda.

Esto era primero una caricia que eran diez caricias en una, y luego era una agresión y finalmente un crimen y Leticia/Lutecia se apoyaba contra mí, ya como desvanecida, cayéndoseme, mientras mis diez uñas araban una nieve caliente que prorrumpía en sangre y tesoros. Leticia/Lutecia, en fin, era toda ella una invitación al crimen, y comprendí por primera vez lo que no había pensado comprender jamás: el crimen lujurioso, el crimen orgásmico, el crimen como continuación natural de la eyaculación.

Yo creía que después del orgasmo no había más, y resulta que había más: el crimen. De modo que una tarde cogí todos los cuchillos de la cocina, traje todas las hojas de afeitar del baño (supongo que con ellas se afeitaba Leticia/Lutecia las longitudinales piernas), destrocé algunos vasos con cerquito de oro y algunos cuellos de botella, tomando la cristalería que era el xilofón espontáneo de su casa, y le clavé filos en el cuello y en la espalda, un puñal de anís del Mono entre los pechos, un garfio de chivas regal en el sexo, que rasgué hacia arriba, y todo entre el incendio de sus gemidos de placer y el vals de las olas de su llanto feliz.

La dejé muerta y bien muerta, lamiéndose su propia sangre, perra de sí misma, con un cuchillo de desescamar besugos entre las vértebras, aquellas vértebras que eran como delicadas piezas de ajedrez, y le removí la llaga del costado con un abridor de botellas, estriando la longitud de sus muslos con una cocacola dentada. Bebí su sangre de varias bocas, sangre ya de cadáver fresco y satisfecho, bordé con mi saliva festones a sus heridas y, cuando el cadáver se quedó quieto, le puse al lado una aspirina, antes de irme, para cuando se despertase.

Como del masoquismo y el sadismo se pasa al crimen, del crimen se pasa al sueño y del sueño se vuelve a la masturbación mediante una aspirina.

La aspirina es la luna llena de los grandes sopores, el agujero redondo por donde se mira el más allá o el más acá, según de qué lado se esté. La aspirina es la paloma redonda y mínima que se posa en la mesilla de noche y que traerá un ramito de perejil en el pico para anunciar que han bajado o han subido las aguas de la resaca. Lo que pasa es que Leticia/Lutecia era alérgica a las aspirinas, y yo también, de modo que pasamos, sin transición, del período o glaciar de las mortificaciones a la era o égida de las masturbaciones.

La masturbación de clítoris es un ejercicio de clavicordio que consiste en pulsar la nota del gemido con un dedo central, mientras los otros cuidan y apartan las melodías del margen. El clítoris es una semilla de mujer, la semilla de la mujer, que ella lleva escondida como las frutas la suya, y a esa semilla se puede acceder mediante la lengua, los labios, la boca, los dientes, las manos, los pies y los párpados. Hay que saber encontrar la semilla con cualquier cosa y en cualquier parte y trance.

La masturbación de clítoris tiene algo de contacto con el alma de la mujer, una cosa de masaje cerebral, de abuso contra la personalidad, y si se realiza con la lengua, se redime con cierto carácter de homenaje, pero así, a mano desarmada, es como estar atentando contra la mujeridad de la mujer, con su consentimiento y deleite, por supuesto, pero dentro de una mecánica que tiene algo de darle cuerda al reloj femenino, que es reloj de arena por las curvas del cuerpo de ella, y esa arena va descendiendo, durante la masturbación, hasta que al masturbador le quedan los dedos como enarenados y embarrados de todo el reloj del cuerpo femenino que se le ha venido encima.

Cuando el hombre ha descubierto que la mujer tiene ese punto de conflicto y susto, se siente más hombre y más seguro, y de eso es de lo que no hay que abusar, sino que toda la conducta del macho no debe ser sino una elegante ignorancia de tal semilla. Por el contrario, se tiende a recordarle a la mujer, no ya la herida del sexo, sino el grito constante y silencioso de la semilla, cosa que yo no hacía jamás con Leticia/Lutecia, comportándome siempre como si hubiese descubierto por casualidad un resorte en la

máquina de su cuerpo, que era un ready-made de Duchamp.

Ella agradecía ese descubrimiento mío, este hallazgo del grano de arena entre las inmensas arenas de la playa que es el cuerpo de la muchacha. Hay la mujer que, debidamente accionada en el clítoris, vuela a los cielos alicatados de la habitación o se entierra y empareda en el sarcófago persa de su placer reconcentrado. Hay la que se vuelve momia y la que se vuelve ángel.

Hay la que, por el contrario, se vuelve iracunda de clítoris, y hay, finalmente, lo que había en Leticia/Lutecia, o sea una necesidad de mayores excavaciones, profundizaciones y espeleologías, pues digamos que ella vivía sexualmente en lo más externo y en lo más interno, sin términos medios, y podía tener un orgasmo por el paso de una mariposa sobre las landas de su vulva o por el engarfiamiento de mi mano a las tuberías de su útero.

La masturbación vaginal a mano empieza con un dedo y acaba con todos los dedos, de modo que es como un concierto al que se van agregando instrumentos, pastoriles flautas que llegan a convertir en orgasmo de órgano, en concierto de órgano, lo que se inició como solo de caramillo. Una población de dedos va acudiendo a los valles anfractuados de la vagina, como pastores de Belén o cabrerillos al atardecer, hasta que la tribu de dedos, o sea la mano, está reunida en lo caliente e inicia su danza frenética en el vientre de la diosa.

Esto es lo que más le gustaba a Leticia/Lutecia. Yo miraba entonces su cuerpo jovencísimo, arqueado como arco a punto de disparar la flecha del grito, y mil geometrías nuevas vestían aquel desnudo de oro y asma.

Un día, vestida ella de exploradora, sentada en una butaca, levanté su falda, arranqué su braga, abrí sus piernas sobre los brazos del mueble y devoré largamente la gutural belleza de su sexo, hasta que Leticia/Lutecia quedó como hueca, vacía, tal esos animales que disea el taxidermista, y yo me sentía todo el organismo de la niña dentro de mí, una nutrición de pulmoncitos, riñones, páncreas y orina que me confortaba.

Otro día fue ella la que me desnudó junto al fuego. Las llamas hacían de oro mi falo y ella lo adoró, de rodillas, y lo veneró como reliquia, falo de faraón fálico, faraón él mismo, erguido en el Egipto arenoso de mi cuerpo, lo besó, lamió, chupó, ensalivó, tragó y devolvió.

También lo masturbó con manos de cera y anillos de oro que me dañaban un poco en el orgasmo, pero corrió tanta miel masculina por la casa que embalsamé a Leticia/Lutecia, la encalé de semen, la enjalbegué hasta los párpados, y así dormida la tendí en su lecho para un tiempo, en sueño largo, larguísimo, profundo y frío, que hasta podría curarle el asma.

A mi vez, me enrollé en el rollo de papel higiénico, protegiéndome así de fríos, corrientes, sudores, sudados, exudados, retortijones y otros peligros, vestí encima chaqué y suéter y salí a las calles con bufanda, rescatando a Dorotita de entre los cipreses descipresados de mi calle, aquéllos que cayeron bajo las legiones de la nieve y las dominaciones del invierno. Dorotita, niña desnuda de ocho años, era realmente la niña de Dalí que está levantando la piel del agua para ver el perro dormido a la sombra del mar. Dorotita (Dalí no sabe que se llama así), ya no está en el cuadro, sino que un día se vino a mi barrio, errática y desnuda, como la primavera del otro, y tiene la misma ranura de hucha ingenua en el sexo todavía sin vello, y andaba pecosa y golfa, la recuerdo, entre la primavera horizontal que les había salido a los cipreses, y nadie sabía de dónde era venida la niña, ni los vecinos ni nada, la portera menos que nadie, sólo yo sabía que era la niña del cuadro, y como ya estábamos en el buen tiempo, Dorotita se bañaba en los charcos, se ponía bajo el gotear de los tiestos, a esa hora lila en que los riegan las viudas, me cogía de la mano y me llevaba al fondo oscuro y remoto de los gatos, donde mirábamos saltar flechas de gato, gatos convertidos en flecha, de un lado a otro, como chispas de la gatidad, y la fosforescencia amiga de mi

gato nos acechaba desde muy lejos, y Dorotita levantaba la piel de la tarde para ver el gato dormido a la sombra de las inmobiliarias. Que mar no hay en mi barrio.

Envuelto en mi vendaje de papel higiénico, leyendo al infame Gómez Carrillo estaba yo, cuando llamó a la puerta Baudelaire, nada menos que vestido de recluta, y poco decía saber de las gafas de ciego, el mesón marxista y la mujer rubia, sino que me leyó unos poemas a la manera de Borges, me dejó un olor a soldado que no ha dormido y se tomó un café solo, chupando la cucharilla mientras hablaba un francés que sonaba catalán:

—Estoy haciendo la mili en Alcalá de Henares y me he venido en autobús a verte.

Así como el demonio encarna en las novias que se masturban a la luz caliente de un vitral, Baudelaire reencarna en los jóvenes poetas tímidos que vienen de la periferia a conocernos a los que hemos leído muchas biografías de Baudelaire. Por los ojos le veía yo que era el maligno, el poeta, aunque ponía cara de quinto y se fue al Metro, según dijo, dejándome sus versos borgianos y su perfume de hombre mal lavado. Qué asco. En la calle jugaba Dorotita.

Para conocer el mundo y sus acontecimientos, nada como enviar un animal de vuelta a través de los tiempos. Así, Noé envió la paloma, que le trajo un ramo de laurel y una tierra de promisión. Yo envió mi gato de tarde en tarde, y es como lanzar una flecha hacia un blanco seguro, pero desconocido.

El gato es la única flecha que vuelve. Tiene orejas y velocidad de flecha, pero no se queda preso de hocico en la diana, sino que vuelve con toda la escritura del mundo escrita en su lomo ligero y en sus ojos de zarina.

Envié mi gato a través del infinito, a descifrar del más allá el misterio, y mi gato, que había leído a Omar Kayam y a Oscar Wilde (aunque no a Lermontov, como creía o aconsejaba el antipsiquiatra), volvió a mí diciendo: yo soy cielo e infierno.

De modo que algunos domingos a media tarde, con una luz tristísima y festiva entrando por los huecos de los garajes, me entrevistaba yo con mi gato, regresado él de las batallas de la tierra, manuscrito de botes y patadas, cifrado de espinas y gritos, taraceado de hambres, codificado de muecas y noches, y conversábamos largamente para mi ensayo "El diseño del gato", mientras me goteaba en el alma —que no es sino un grifo abierto— la tristeza insoportable de que a estas alturas de la vida, tan cerca ya de la muerte, sólo he conseguido cariño, ternura, comunicación, amistad valedera y caricia de un gato, con un gato.

No hay animal, cosa, libro, mujer, viaje que pueda resumir la Historia de la humanidad, con toda su avilantez y variedad, como un gato flechado por el mundo, que un día volverá con un desengaño duro e imposible en sus ojos ya ni azules ni verdes, con una velocidad esquinada y herida en su piel de intimidad y sufrimiento. No hay como el diseño del gato, obra maestra de rombos y triángulos, ni como el diseño del mundo que nos da su regreso.

El gato no vuelve, como la estúpida paloma de la Biblia, con un ramito de olivo en la boca, sino con los huesos de la paloma bíblica en la boca, porque el hambre le ha obligado a comérsela. El gato no anuncia buen tiempo a quien le echó a volar en la nada: el gato anuncia que no ha cesado el diluvio, que no cesará jamás de llover el dios de los hombres que ellos han creado para eso, para que les llueva llanto y sangre y semen y barro sobre los ojos, porque sólo la desgracia hace compañía y suple vagamente una idea divina.

Nadie, nada como el gato condensa ese juego de horror, electricidad y fuerza bruta que es el mundo, y a través del cual pasa el gato sin romperlo ni mancharlo, pero impregnándose de todos los azufres del vivir y toda la posteridad maloliente de los pescados que envenenan el futuro del huésped en la trasera de los hoteles y miran con su ojo redondo, calcificado y muerto, de absolutos desconocidos, la salida de las maletas bien abrochadas que creen que el peso en sí mismo es una cosa importante. Sólo el gato.

Periódicamente me envuelvo en papel de retrete y así, ya momia fecal, leo periódicos, hablo por teléfono con desconocidas que seguramente se están mirando desnudas en un espejo, mientras me llaman, y recibo a Baudelaire que, inevitable, se ha caracterizado ahora de joven pasota que viene a grabarme una entrevista para no se sabe qué radio, revista, underground, cosa. Este nuevo Baudelaire tiene los ojos pardos y duros, como dos piedras que me arroja de vez en cuando, pues habitualmente los baja para controlar sus dedos, que se descontrolan sobre los mandos de una grabadora magnetofónica, negra y nueva, grande y compleja, que se le desmanda por momentos en una profusión de carretes, luces, timbres, cintas, voces, ruidos, chispazos, palabras y otras palabras. Desde mi compostura de momia inodora asisto a la desigual pelea de Baudelaire el joven (vaqueros, barba de cualquier manera, mucha juventud, sudor, olor a sudor, estatura, desesperación, odio al mundo, también a mí) con una máquina que cobra conciencia de sí misma por momentos y le aturde, devora y amenaza.

En éstas estamos cuando el irreductible aparato canta en una cinta magnetofónica unas palabras en francés, una salmodia, y en seguida reconozco algunos versos de Baudelaire, y el chico me dispara un momento los dos guijarros de su mirada y vuelve a la complicación de los botones, pero ya sé, por los versos (sustituidos rápidamente por una grabación política del Congreso) y por la mirada del chico, que efectivamente él es Baudelaire, Baudelaire, único demonio sobre la tierra en no sé cuántos siglos de humanidad, único demonio en el cielo, en no sé cuántos domingos de divinidad, único demonio en el infierno, en no sé cuántos siglos de no haber infierno.

Mientras tanto llega el gato, en uno de sus retornos, como del fondo de las carboneras últimas de la repetición humana, y trae una cinta azul atada al cuello, de donde deduzco que ha estado en la buhardilla acristalada de Leticia/Lutecia, en la copa de cristal abuhardillada de Leticia/Lutecia, y que la niña se ha despertado, al fin, y le ha atado esa cinta al cuello, porque es muy dada a resolver o creer que resuelve las grandes catástrofes con un toque esteticista, y a un gato pisoteado por media humanidad le pone una cinta al cuello, como a un niño hambriento y palúdico le dio un día un girasol, más que nada por ver luego a distancia, alejándose, el efecto del palúdico con el girasol, el efecto del girasol palúdico:

—Muy Van Gogh —parece que dijo, satisfecha bajo su cegadora sombrilla blanca.

Despedí a Baudelaire como pude, dejaremos la grabación para otro día, dije, y me ocupé del gato. Lo primero le quité la cinta azul, porque no hay que limpiar ni curar a los gatos, que ellos se limpian y curan solos —lo contrario les humilla—, así como se purgan con hierbas que sólo ellos conocen, pero tampoco conviene subrayar la miseria y suciedad de un gato poniéndole una impecable cinta azul de seda al cuello, sólo porque es pictórico, como había hecho la niña. Igual podría haberle puesto una cinta azul en el cuello al palúdico.

Enmudecido Baudelaire por la voz de su propio magnetofón, que siempre le interrumpía, borrado él al borrarse su voz (Baudelaire sólo fue una voz), dejé el gato en manos de Dorotita, que se lo puso desnuda por el cuello, se lo paseó desnuda por el cuerpo, como esas artistas atrevidas de cabaret que se pasean una piel por el cuerpo desnudo, y corrí a meter un dedo en el culo de la al fin despierta Leticia/Lutecia. ¿Despierta o resucitada?

La niña podía dormir en diversos embalsamamientos: de semen, de mermelada, de pintura de pintar puertas o de flores baratas. La niña podía morir de diversas muertes: nervios, edema, asma, insuficiencia mitral, anemia, etc. Cada una de estas muertes la dejaba con una coloración diferente, con una lasitud, belleza, quietud y gracia diferentes, pero siempre había terminado resucitando. Estaba tendida entre flores deshechas, como recién desembalsamada. Tuve celos. Yo creía recordar haberla dejado embalsamada en semen, enjalbegada. Fui a la cocina a por un recipiente para recoger las flores. El plato con huesecillos, grasa y una cintita azul, desanudada y grasienta, estaba allí, al borde del fogón. Salí con el plato en la mano y la miré:

—Me lo he comido —dijo—. Tu gato me lo he comido. Tenía hambre. No vienes nunca.

El gato se come la paloma de Noé y la niña se come el gato que se comió la paloma de Noé. No era la primera vez que Leticia/Lutecia se comía una paloma. Se comió la de su propia virginidad. Recuerdo que. Es imposible, el gato está vivo, se ha quedado jugando con Dorotita a la sombra de las inmobiliarias, bajo la piel de la tarde. ¿Y si ella me ha engañado, me ha enviado un gato encantado, si el gato no era el gato? De día, todos los gatos son de oro. ¿Por qué se iba a comer el mío y a enviarme un gato encantado? Debiera haberlo hecho al revés. No, nunca, jamás. Se había comido mi gato para comerme a mí. Para poseerme. En todo caso, esperaba que yo la poseyese entre sus flores de amortajada, y sobre ella caí con miembro espeso, lubricado por los líquidos de la vagina que escurrían hacia abajo, feliz de orgasmo y trabajado por la idea de si en aquel vientre rubio, tenue como el vientre de un violín, se convertía en mierda

un gato, el más inteligente e inteligido de los gatos.

Notas para una fenomenología del masoquismo. Un día, Leticia/Lutecia apareció con corbata, gorrita y aparatosito traje de hombre. Me irritó y callé. Cenamos. Ya en la noche, le hice quitarse la gorrita. Cedió llena de ira. No había pensado yo que iba a ceder. Adiviné en aquella ira que la excitaba el despojo. Si ahora se pone pajarita, por ejemplo, le digo que no me gusta. Al día siguiente se la pone, sin duda, para que yo se la quite y la tire. Este despojo indumentario la excita sexualmente casi como un despojo físico. Es fácil advertirlo. Otra mujer vestiría dócilmente a gusto del hombre. La masoquista le provoca con lo que no le gusta, para verse ultrajada en la ropa, como prólogo al ultraje carnal.

Claro que a veces es un cuchillo invernal, una pica de hielo, lo que entra en mi vientre y lo parte y deshace, y debo ir por ahí con la hoja de nieve en la tripa, en el bajo vientre, sujetándomelo con las manos, para que no se salga, y me duele cuando hablo, cuando paseo, cuando hago el amor, cuando duermo. A pesar de lo cual, a veces tengo una erección.

Ese puñal de enero, esa daga nauseabunda, esa navaja de bajura que se me mete en las entrañas. ¿Adónde está el gitano turbio que me la ha clavado, adónde el navajero veloz, el vil homicida? Y debo caminar con el tipo de los cristalitos aferrado a mi espalda, apretándome la faringe y la laringe, y el tipo de la navaja clavando y clavando, o al menos su navaja, su recuerdo, su presente, su crimen.

La ternura es un agua que restaña los crímenes, pero no tengo agua, que la han helado toda para hacerse un cuchillo de hielo contra mi vientre. Si la muerte es una pregunta, el sexo es la única respuesta, de modo que, pese a los cristalitos que digiero y al cuchillo del vientre, a veces tengo una erección. Me basta con pensar en Catalina de Siena, de ojos azules como un ángel que fuese verde, de ojos verdes como un ángel que fuese azul, de ojos duros con una dureza furiosa. Toda la furia de que es capaz una piedra dura. Toda la acumulación de ángeles violentos que puede residir en un mineral interiormente azul.

La piedra, la pica, los cristalitos, la fiebre, la erección, Catalina de Siena y sus pechos grandes, pesantes, claros, como un día americano cada uno de ellos, como una granja donde trajinan gentes felices y ordeñan vacas. Todo pende y vive de sus pechos. Un campeón de rugby vive en cada uno de sus muslos, y hay un mapa de América en su espalda, como en la espalda de todas las americanas, pero de eso nada sabe el ángel remoto y furioso que vive en sus ojos, allí donde lo azul empieza a sospechar que existe lo verde. Ajeno a mapas, rugbies, granjas, ordeñaciones y besos, el ángel soberbio de la piedra de la mirada sólo se nutre de gusanos del cielo.

Así es como una mujer puede ser acumulativa como un monumento: un arcángel renacentista en lo alto, dos granjas del Medio Oeste en los pechos, dos campeones de rugby en los muslos y un mapa de América en la espalda. Y la vagina, la vagina, explicada previamente por un vello ligero como una levísima fogata de verano. La vagina fresca y jugosa como no sé qué fruta americana. La vagina, con el sabor insípido de la vagina de los ángeles.

Y yo, frente a la angelical bestia americana de alas y mirada, retenido por cristalitos de tapia y cuchilladas bajas, iniciando una heroica, brillante y disparatada erección.

¿Y por qué usted, respetable señor, respetado señor, hurga en mi recto con su dedo enguantado, por qué mueve, remueve, hace luz en la penumbra, me llena por dentro de la penumbra de su dedo penumbroso, me apenumbra, me apesadumbra? ¿Qué busca usted, respetado señor, con mano pulcra y dedo de guante, con tacto y palpo y palpito, en el bulto interior en que consisto, en la noche de sangre de mi cuerpo? ¿Por qué esta hurgamandería?

Por habitaciones a oscuras, por climas amarillos, yo me humillaba contra lentos hules, y el respetable caballero, el plateado señor, el canoso abogado de la vida, de la muerte, me metía por el culo un duro dedo, un sutil dedo, buscaba por mi ano, iluminaba mi recto con el tacto profundo y respetable. Qué hace usted aquí dentro, por qué palpa mi muerte, que aún palpita, por qué palpa mi vida donde aún duerme.

Yo era por dentro un vago mundo, un borrado mapa, un impulso caliente y nada más, pero de pronto un dedo, un solo dedo, me ha aclarado las vísceras, ha repartido hígados y páncreas, lo ha colocado todo como debe ser, y ha tocado, despacio, sin piedad, en el punto secreto del dolor y del placer, ha metido un dedo en mi alma, que está más abajo de lo que creían los clásicos y más arriba de lo que creen los homosexuales.

Y ya soy sólo dedo, todo dedo, un dedo enorme, macizo de dedo, repleto de dedo, un dedo con ojos, un dedo con dientes, un dedo con brazos y quejidos. Un gran dedo. Me voy llenando de amarillo, de amarillo dedo, aquí en la oscuridad, partido en dos. Alguien grita a lo lejos, algo me sobrevuela como un tordo de espanto, y soy materia sorda, sólo dedo, ese implacable dedo que me apunta por dentro de mí mismo.

Lo que conviene, haciendo el amor, es introducir el dedo anular en el recto de la mujer. Esto contribuye, naturalmente, a estrechar la vagina y magnificar el falo, con lo que ambos contrayentes tienen copulaciones mucho más felices. Aparte el aliciente erótico de la transgresión o penetración imprevista por vía insospechada (no siempre). Puede probarse con el dedo corazón, en vez del anular, pero suele resultar demasiado grueso. El meñique es demasiado fino y el índice da a la maniobra un gesto como indicativo o rigorista que resulta un tanto innecesario o inconveniente. El dedo pulgar se ha probado que es sencillamente desgarrante.

Tampoco es aconsejable la variante de ir deslizando sucesivamente todos los dedos de la mano dentro del recto femenino, porque esto le da a la operación un carácter de concierto de ocarina que diluye lo transgresivo en la vaguedad de lo musical. El dedo anular es el que mejor explora y llena el conducto, y proporciona al hombre la confortabilidad suplementaria de comprobar lo tersas y escuetas que son ellas por dentro, incluso en esa cañería postrimera. Contra la idea cristiana de la mujer-cloaca fermentada, la práctica demuestra cada día que la mujer es limpia, aséptica y a veces como de plástico, con muchas menos excrecencias de humanidad que el hombre.

Esta práctica manual que aquí aconsejo es como meter el dedo en el culo de un ángel.

Un día decidí robar una hortensia para Leticia/Lutecia, que tenía toda clase de plantas en su gran copa de cristal. Para ello me infiltré muy de mañana en una gran floristería que era como una selva bien educada, y allí entré en conversación con el florista, un hombre joven, con algo clerical y masturbatorio, limpiamente precalvo, un hombre de ojos vegetales, rostro muy lavado y voz fría y cálida, que es justamente la voz con que hay que hablar a las plantas para que crezcan, repten, engorden y enverdezcan.

En torno de nosotros, mientras hablábamos de la primula homosexual y la hierbaluisa, las plantas de la tienda crecían y se reproducían con un desenfado puramente botánico, con una desvergüenza meramente marceña, y todo el fondo verde de la tienda, con los escaparates, las trastiendas y los espejos, era una fornicación movible y variable de las plantas con las plantas, de lo verde con lo verde, un apogeo de falos violeta y corolas amarillas que dejaba caer entre la tierra y las raíces gruesos goterones de luz y actualidad.

Por algún sitio cruzaban peces, yo tenía a mi hombre mareado a fuerza de mezclarle catálogos, confundirle láminas y cambiarle de sitio los tiestos. Había ido desplazando hacia la puerta un tiesto con hermosas hortensias blancas, que el florista me había explicado virarían hacia el azul en cuanto les diese el sol. La obscenidad vegetal se iba haciendo más espesa a medida que avanzaba la mañana, y llegó a nublar el cielo con su pululación, transportándonos a una tarde mediocre, pero intensamente perfumada por regueros de agua y flores artificiales.

En una mesita, en un rincón, bajo un sauce, había una carta de un suicida, para el señor juez, con unas violetas que le enviaba el difunto al magistrado. Las plantas se reproducían dentro de los espejos y las peceras tenían un fondo pornográfico de sexos flotantes y pelos verdes.

El suicida había venido a abonar sus violetas antes de pegarse el tiro, y el florista me dejó solo, momento que aproveché para salir corriendo con la hortensia abrazada, por las calles, como si llevase un ramo de sombreretes de señora o madrina de boda. Crucé avenidas, subí y bajé escaleras, y procuraba ir siempre por la acera del sol para que la hortensia azulase. Tiene que ponerse azul, me decía, tiene que ponerse azul. Tenía que ponerse azul antes de llegar a casa de Leticia/Lutecia, pues ella no me hubiera perdonado nunca una hortensia blanca, como la petición de mano a una muerta.

Ese canalla me ha engañado. Esta hortensia no se pone azul. El sol me hacía sudar, pero la hortensia seguía blanca y fresca. ¿Le había engañado yo a él, más bien, por llevarme el tiesto sin pagarlo? Hubiera sido estúpido pagarle a precio de hortensia azul una hortensia blanca, sólo porque iba a ponerse azul al sol. Hubiera sido pagar una vaga promesa heliófila.

Yo daba rodeos para tardar más y que el sol le siguiese dando a la planta, pero al mismo tiempo tomaba atajos para llegar en seguida, pues me devoraba la impaciencia. De modo que mi caminata con la alta planta en brazos era un trastrueque de ideas y venidas, hasta que de pronto me encontré en la casa de Leticia/Lutecia, moviéndome en el ámbito cóncavo y límpido de la gran copa.

—Pero me has traído unas hortensias blancas.

—La hortensia se pondrá azul en cuanto la dé el sol.

Leticia/Lutecia lo decía en plural y yo en singular. Mientras estaba claro que ella hablaba de una planta, parecía que yo estuviese hablando de una criada llamada Hortensia, y que tuviese la valiosa facultad de ponerse azul a la luz del sol.

—Vamos a verlo.

Y Leticia/Lutecia puso la hortensia al sol. Yo no quise decir que había traído todo el tiempo por el sol la planta, la criada o lo que fuese, porque esto habría sido un dato en contra mía, naturalmente, y se daba por supuesto —había un reto en el aire— que si la hortensia no se ponía azul, yo había estafado a Leticia/Lutecia, como, por otra parte, el

hombre vegetal me había estafado a mí tratando de cobrarme como azul una hortensia blanca, cuando yo llevaba a la floristería el propósito de robar una hortensia de cualquier color. Pero la hortensia no se ponía azul.

Los ojos claros de Leticia/Lutecia se llenaron de una ira infantil y yo miraba para otro lado como si en vez de un conejo vivo la hubiese regalado un conejo muerto, diciendo que estaba dormido. Yo quería que la hortensia se pusiera azul para que Leticia/Lutecia no se enfadase, o que Leticia/Lutecia no se enfadase aunque la hortensia no se pusiese azul.

—A lo mejor hay que regarla al mismo tiempo —dije.

—Las hortensias se riegan cada dos días.

—Pues hoy le toca. Hace dos días que pensaba traerte una hortensia.

El sol, a través del cristal de la copa, hacía de nata y terciopelo las hojas de la hortensia, las pequeñas multitudes de cada hortensia, y yo dije que las hortensias me recordaban San Sebastián, porque en los chalets de San Sebastián había muchas hortensias, y Leticia/Lutecia dijo que eso sería en Santander, y entonces ya empecé a dudar. La hortensia no se ponía nada azul.

—Esto lo arreglo yo —dijo Leticia/Lutecia empezando a levantarse faldas.

Debajo de la falda de zíngara llevaba la falda de gitana y debajo la falda de marroquí y debajo la falda japonesa y debajo la tártara y debajo la salmantina, pero todas estas faldas no le abultaban nada ni la quitaban esbeltez, y yo miraba fijo porque sabía que Leticia/Lutecia no suele llevar braga:

—No me mires, asqueroso. Te he dicho que no me mires.

Efectivamente no llevaba braga, y con todas sus faldumentas remangadas se puso en cuclillas al lado de la hortensia, y el sol le dio en sus nalgas delgadas y blancas, en sus glúteos dorados y tensos, inventando sobre su piel un levísimo vello de luz, y el sol, también, rizó en oro el chorrillo que orinaba Leticia/Lutecia dentro del tiesto, en la tierra del tiesto, y yo me decía que aunque la hortensia no se pusiera azul, la llamaríamos ya para siempre la hortensia azul, con lo que acabaríamos viéndola azul, o viéndonos ella azules a nosotros. En todo caso, no había por qué pensar que la fresca orina de Leticia/Lutecia iba a matar ni perjudicar a la planta. Allí estaba ella, orinando aplicadamente en el tiesto, orinando por su cosa rubia, saliente, prominente, abultada, por su sucesión de ojales abiertos en la carne, florecidos de un oro oscuro, orinando por entre sus piernas largas y dobladas, que podía abrir hasta descoyuntarse graciosamente, obscenamente.

Allí estaba ella, con su culito joven al sol, tan limpio, y yo, que a veces había bebido en la fuente ciega de aquella cosa rubia, muda y sabrosa, miraba orinar a la niña y llevaba mis ojos del sexo de Leticia/Lutecia a las hojas de la hortensia, esperando verlas azules de un momento a otro. Así estuvimos bastante tiempo.

Picha: ésta es la palabra, la palabra que ya casi no se dice, pero que prefiero entre todas porque me devuelve la infancia con sus pichas, mi picha de infancia, aquello que escribíamos por las tapias bombardeadas, pintada única de una generación, supremo grafitti, graffiti, graffitti, con abundancia de efes y tes, como quiero ahora decirlo para hacer española la palabra, y desvariante.

Nunca me ha gustado polla, antipática de ellos, ni pene, palabra corta que nos acorta el pene a los hombres, ni miembro, que también acorta la picha, por referencia a los otros miembros, brazos y piernas, mucho más largos. En este libro vengo escribiendo falo, que tiene gracia de falúa, y evidentemente el falo es falúa de vaginas navegables hasta Sevilla, como el Canal Fernandino que hace navegable el Guadalquivir. No quiero príapo, siempre con pedantes sonoridades clásicas, ni nada que se le parezca, no quiero glande ni otras palabras farmacéuticas que se refieren a partes de la picha, y no al todo: quiero picha, palabra de mi infancia, de las traseras de mi infancia, porque ya no se dice y dice más.

Chapitú de baratiyo, primer logogrifo de ese alto Nilo que es la niñez. Leído de derecha a izquierda: yotirabadetupicha. Yo tiraba de tu picha. El egiptólogo de barrio quedaba burlado al descifrar el jeroglífico y encontrarse tirando de la picha de goma de un desconocido, habitante incógnito de los solares de la patria mía, y no hallé cosa en que poner los ojos que no fuera recuerdo de la muerte, bomba de Franco, mierda.

Chapitúdebaratiyo. Larga palabra azteca, nombre preincaica, porque todo niño es un preincaica. Yotiraba de tupicha. Se puede partir por donde se quiera la palabra, la frase, se puede colonizar a los mayas que la escribieron, descuartizando su alfabeto de tapia con la espada dura del castellano: yo tiraba de tu picha. Y el prepucio, al descapullar, hace un sonido gomoso de che, un chasquido con che, una che de picha, el nombre lo expresaba todo, era uno con el objeto y por eso lo amábamos, porque amábamos nuestra reciente picha tierna de las masturbaciones preescolares y los orines líricos sobre la braga eucarística de las niñas.

Chapitú de baratiyo, logogrifo entrañable de mi niñez perdida en la crecida del Nilo de la guerra, niño errante entre pirámides de ladrillo republicano y soles aztecas de cal castellana. Picha, recuperada palabra de la infancia que Leticia/Lutecia me ha devuelto, como me devuelve el sexo cuanta vez en mí desaparece, me lo acrecienta con fuego, manos, bocas, dientes, ovarios, todo lo que acude y afluye a saludarme y presionarme dentro de ella: menudillos, riñoncitos, tripas jóvenes como tirantes de bailarín de claqué.

Picha, palabra respingona, atrevida, erecta como la picha misma, palabra chula que recuerda a Pichi con su picha, de modo que un día, por primera vez en la historia de los tiempos sin historia, yo le metí a Leticia/Lutecia la larga palabra hasta adentro, chapitúdebaratiyo, dejándome el acento fuera, y le gustó esa sucesión de sílabas, como las palpitations de la picha, que tiene el lejano corazón más cerca cuando jode. Y ya que no podía dejarse la palabra dentro para siempre, que dice Austrofreud que quieren llenar el hueco con algo, niño, picha, palabra o botella de cerveza alemana, Leticia/Lutecia se dejaba dentro los sémenes, la crema viva, la viva crema de hombre, el contenido del corazón incontenible, viviendo ahí días y días, dentro de ella, hasta asimilarlo totalmente, impregnada de macho, como la hortensia, y volviéndose azul, como la hortensia, con el riego azulado de la estrella disuelta del orgasmo.

Lo único que me tiene medianamente feliz es que he reencontrado el perdido violín del llanto. Es un violín de adolescencia, cuando yo me metía en la cama y, sentado en ella, con la espalda en vagas almohadas sin lavar, tocaba el violín del llanto, sin saber por qué, hasta la madrugada.

Yo he llorado mucho, de adolescente. El adolescente llora por todo y por nada. El adolescente llora porque intuye lo corta que es la vida, dentro de lo larga que es, o a la inversa. Hay esos adolescentes empalagosos y empalagados —generalmente, más chicas que chicos— que deciden renunciar al saludable violín del llanto y sustituirlo por un violín de verdad, engañan a sus padres, a sus amigos, y sobre todo se engañan a sí mismos, porque el adolescente que toca el violín, y que nunca va a ser violinista, está llorando en un pequeño ataúd de música todo lo que no se atreve a llorar a solas.

Los que de verdad van para violinistas, tocan de otra forma.

Yo, que vi muy pronto ese engaño, sacaba todas las noches de debajo de la cama, empolvados, viejos, intemporales, mi violín y mi arco, y tocaba en silencio el violín del llanto, con la espalda contra la pared o la turbia almohada, bajo el cuadro de las ánimas del purgatorio, las rodillas en pico bajo la colcha, pero un día fui a mirar debajo de la cama y ya no estaba el violín, y entonces comprendí que había dejado de ser un niño, que había terminado el solo de violín del llanto y empezaba algo que quizá llamaban la vida.

Ha habido años, larguísimos años en que yo no he llorado por nada. Eran los años duros de la lucha por la vida, del lobo estepario en la estepa llena de lobos, y había que presentar al mundo una expresión adusta, dura, casi cruel, que nacía muy de dentro de uno mismo, o bien iba arraigando desde la cara al pecho, porque si no no vale.

Lo que yo no sabía de chico, cuando perdí el violín, ni me había vuelto a plantear jamás, era que el violín reaparece, hacia el final de una vida, que basta con que se le muera a uno un hijo, se le pierda un gato o se le olvide un libro para que el llanto vuelva, y me temo que ya para siempre, o más bien lo espero y lo deseo. Un día, no sé cómo ni donde, vagando por cementerios sin muertos (los muertos no están en los cementerios, claro) o por hospitales sin sangre (nunca hay sangre de última hora para el que se muere por falta de una transfusión), reencontré el violín del llanto, quizá de vuelta de una fiesta, de un cine, de un amor, no sé. Cogí el violín del llanto, que estaba ahí, como hace tantos años, como si sólo lo hubiesen cambiado un poco de sitio para limpiar el polvo debajo, y me puse a tocarlo muy naturalmente.

Sentado otra vez en la cama, o caminando por calles con azulinas que van a dar a estaciones duras como malecones, con la doble dureza de ser malecones sin mar, toco el violín del llanto, lloro conmigo mismo, y es el mismo llanto de entonces, la misma música, pero ahora no como tocada por mí, sino como oída por mí, o sea desde el otro lado de las cosas.

Y es que ha pasado toda una vida.

Lo que entonces era llanto de violinista adolescente, hoy es música de adolescente viejo, viejísimo, que toca por los solares y los cementerios optimistas, y al que yo escucho de lejos y de cerca. Ahora me oigo llorar. Entonces sólo me oía tocar. Ésa es toda la diferencia. Aquel llanto era naturalmente una música —jamás incurrí en la trampa del violín ni en los estudios de violín—, y esta música de hoy es solamente un llanto que quiere parecer otra cosa. Lloro casi a diario.

Y he llegado a tal virtuosismo, con el tiempo, claro, que puedo llorar sin violín, como esos violinistas de circo que llegan a tocar sin manos.

Puedo también llorar hacia adentro, tocar hacia adentro, con los ojos secos, y de vez en cuando me doy a la orgía de sacar el violín de debajo de una cama o de un armario y ponerme a tocarlo en silencio, yo que nada sé de música, porque el reencuentro del violín adolescente del llanto es la única cosa que yo no había sospechado ni previsto en la vida.

Volver a llorar. Cómo se libera la vida de todas sus ataduras, cómo se deja naufragar el hombre en los mares relativos de su llanto. Aquél era un llanto por el futuro y éste de ahora también es un llanto por el futuro, pero por el futuro muerto, por el futuro que suena a pasado.

De joven se tiene la voluntad de hacerse un violín con el llanto. Se tiene la voluntad lírica e hipócrita de llorar. Ahora, de viejo, no. Yo ahora, ya, lloro sin estética, lloro por nada, lloro por nada y por todo, y si tomo el violín es por una última voluntad de estilo, que siempre me traiciona.

Llorar, deshacerse en llanto, hasta ser un muñecón de lágrimas y mocos. Nada más. Eso es lo que el hombre tiene que conseguir para no mineralizarse. Porque o te haces de agua o te haces de piedra. Estamos hechos de elementos naturales y uno de ellos crece en nosotros más que los demás, a partir de un momento de la vida, y hay que darse cuenta de cómo uno va siendo sólo fuego, sólo aire, sólo agua, sólo mineral, sólo nube. Cada día lloro más y toco menos. Cada día lo hago peor, lo que quiere decir que lo hago mejor. Y esto vale para el llanto, para la música, para la escritura y para todo. La madurez, la plenitud, es tocar el violín sin violín, más que tocar bien o mal. A veces, cuando mejor estoy tocando, me doy cuenta de que no tengo violín. A veces, cuando estoy llorando, me doy cuenta de que ni siquiera estoy llorando.

Un día necesitaba galas y le pedí a Leticia/Lutecia su corazón prestado. Se lo sacó de la camisa de serpiente y me lo dio. Era un corazón joven, muy joven, licuado como el de Santa Gema Galgani o alguna otra santa que no recuerdo. Lucía en la mañana como una piedra tosca y bella, como un rubí robado y monstruoso. Me quedaba grande para piedra de corbata.

De modo que me senté en una terraza de la Castellana, puesto que había una tormenta de primavera en un vaso de cerveza, que era el mío, a leer mi propio artículo en el periódico. Utilicé el corazón de Leticia/Lutecia como un hermoso sujetapapeles, para sujetar los periódicos y los papeles que iba escribiendo, los folios y los artículos ya escritos o por escribir. No soy fumador, pero, aunque lo hubiese sido, jamás habría utilizado como cenicero el corazón acrisolado/encristalado de la muchacha.

Las gentes, al pasar y ver mi aspecto dominical y aquella piedra-corazón junto a la primera cerveza fresca, dudaban de si sería domingo, y algunos se fueron con la firme convicción de que era domingo. Se endomingaron en sus casas, porque era como si el corazón exhibido de Leticia/Lutecia hubiera transfigurado en domingo un miércoles de ceniza, igual que el Corazón de Jesús, cuando lo sacan en procesión, transforma un viernes cualquiera en Viernes Santo o un jueves laboral en Corpus Christi. Terminé mi último artículo, dejé la cerveza a medias, me eché el corazón de la niña al bolsillo y volví a casa.

Como algún prodigio tenía que obrar el corazón de Leticia/Lutecia, licuado-coagulado y suelto por el mundo, resulta que el gato había vuelto. Le observé fijamente mientras me desnudaba y me envolvía en un rollo de papel higiénico rosa. Era y no era mi gato. En Londres hay una alcoba sombría y azul en la que durmió Yusupoff después de haber asesinado a Rasputín. Mi gato tenía todo el aspecto de haber dormido enroscado, al menos una noche, en la cama de Yusupoff. ¿O era que Leticia/Lutecia se había comido realmente mi gato, guisado, según casi pude comprobar, chupando entre los labios la grasilla de la cinta azul del guiso —lo habría guisado con cinta—, y ahora me enviaba un gato encantado en figura del mío?

Completamente enrollado en rosa, me senté con la piedra roja en la mano, y la miré fijamente hasta percibir el corazón de Leticia/Lutecia. El gato, frente a mí, me observaba, y una vez se acercó a mirar y oler la piedra y los ojos se le pusieron violeta. Si hubiese sido un corazón de carne, se lo habría comido. Empezaba yo a dudar de que aquella piedra pudiese transformarse alguna vez en el corazón de Leticia/Lutecia.

En la duda de si el gato era o no era mi gato, y como de todos modos iba a quedarme con él, decidí descodificarlo, o cambiarle de nombre, llamarle Lermontov, que, según me había sugerido el antipsiquiatra, era un nombre que le iba mucho. Claro que el gato no había leído a Lermontov, pero como tampoco había leído a Ramón Gómez de la Serna (que era su anterior nombre), el razonamiento quedaba simétrico y el gato tenía pleno derecho a llamarse Lermontov. En todo caso no podía seguir dándole nombre confanzudo, familiar y querido a un gato que no sabía quién era. A un gato que de momento era un desconocido.

Y lo desconocido se llama Lermontov.

Un nombre codifica. Empiezan a codificar nuestra vida cuando nos imponen un nombre, aparte la codificación de los apellidos. Por eso creo yo que muchos escritores y artistas se ponen pseudónimos. Para descodificarse y ser, no ellos, sino otros, que es de lo que se trata. Porque yo siempre había leído así la sentencia del clásico: “Sé el que no eres”.

Lermontov o no, el gato parecía mucho más libre una vez descodificado, y movía el rabo con absoluta descodificación. Le veía tomarse las sardinas, beberse la leche con salsa de atún, jugar con la gata. La gata no puede engañarse, me dije. A la gata no puede engañarla. Si la gata le acepta, es él.

¿Pero quién me asegura que las gatas no son tan putas como las mujeres? Ni la gata

ni Leticia/Lutecia me iban a sacar de dudas, como una madre jamás saca de dudas sobre la paternidad del hijo, ni siquiera al padre (y seguramente porque ni ella misma puede). De modo que no me servía de nada tener entre las manos el corazón de Leticia/Lutecia, que a la caída de la tarde se iba tornando fruta madura, manzana roja, con esa herida por donde el tiempo hace nido en una fruta. Lo escuché como se escucha una caracola y comprendí que la verdad de una mujer no está en su corazón, y menos cuando su corazón es una imitación de boutique de la calle de Serrano.

De modo que fui a devolverle el corazón a Leticia/Lutecia, antes de que se pudriese entre mis manos:

—Es demasiado grande para rubí de corbata —le dije—. Es demasiado pequeño para corazón de mesilla. Tómalo.

Ella, que estaba en la sombra, lo tomó y lo dejó a un lado, como sin prisa por reinternarlo en su pecho, y entonces la descubrí atenta al plumón de pájaro que había anidado en el plumón de su sexo, como en una versión doméstica, menor, prosaica, hebdomadaria, involuntaria, periodística y un poco hortera de Leda y el cisne. Siempre sospeché que Ingres venía por la noche a acostarse con la niña y tocaba su arco de violín en el culo-stradivarius de Leticia/Lutecia:

—Nos movemos entre morralla cultural —le dije.

—Vete a la mierda —me sonrió ella.

Pero se había metido ya el corazón en el pecho, como la que se mete la medalla de la madre muerta, después de mostrárnosla, debajo de la blusa. Me quedé más tranquilo, porque temía que no pudiera seguir viviendo sin su corazón de muchacha, que es piedra jubilosa por la mañana, diadema melancólica en la tarde, fruta del frutero al atardecer. El pequeño pájaro se había dormido en su sexo. Lo puso sobre un cojín bordado por alguna abuela remota que bordaba para el Rastro, sin saberlo, y el pájaro siguió dormido. Me quité mi vendaje rosa e hicimos el amor.

Cuando Leticia/Lutecia tuvo su tercer orgasmo progresivo, sentí contra mi boca, bajo su pecho, el latir desigual de su fino y profundo corazón.

Ser o no ser, braga o no braga, aquí quieto, en pie, atónito, mirado por todos los espejos del baño, refractado por los desnudos de Bacon, que son como un chocolate existencial, ilustrado por las viejas fotos que le hacen una cenefa sepia a la reciente vida de Leticia/Lutecia, con una braga de la niña en mis manos, medito, pienso, dudo, reflexiono, dubito, huelo y muero porque no muero.

Bragas, dulce braga femenina, pequeña braga joven, triángulo leve y calado, mariposa de lencería sexual, funda gentil donde ella, ellas, enfundan lo más compacto y resuelto de su cuerpo, de su alma, efluvio, reflujo de la braga, de las bragas de todas, abandonado trapo, honda prenda, adorable tirantez que mide la pelvis con intención de puntillita, que aprieta la línea milagrosa de la cadera poniendo una inflexión en lo perfecto, permitiéndose un acento en la armonía inacentuada del universo.

Bragas. Braga roja de Catalina de Siena, destellando en el siena pálido de su carne fuerte, como un incendio de película americana entre las piernas frescas de la yanqui. Braga agusanada de Lola, como la crisálida perezosa de donde volará, quizás, un día, una gran paloma musical que luego ha de morir, loca y enferma, bajo la tapa negra del piano con bordes de oro.

Aquí, consagrado por la luz celestial de los fluorescentes, en el baño de Leticia/Lutecia, a solas con la historia de mis bragas, de sus bragas, respirando el más conmovedor despojo de la miseria femenina, adorando el tenue harapo de su interioridad y de su alma, crispado de espejos, acuchillado de mensajes que los azogues se entrecruzan, craquelado de perfumes, maniatado de lacas, esquivando la risa roja de los collages y el sentido común de la grifería, aquí estoy, mirándome a un espejo, con una braga en las manos, una olvidada braga, y siento, sé, comprendo una vez más —ni siquiera es de ahora el hallazgo— que una mujer crece en mi imaginación a partir de su braga, y lo que tienen que decirme los hombres achocolatados de Bacon es que ellos son de la raza sexual de los calzoncillos, o sea nada que me importe. He perdido mi vida en un prado de bragas.

Quedéme y olvidéme y entre las azucenas reclinéme. Y luego aquello otro: vestidos los dejó de su hermosura. ¿Llevaban braga las místicas? Me temo que no. Iban con el alma desnuda bajo la estameña para que el Dios de las catedrales les tocara el culo al pasar, con su mano de hierro húmedo.

Tras la cortinilla de flores hay una ventana con rejilla, y tras la ventana está la oscuridad, el mundo, que es un patio de luces, y yo, en este rectángulo paseado por damas de sombrilla sepia y homosexuales que han entrado a vomitar, en esta salvación de camelias, peinetas, frascos azules que no contienen otra cosa que su color azul, jarritas impracticables y perfumes femeninos que cierran los ojos para recordar el cabello de Leticia/Lutecia, en esta angostura de boxeadores humillados por bombillas de huevo y champús que se creen geográficos en el agua de la bañera, ni caliente ni fría, yo muerdo, beso, respiro la braga crema de Leticia/Lutecia, lloro sobre la posible mancha invisible de su entrepierna, que es como la rodera de un carro ligero sobre una hierba muy tierna.

Mujeres que he visto caerse de su braga con la caída mortal de partirse el himen. Mujeres que se quitan la braga para el amor como si se bajasen de un caballo. Muchachas que se la quitan sencillamente, juvenilmente, como si fueran a darse una ducha entre clase y clase. Matronas de la escena que se quitan la braga shakesperianamente, como si se estuvieran quitando el alma. Mujeres que se la quitan de espalda, dándonos un culito defecador e infantil, un melocotón de inocencia. Mujeres que se la quitan de frente, fieramente, como cuando el hechicero de la tribu se quita la máscara y aparece mucho más feroz con su propio rostro.

Leticia/Lutecia, en fin, que se quita la braga con la graciosa naturalidad de arrancarle un pétalo a la flor de su poca edad. Y yo aquí, sórdido y eterno, con este trapo que no es nada, entre las manos, sintiendo el peso levísimo e insostenible de una nada muy

breve que ha tomado, casualmente, la forma mínima, triangular y perfumada de una braga.

Lo que habría que saber es si Leticia/Lutecia ha nacido para mecerse en perfumes, ocios, orgasmos, viajes y alejandrinos, como yo creía al principio, cuando la traté para ensayar inventarla, o cuando la inventé para poder empezarla a tratar.

Demasiados infinitivos mal disimulados en este primer párrafo, lo que quiere decir que estoy siendo insincero y no sé muy bien por dónde me ando: cuando voy a mentir o a inventar sin convicción, lo primero que me falla es la gramática: ya dijo Valéry que la sintaxis es una facultad del alma. Pero hay que seguir.

Lo que habría que saber es si Leticia/Lutecia ha nacido, como tantas, para barcarola de la gran barcarola cultural-progresista-liberal-sensitivo-egoísta-conservadora o qué. No, no puede ser, porque he dicho “como tantas”, y entonces sería una de tantas, y si yo inventase una de tantas no habría inventado una muchacha, sino que habría hecho el retrato con mal pulso y al carboncillo sucio de Madame Bovary en madriles.

Parece más seguro que Leticia/Lutecia no ha sido hecha —como tantas— para mecerse en el vaivén de oro de una vida de difíciles orgasmos culturales, sino que más bien ella es la consecuencia, el resultado, lo que arroja todo eso: la ecuación cultura/sexualidad/liberación/moda de otoño/ruptura generacional/botas de loewe/licor de whisky/prosa poética de Dylan Thomas/exposición de Bacon por fin en Madrid, es la que nos da, como corolario final, una adolescente rubia, alta, delgada, nerviosa, histérica, maligna, benigna, asmática, alérgica, crítica y esdrújula.

Las otras han nacido para vivir en eso: ella es la consecuencia de todo eso, su resultado natural, su mejor fruto. Ahí está toda la diferencia.

¿Puede ese conglomerado mundano/cultural decantar una muchacha así? ¿Necesita de un escritor que precise, concrete e ilumine los límites de esa muchacha? Yo no puedo inventar a Leticia/Lutecia si la sociedad no me la da inventada, y la sociedad no puede inventarla si no hay alguien atento al proceso, del mismo modo que las matemáticas estaban en la naturaleza, emboscadas como manzanas o soles, y sólo la mirada atenta de Pitágoras, o de quien sea, las hace matemáticas.

He ahí, pues, Leticia/Lutecia, y lo que más observo de ella es cómo se adentra en los bosques de la edad, cómo profundiza en los años del hombre. Toda niña, hasta la adolescencia, es Caperucita, como todo niño es Pulgarcito, y la lectura que le hago yo a esos personajes infantiles es que su fascinación por el bosque no es sino su fascinación por la edad.

Porque los bosques están hechos de árboles y los árboles, sobre todo, tienen edad. No son más que edad. Lo que atrae al niño, del bosque, no es el misterio, el futuro, lo desconocido, la magia, ni siquiera la muerte ni la libertad. Lo que al niño le fascina del bosque es lo que él no tiene: la edad.

Y así es como he visto, veo, veré a Leticia/Lutecia internándose en el bosque masculino de hombres cada vez mayores. Novios que le pasaban en años, padres y abuelos en los que ponía una ternura ya muy de mujer, amigos de los padres y de los abuelos, hombres famosos, envejecidos por esa senectud prematura y de oro que da la gloria, o viejos viejísimos con toda la Historia de España en su buhardilla, como aquél de que he hablado al principio de la historia de Leticia/Lutecia. La interpretación de drugstore intelectual sería la de que la niña tiene complejo de Edipo o de Electra o de lo que sea y busca en todo hombre añoso al padre.

¿Y en el padre a quién busca?

Dejemos a Freud en el drugstore. Lo que hace la niña, como todas las niñas, es adentrarse en lo que la fascina: en los bosques de la edad, en las edades del bosque. En el pecho del hombre. Son años, sólo años, muchos años, lo que todos esos hombres le han dado a Leticia/Lutecia, y si esos años la tienen cada día más niña, más limpia de nalgas, yo sé, intuyo, veo, adivino, invento que por dentro el bosque avanza hacia ella, como en Macbeth, de dentro afuera, no de fuera adentro, y un día le saldrá al espejo (orlado de modern-style, orlas camp, flores kitsch, art-nouveau y fotos de

mamá) toda la edad, todo el bosque, todo lo que ha vivido, de ida y vuelta, en la geografía boscosa de los pechos masculinos. Algo así.

De momento, en su casa ha nacido un pájaro minutísimo, feo, comunicativo, inteligente, gracioso, que hace plumón con ella en el plumón del pubis, o se baña en su gel o gatea, cayéndose, las paredes de la copa de cristal en que ella vive, como dibujo animado, que erradica para siempre, con la vivacidad incorregible e inimitable de las especies, el ternurismo industrial de las disneilandias. Pienso si este pequeño pájaro es el que quisiera comerse el gato que quizás ella se comió.

En ausencia de mi gato, que, transaminado o no en las digestiones con anisete de la niña, no lo he vuelto a consultar, la gata —puro desdoblamiento bíblico del gato Ramón Gómez de la Serna—, la gata, que un día nació de una costilla pensativa de mi gato/zarina/Lermontov, ha tenido gatos no sé dónde, y voy con hombres nocturnos de linterna cruda destapando cubos de basura, abriendo puertas sin peso, recorriendo el viaje de todas las tuberías del barrio, a ver si encuentro a los hijos espirituales del devorado o dubitado gato, y se me hace muy tarde entre cipreses caídos del invierno pasado, leche con salsa de atún (que así le gusta más a la gata) y mordiscos de los finos dientes de Leticia/Lutecia en mi glande, que va cicatrizando dulcemente.

Observo desde hace unos días que el pájaro ha desaparecido. Si Leticia/Lutecia se comió mi gato guisado, llevada de su gula juvenil, encuentro recíproco y simétrico que Lermontov —o sea mi gato en su nueva reencarnación, sólo segunda de las siete que le esperan como gato—, se haya comido el pájaro nacido del plumón de Leticia/Lutecia, con un pico rosa que era casi como el clítoris de la niña. Así las cosas, Lermontov se pasea tranquilo y relamido y no hay ave por parte alguna, lo cual viene a vengar al gato en sí mismo —sólo reencarnamos, en cualquier religión, para vengarnos: todo espíritu es espíritu de venganza—, y a vengarme a mí del ridículo cisne minutísimo que hacía de Leticia/Lutecia una Leda choriza amancebada por las noches con un violinista cursi llamado Ingres, pintor académico que tocaba con su arco fálico el culo-stradivarius de la niña.

Todas estas venganzas y vindicaciones me tienen optimista y futbolista, pues hay días, incluso después de los cuarenta años, en que uno se levanta futbolista de sí mismo, sin saber por qué. Rilke decía eso tan sabido de que la música nos inventa un pasado que no conocíamos —puede que no fuese Rilke, pero de todos modos la frase no es verdad, pues la música nace de la memoria, como todo: inspiración=memoria—, y yo digo que las vitaminas nos inventan un pasado futbolístico que tampoco conocíamos, una juventud de campeonatos de Liga, Copas del Generalísimo o del Rey don Alfonso XIII, cuando el Barcelona de Samitier o el Sporting de Cossío, una épica de banderolas, gallardetes, grímpolas y versos de Pedro Salinas: la mañana se llena de luz y de banderas. Da un poco de vergüenza, pero es así.

Un pasado futbolístico y un futbolista prometeico, actual y encadenado a mis músculos viejos, que hace flexiones y da patadas dentro de mí, queriendo reventar de mi sedentarismo literario, salir corriendo por los campos, meter goles, pegarse duchas de agua fría y andar por la vida a cabezazos.

¿De dónde me nace este futbolista a mí que jamás he ido al fútbol? No lo sé, pero tengo un evidente pasado de delantero centro, de antes de nacer yo. Hay un yo —uno de mis yoes— con pañuelo atado a la cabeza con cuatro nudos y calzoncillo largo y embarrado de jugar a la inglesa. Y hay, sobre todo, ya digo, el futbolista actual que se levanta algunas mañanas en mí, pidiendo entrenamiento, estadios, césped, la enemistad cordial del cuero del balón y mucho erotismo de embrocaciones. Lo más que le concedo es un paseo por las afueras.

A veces, antes de ponerse a escribir, hay que aplacar, no al político o al incendiario que lleva uno dentro, sino al futbolista. Y lo más futbolístico que hago yo en mi vida es joder con Leticia/Lutecia. Algo tiene de atlético el amor. De atlético, de coreográfico y de pornográfico.

Lo más futbolístico de todo es darle por el culo a Leticia/Lutecia. A las mujeres se les despierta el erotismo anal metiéndoles mucho el dedo en el recto durante los coitos (fea palabra que acorta el coito), con ayuda de Freud y Reich, que son proxenetas, los dos grandes proxenetas de la izquierda y la derecha respectivamente. Reich dice que el masoquista fija su erotismo en la zona anal por miedo y culpa de una explosión sexual más fuerte. Leticia/Lutecia no está en eso, pero de todos modos ha esperado siempre lo del recto como un mayor desgarramiento, como una más completa perpetración del crimen que queda siempre frustrado en la cópula.

Leticia/Lutecia pide ser desgarrada, y un día ha descubierto que, mejor que la cocacola dentada desharrapando su vagina, es el falo ensanchando su recto, futbolismo en el que yo no tengo mayor interés, pero que me permite una lectura estético-distanciada del cuerpo de la niña, las caravanas leves que suben por su espalda curvada y el violín partido de las nalgas, unos glúteos infantilizados por la blancura contrastante con el sol que la dora más arriba.

Al principio chillaba con el chillido de la asesinada por confiada, pero ahora mi pene va haciendo camino al andar y ya es posible tener una eyaculación en el recto colegial de

la niña, siempre que no le vengan las contracciones espasmódicas que pueden hacer arder y estallar mi uretra.

El recto de Leticia/Lutecia, debidamente lubricado por los licores vaginales que previamente le han resbalado hasta allí, es navegable hasta Sevilla merced al Canal Fernandino, al igual que el Guadalquivir, y como creo haber anotado en otro momento de este diario-poema-proscenio sobre la vida sexual de una criatura asexuada. Sigo sosteniendo, en todo caso, que lo más significativo del coito anal es el carácter de transgresión, el amago de crimen y el peligro de sangre que ronda siempre a uno y otro interesados. Aparte, una vez más, el aspecto estético de la cuestión, que se deriva de mi condición privilegiada de abarcador con manos y mirada de toda una curva adolescente que va desde el arco-iris sin iris de su cuerpo combado hasta el incendio en el bosque de la ideación de la niña, incendio que se derrama por la almohada o por el entarimado como rotura de hoguera o estrella de mar del infierno, templada ya en rubio.

Así es como un día le llegó la menstruación, de la que Leticia/Lutecia no hacía nunca ningún caso, dejando marcas rojas en los almohadones, vestidos, asientos, bragas, pantalones y sillas isabelinas. Pero marcas simétricas, bellas, bien compuestas. Por ejemplo, si Leticia/Lutecia tenía la menstruación arabigoandaluza, ese mes, o simplemente neo-neomudéjar, lo que iba dejando por la vida eran alfombras persas de buen precio, dibujos que todos los que no han estado en Arabia llaman arabescos. Si la menstruación le venía cubista —dependía del libro que estuviese leyendo—, lo que dejaba en los almohadones de las familias decentes y las sillas de las oficinas funcionales eran unos braques en blanco y rojo, en negro y rojo —según la tapicería que aportase el lugar o entidad—, o bien unos matisses, klees (los que no saben, pronuncian Kli), kandinskis e incluso picassos que cualquier galería de Madrid hubiera firmado para meterlos en catálogo y venderlos como auténticos. Yo asistí a una inolvidable menstruación mironiana de la niña, que coincidió con una magna exposición retrospectiva de Miró (y seguramente motivó estéticamente dicha menstruación).

Los más imaginativos, frescos, puros, juveniles, recortados y hermosos mirós, en rojo y negro, rojo y azul, rojo y amarillo, rojo y blanco-sábana, rojo y fucsia-sillón, rojo y lila-cortina, rojo y negro-toalla, rojo y verde-vestido, rojo y morado-señora, etc. Rojo y etcétera.

Según dónde se iba sentando o apoyando, según dónde se iba acostando o recostando, iba dejando Leticia/Lutecia su miró genial e inesperado, y creo que incluso en la exposición de Miró, con ministros y putas genealógicas, dejó Leticia/Lutecia algún miró entre los mirós históricos.

Como la sangre del calendario ya era mucha sangre sobre la sangre de la violación rectal, decidí salir a darme una vuelta por la ciudad y ser una vez más ése al que se ve pasar al atardecer, falto de mujer, husmando y husmeando las mujeres futuras e inexistentes de las tiendas de ropa femenina, almacenes y boutiques, largas filas de campesinitas floreadas, en una ringlera de perchas, aguerridos batallones de progres en vaqueros, en la sección de blue-jeans, repetidos ominosamente por los espejos, ausentes mujeres descalzas en la sección de zapatería, pues cada par de zapatos en su repisa supone una mujer que viene descalza del futuro, con pies de luz, a ponerse ese par. Juveniles camisas para henchirse con el viento de unos pechos que son sólo aire de un verano, y van al aire, hasta que un varón los llene de leche, y la legión glamourosa de las vamps, contorsionada de brillos y armarios, en lo más íntimo de la tienda, en la cueva de la música abrasada, la ropa en que cruje el cuero, el raso, el oro y la sangre de las mujeres que se alegran el coño con carmín de labios.

Razas de inexistentes mujeres que me tenían retenido lejos y cerca de Leticia/Lutecia, porque cualquiera de aquellas prendas podía haber sido para ella, mientras los espejos trataban en vano de parecerse a mí. En una de estas visitas, una dependienta de uva y

estatura, como de pocos años, comprendió una tarde que yo era el exiliado de mujer menstrual y me llevó de la mano, después de la tienda, a su piso de pintura mala, libros leídos al azar y camas deshechas, que compartía con un abogado gordo y homosexual. Lo de la niña era la marihuana. Habíamos subido hasta allí en un ascensor lleno de raspaduras ácratas, y ella se sentó a hacerse un porro lentamente, cuidadosamente, ensalivadamente, con los pies en otra silla, mientras yo le quité los zapatos de chico, los calcetines negros, y acaricié sus pies jovencísimos, llenos de callosidades y livideces, y la marihuana le iba olivando los ojos (olivando y olvidando), y estaba cada vez más bella al trasluz, y tuvo un orgasmo así, entre la yerba y la caricia de mis manos trenzadas en sus pies.

Le mordí las uñas de los pies, sí, le arranqué durezas y callosidades con mis uñas duras, hice crujir los huesos fuertes y débiles de aquel esqueleto tan joven y, tras aquel orgasmo de pies y marihuana, ella se sentó encima de mí, me cabalgó, y tuve yo mi orgasmo dentro de ella, besando su pelo negro, sus dientes desastrosos, su indiferencia ruborizada, los restos de la yerba y, sobre todo, la pesantez pura y estudiantil de sus senos un poco grandes, levísimamente caídos, nutridos de juventud y vida, contrastantes con el cuerpo efébrico, descaderado y alto de la dependienta. Cuando volví a la copa de cristal de Leticia/Lutecia, la niña dormía profundamente, eternamente, entre un calculado desorden de matisses, mondrians y juangrises que su sexo menstrual había dejado en la rubia y blanca simetría de aquella vida.

Envuelto en mi rollo rosa de papel higiénico, como momia de pétalos de droguería (ahora fabrican para el culo un papel muy delicado y perfumado), estoy sentado en casa, mecido, lejos de multitudes que me han amado, cerca de autores que me hablan en silencio, pensando en la vida enigmática y cazadora de Lermontov, en el sueño infantil, profundo y aterrorizado de Leticia/Lutecia, en los bosques de marihuana de aquella dependienta y en la dirección confusa, acelerada y suicida de mi vida.

Todo lo que he triunfado, lo he triunfado sobre la muerte. Soy una huida hacia la muerte, ya sin reposo posible, porque en los vacíos enormes del asfalto dominical, en la fiesta verde y caliente de cada primavera, es una muerte blanca e intolerable lo que me visita. Mi vida se ha constituido en huida, en aceleración de la luz hacia la nada, y cada día hago más rápido mi vértigo, más pasajera mi prosa, más ominoso mi cuerpo, como un arma de enfermedad y riesgo que quiere destrozar las vidrieras inmensas del universo, y sólo quebrará, como mucho, el cristal del propio nicho mortuario.

Si me visto encima de mi vendaje rosa, si recibo homenajes y colonias, si reverencio estatuas y mapamundis, si camino por la calle con la dignidad de un burgués en buen uso, toda la solemnidad matinal del mundo, toda su pompa vespertina está contrastada, desmentida y deshecha por la burla de mi venda, por el carnaval de mi disfraz interior de papel de retrete, de papel rosa y sudor enfermo. La seriedad del mundo fracasa sin saberlo ante mi pecho.

Momia rosa y banal, por dentro de mi estatismo viaja un aerolito de desesperación, a velocidades astrales, dejando en lo negro una estela de mierda, semen, pus, sangre y música. Me siento a la máquina, despojado de mis camisas y calcetines, vestido sólo de momia, de las ingles a las axilas, y escribo palabras duras que se graban en este lunes de plomo como en una plancha indiferente y venenosa. Hago llamadas telefónicas a las que responde el sueño remoto y neblinoso de la ciudad, siento caer a mi lado los números como hojas desprendidas de un otoño falso y bebo lentamente un agua de colonia que cambiará el color de mis ojos.

Sólo soy la catástrofe contenida y brillante que hará volar en su estallido el cuerpo virginal, sagrado, prerrafaelista y lujurioso de Leticia/Lutecia.

He quedado con ella para comer.

Cuando el verdor del parque planea en hojas quietas, cuando el oro de los libros se aquilata en farallones leves, cuando estoy sentado en una vieja rotonda de azulejo y flor dormida, en un fracasado círculo de reposo y civismo, en una parada rueda de palabras y pasos, Baudelaire de nuevo.

Porque este poeta gordo, coreógrafo-novelistas, teólogo-metaforizante, lírico-lexicógrafo, este hombre sobrado de tripa en la tripa, sobrado de risa en la risa, escaso de chaqueta, que al mismo tiempo le está grande, con la cara sustituida por un espejo convexo y las manos provinciales repartiendo un incienso de caspas, bendiciones, acusaciones, precisiones, caricias, repeticiones y uñas, este hombre de hoy, de siempre, de ayer y de hoy, este globo sonda de la literatura trascendente que no trasciende, este fardo marchoso de contenidos espiritual-espirituosos e incontinentes, está poseído durante unos días, quizá sólo una semana, por el alma en pena de Baudelaire, por el espíritu maligno y errático y harapiendo de Baudelaire, que ha vuelto a equivocarse de nido, como algunos pájaros se equivocan de árbol, o algunos ahorcados.

Baudelaire, el hombre, no encuentra hombre donde ahorcarse, poeta donde ahorcarse, y ahora sin duda, a través de alguna lectura, se ha infiltrado en el alma atocinada de este poeta ferial, en el tocino espiritual de esta res humana y feliz, y desde el blando meteorito de palabras y espumas, que me observa y resume, observo yo el acecho cansado y remoto de Baudelaire, cada día más torpón en su supervivencia, mal borracho del vino de los versos de otros: todos sus imitadores sobre la tierra.

Un poco más allá, en la rotonda, distanciada por su vestido claro, clara en su distanciamiento, Leticia/Lutecia, atenta y ajena al mismo tiempo, conmigo y con él, con él y conmigo, clarea con sus claros ojos las polvorientas sombras que el poeta mueve en torno de sí, respirables sombras de axila y bragueta que la niña ignora/ahuyenta con su atención afilada, fina, remota, fría, blanca, como haciendo de enfermera estática de todas las enfermedades baudelerianas, de todos los viejos males sagrados y sacrílegos que aquejan y animan a este poeta, a este hombre, a todos los hombres comidos por una fiebre que les ha contagiado otro a través de los hospitales de los siglos, como si cada siglo fuese un hospital.

Y yo, tomado de la espalda por el semicírculo fresco y antiguo de la pérgola, feliz sólo hasta la cintura, asisto a esta nueva visita de Baudelaire, en el parque público, establecido entre ambos un protocolo de papeles, libros, fichas, papeletas, dedicatorias y cosas, por todo lo cual quedará claro —ya lo está para mí— que Baudelaire nunca volverá a estar a su propia altura, así reencarne mil veces.

Y Leticia/Lutecia, con su blancura, nos cura, quieta, de algo.

Otro día necesitaba flor para la solapa y le pedí a Leticia/Lutecia la flor de su vulva con el tallo vaginal. La niña me lo dio de buena gana, pero indiferente, según era su manera de dar, o quizá porque aún tenía mucho sueño.

Con tan rosada flor en la solapa, me fui a escribir un primer artículo mañanero a una cafetería, y entre párrafo y párrafo, mientras me pensaba y repensaba un adjetivo que, por otra parte, ya tenía encontrado —sólo por el gusto de disfrutar con él antes de darlo a la imprenta—, en esos altos del camino, digo, olía mi flor de solapa, que olía, como todas las vulvas juveniles, a puerto madrugador, a pescadería de viuda relimpia y también al agua, el jabón y el ácido bórico que se daba la niña constantemente en sus partes por miedo a los males sagrados, enfermedades venéreas y flujos blancos que pudieran venirle de mi sexualidad pervertida o de la de Baraja —que sólo es sensualidad—, al que Leticia/Lutecia estaba leyendo por entonces para llegar a la conclusión de que el viejo no le gustaba nada. Como a mí.

Pero la flor de solapa la necesitaba yo para ir a una primera comunión, a la primera comunión de Dorotita, la niña que solía levantar la piel de la tarde, en el barrio, para ver mi gato dormido a la sombra de las inmobiliarias. La habían descortezado de su cándida desnudez daliniana y la habían vestido de novia enana para casarla con Cristo o con el párroco, no recuerdo muy bien, y cuando me presenté en la parroquia con mi flor de solapa, algunas damas vinieron a olérmela admiradas, otras se distanciaron celosas y la madre de Dorotita, que era neozelandesa o así, fue la única que advirtió que aquello era una flor sexual —como todas las flores, por otra parte—, una vagina que olía efectivamente a vagina, y se apartó de mí con un mohín de asco, reproche, exorcismo y negación.

Tampoco consintió a la niña que se me acercase para nada, y sólo pude darle al vuelo un beso de novia apresurada, diminuta y sofocada, entre hostia y tarta, en la mejilla deliciosamente abultada por la presión del tocado nupcial o lo que fuese. Pensé con pena que Dorotita no volvería a ser la niña desnuda que erraba entre los cipreses caídos del invierno y se internaba hasta las últimas fosforescencias de la carbonería gatuna, de las que volvía limpia e ilesa en su piel de pan sexual.

O a lo mejor sí.

A la hora del armónium, el órgano, el sochantre y la reprimenda del predicador, que amenazó rojamente a las comulgantes como si fueran prostitutas, a esa hora ya todas las beatas negras, todas las vecindonas de visón y todas las adolescentes cachondas con mantilla, sabían que lo que yo llevaba en la solapa no era una flor cándida y eucarística, sino una vulva de mujer con tallo vaginal, y el olor salado y fresco de la vulva luchaba en los cielos negros de la iglesia con el oro, el incienso y la mirra de aquella consagración dominical y convencional de unas niñas al Dios de los vitrales y las limosnas. Me sentí violento.

Abandoné la iglesia antes de tiempo, pero yo sabía que Dorotita estaba de mi parte, y que después de aquel organdí de merengue y aquella tarta de hostias hojaldradas, volvería a ser una de las mías, de Ramón y de Lermontov, porque quizá Dorotita no era sino la infancia de Leticia/Lutecia que se había quedado vagando libre por los mares calientes y duros de Salvador Dalí y por los desmontes de mi barrio madrileño.

Almorcé en un restaurante donde ni siquiera repararon en mi flor, porque los restaurantes de lujo están llenos de carne podrida, de pescado podrido, de clientes podridos, de camareros podridos, de putas podridas, de muertos podridos en salazón, y el clima de colonia y cementerio que los preside no permite diferenciar el olor menstrual de una falsa duquesa auténtica del olor atlántico de una flor vaginal en la solapa de un correcto y no desconocido caballero, como era y soy yo, si vamos a eso.

Por la tarde hice un poco de vida literaria, como hago siempre, si Leticia/Lutecia no me retiene en el lecho, trenzados de amor en múltiples lazos y con Góngora dándonos por retambufa a ambos, alternativamente, bajo sus sayas de beneficiado de la catedral de

Córdoba, hasta que le devolvíamos a la estantería de los libros, entre Carlos Bousoño, Antonio Gala, Vicente Aleixandre, Francisco Nieva y Claudio Rodríguez, que es como parece que se encuentra bien.

En el café, los contertulios rudos olieron la flor-vagina llenos de una sexualidad pituitaria y hociante, la hozaron con sus morros de coñac y erudición. En la sesión académica de más tarde, los enlutados académicos me hicieron algunas precisiones botánicas y horticultoras (sin llegar a horteras) sobre el carácter caedizo de la flor en aquella época del año, sin reparar para nada en que era un coño, cosa que quizá nunca habían visto. En el cóctel-vernissage de última hora, un hiperrealista quiso comprarme la flor para pintarla previamente fotografiada, o más bien para hacer una fotografía de su cuadro de la flor, y luego pintar la flor copiada de la fotografía:

—Así es como quedaría hiperrealista, distanciada y mágica.

Dicen que el hiperrealismo es eso. Primero se pinta la cosa, luego se fotografía, y finalmente se pinta la fotografía:

—Cézanne copiaba de postales —aseguró un crítico de arte, rebosante de obviedades, ya que casi todos los críticos disfrutaban el don de la obviedad.

Yo pensaba con pena que Leticia/Lutecia, en su tachismo menstrual, en sus grafismos sangrientos, nunca había producido un Cézanne, y me propuse darle a leer biografías ilustradas del gran maestro en cuanto llegase a su casa o a la mía, entre ellas la de don Eugenio d'Ors, que es quizá la más hermosa.

A la noche hubo una cena mundano-cultural, hotelera-literaria, como las que hay todas las noches en Madrid, y los diplomáticos del Tercer Mundo y las meretrices grandes de España me elogiaron la gardenia, la orquídea, el geranio, la originalidad, la cosa, y sólo un cardenal purpurado, quizá el Nuncio de Su Santidad en Madrid, yo qué sé, me dijo al oído, púrpura también el rostro, de regocijo, recato y pecado, espumeándole la risa por la croqueta y la croqueta por la boca:

—Pero si eso que lleva usted en la solapa es un coño.

Comprendí que casi nadie había nunca visto un coño adolescente en Madrid, en España, en el mundo, salvo aquel clérigo que venía del Renacimiento, y volví a casa a pie, muy tarde, muy solo, muy cansado, para devolverle a Leticia dormida su aparato genital externo-medio, y besando los grandes labios, los pequeños labios, la palpitación del clítoris, como el clavel ajado de una fiesta, al que han puesto mustio los discursos de sobremesa.

Por la mañana, tenía miedo de devolverle a Leticia/Lutecia su vulva/geranio/piltrafa, que se había puesto asquerosa en el vaso de noche, como una flor de té borracha de mal vino.

—Pero qué mierda es ésa —me dijo ella, saliendo de su sueño rubio y asmático.

—Tu vulva. Me la dejaste ayer para una fiesta. Recuerda, se ha marchitado un poco, pero... Mira, la he tenido toda la noche en agua. Por no despertarte. No sé.

Rió con su risa más malvada de señora/señorita bien:

—¿Eso? Es una mezcla desagradable de geranio viejo y tajada para el gato. Tira el geranio por la ventana y dale al gato la tajada.

Así lo hice, o al revés. Y mientras Lermontov se comía el geranio/vulva/molleja debajo de un armario de luna que reflejaba el crepúsculo matutino de Capri en Madrid, Leticia/Lutecia echó a un lado la ropa de su cama y se me mostró desnuda, con su vulva joven, agresiva, ilesa, saludable y apetecible.

Aquello sí que era una vulva. La besé con respeto.

Y con el beso comprendí que, en el fondo, si había querido llevarme conmigo la vulva de la niña, era, como siempre, por celos, pues de los celos nace siempre un torero, y yo veía a Leticia/Lutecia fornicada una y otra vez por un viejo torero terroso y estilizado, todo de un sepia años cuarenta, que se venía abajo e insistía en sus baboseos a Leticia/Lutecia, mientras la escritura oblicua de las dedicatorias de fotos de aquella época les iba recubriendo de una colcha caligráfica bajo la cual el viejo matador, famoso y chulo, orinaba interminablemente en la vagina recién despierta de la niña.

¿Y yo qué sabía si todo esto era verdad o mentira? Mis celos muñían un torero con alamares de mierda como el torero que he visto hacer a un viejo naif de Carabanchel, con cartonajes y trapos, y ese muñeco desagradable, con el que a ella le habían retratado en una revista agropecuaria, era la máxima/mínima creación de mi fantasía celosa, porque los celos son una imaginación mal empleada o una mala imaginación.

Así que me fui a mi casa y escribí con el dedo en el agua caliente de la bañera, antes de darme un baño de asiento: “Leticia/Lutecia es el nombre más habitable que he conseguido darle a mi soledad”. No era ni es otra cosa que eso. Luego me apliqué el baño de asiento y estuve pensando, mientras la esponja se realizaba en el agua, como una puta en el whisky, que era bello llegar de las jornadas polvorientas, de los días muy rodados, de las calles atestadas de ruido visual, y dejarse desnudar y bañar por las manos infantiles, de cera virgen, de Leticia/Lutecia, hasta que ella hacía estallar un tarro de chanel número cinco contra el suelo, sólo por liberarse de esa tiranía de olor y buen gusto que se encierra en los perfumes caros.

Quedaba limpio, así, lavado como el cordero de Cristo, redimido de los pecados del mundo y sus taxistas, y entonces le cortaba yo a ella las uñas de los pies y de las manos. Las uñas de sus manos eran ojivales y naturalmente lacadas, como la ninfa buena que Leticia/Lutecia era por arriba, pero las uñas de sus pies eran curvas, duras, vueltas hacia afuera, arañantes y hostiles, como correspondía a la bruja joven que sin duda vivía en la niña, apenas desmentida por unos pies con dimensión, estructura y color de galleta de merienda infantil o pato de dibujo.

Y es cuando íbamos a emborracharnos de sidra legionaria y vino rencoroso, cuando nos atravesaban de parte a parte infames merenderos calientes de funcionarios y de ancianos, o cuando yo decía mis palabras más brillantes al semicírculo fiel/infiel de los reporteros, presidido por líderes y muertos.

Finalmente, el desplome de los cielos sobre las multinacionales nos sorprendía en plena cópula, cuando ella estaba sobre mí, clavada en mí, y yo con una mano le apretaba el vientre, la vagina, la matriz, el útero, contra el recto, en el cual había introducido mi dedo anular (*según instrucciones prácticas que doy en otro momento de este libro*), y el fallo/falúa navegaba jubilosamente por aquellas estrecheces, como un cauce que se afila, y así le bajaban a Leticia/Lutecia, desde el corazón enamorado del

padre al clítoris enamorado de mí, unos orgasmos mortales, violentos, absolutos e insistentes que sólo el asma de la niña diluía en un bienestar de oros derramados y destruidos chaneles número impar.

Cosas que se pueden beber en la matriz de Leticia/Lutecia. Si la niña está de ganas, se la tiende en la cama, con las piernas muy altas y abiertas, apoyadas en algún sitio, y su vagina acepta cocacolas, mirindas, cerveza, vino bueno, a ser posible un Vega Sicilia, nunca Valdepeñas, sidra fresca, nunca achampanada, yogurt frío, helado de tres gustos, licor de whisky y fanta.

Unos días hacemos la prueba con una cosa y otros días con otra, según el calor. Yo le relleno cuidadosamente la vagina con el producto elegido y luego voy absorbiendo con los labios, o si se trata de sustancias pastosas —yogurt, chocolate frío, helado espeso, etc.—, completo la operación con un minucioso trabajo de lengua, porque una vez insinué el uso de una diminuta cucharilla de plástico que me habían dado en la heladería de abajo, y me llamó hortera:

—Por ahí sí que no paso. Hortera.

Debo decir que los productos fríos contraen su vulva y su matriz, la cosquillean y la ponen rígida. Los productos cálidos la exaltan, la excitan y la esponjan. Asimismo, debo decir que los productos líquidos le dan ganas de orinar —a veces lo hace sin cambiar de postura— y los productos espesos se le convierten en un semen gastronómico del que siempre quiere probar.

Debo decir que he tomado, en la vagina de Leticia/Lutecia, crema de cangrejos, crema de espárragos y eso que en los restaurantes se pronuncia vichisuá, que es ya en sí una especie de semen del cocinero aliñado.

Le va a molestar leer esto a Leticia/Lutecia, pero la verdad es que, obtenido de su vagina y de su vulva, todo sabe a pernod salado, a sopa marinera, a esos licores mejicanos que siempre llevan sal. A veces ella da una dulzura que debe bajarle de las diabetes de sus antepasados, y entonces es cuando sorbo y absorbo con más delectación, pues el dulce es lo mío, y estas absorciones, estos ejercicios labio-lenguaraces, no dejan de excitar a la niña, si bien nos tenemos prohibido mutuamente terminar uno de estos refrigerios —en los que ella participa por diversos e ingeniosos medios— en una copulación, pues eso sería una coartada gastronómica, pornográfica, culturalista o libresca que no estamos dispuestos a consentirnos.

También he tomado café con leche en la vagina de la chica, y té con limón y azúcar, cuando voy mal del vientre, pero siempre acaba diciendo que el azúcar en directo le escuece, y un día probamos a disolverle un terrón en la vagina, y hubo que sacarlo. Quiero ir a esas tiendas de agua, azucarillos y aguardiente que hay en la Calle Mayor para colocar un azucarillo oval, antiguo, como un pene eucarístico y gaudiano —el azucarillo de antaño parecía diseñado por Gaudí—, en la ranura de Leticia, a ver si lo voy disolviendo con un poco de agua fresca del botijo del portero canceroso, y luego lo absorbo todo. Las mezclas de todo esto con semen, para consumo de ambos, ya están muy experimentadas en los países del Mercado Común.

Lo que más me refresca, alegre y optimiza en esta primavera de calor y tormentas, es una cocacola espumosa bebida en el cáliz vaginal de Leticia/Lutecia. Ella me besa luego en la boca y nos vamos al cine a ver una película donde no se desnude nadie, porque como dice Leticia, con su madurez adolescente, eso lo tenemos superado.

Los celos escriben su propio libro, aparte del que esté uno escribiendo, y ya he dicho que de los celos nace siempre un torero. Torero sepia y terroso con alamares de mierda y caireles de anís, que folla a la niña en restaurantes con reservado de ladrillo y vicio. Ancianos con el brillo de la lubricidad en las cataratas de los ojos, historiadores con perfil de vieja, en los cuales va reencarnando la vieja que se les murió, poetas jóvenes con borracheras en inglés, profesores con toda la suntuosidad del anonimato literario, cuerpos de macho que van pasando, en la novela de los celos, por el cuerpo de Leticia/Lutecia, y dejándole un rastro de semen, moco, enfermedad y versos en su vagina sin fin.

De esto la purifico poniéndome desnudo ante ella, muy cerca, en pie, cuando está sentada entre hortensias que azulean o no azulean, que azulean pero no azulecen, o a la inversa, y observo su boca fina, rizada, como un tópico botticelliano, su boca de infancia y crueldad, de deseo e ironía, y con mi picha floja, como un nardo de sal, golpeo suavemente o duramente los labios de la niña, como con una flor, le voy castigando la forma del beso con la pesantez del glande, hasta que sus labios se contraen, mi miembro se endurece y ella lo toma y se entrega a una succión angustiosa, desigual, jadeante, apetente, mientras llora lágrimas de nada sobre la musculatura de mi sexo y el vello antipático de mi vientre.

Botticelli vuela para siempre de su boca, y sólo reaparece después de la fornicación, mucho después, como un restaurador de cuadros derruidos por la soldadesca. Ah, pero ese golpeteo blando de mi pene flojo, de mi glande rosa contra la boca fría, ávida y delicadísima de la niña.

Cuando no eras, Leticia, cuando no existías en mí sino como una sombra rubia, un olvido de oro, una ausencia, te me aparecías a veces por una punta de la página de la actualidad, como llama pálida y transparente, incendiando un momento mi atención, mi oscura y eterna atención a la mujer.

Tú eras niña, tú no eras y yo aún no había decidido darte cuerpo y prosa, cuerpo y alma, alma y palabras, palabras, palabras. Pasabas con un libro, con un padre, con un oro vago que te aureolaba, y por más que creamos nuestro destino completo y descifrado, yo no sospechaba entonces que el libro tan releído de mi existencia iba a arder por esa página en blanco.

Del mismo modo, un día he visto a tu madre, he mirado e imaginado, entre gencianas y básculas, lo que queda de una mujer cuando la luz de la mujer arde en la carne, cuando la carne arde en el tiempo, cuando la hoguera muda que es toda existencia, ha quemado la pulpa o aureola, ha exigido todo su rigor a la piedra del ser, y no hay sino unos ojos, una mirada que es mineral de fondo de mar y una arcilla que es mineral o tierra del fondo de la tierra. Sería vulgar la reflexión: así arderás, así te extinguirás.

Más bien pienso que eres sólo aureola, que la vida, la juventud, la palabra, la luz, la carne, la música, la densa carne impenetrable, no son sino vaga aureola de la piedra final e interior —ni siquiera hueso, algo mucho más cruelmente solitario que el hueso— en que consistimos.

Amamos aureolas.

Notas para una fenomenología del masoquismo. Lo estoy pensando aquí, ahora, tendido, cuando todo el paisaje de mi mundo y de mis ojos son los glúteos finos y claros de Leticia/Lutecia, inmensos como dos orbes en esta perspectiva, y cuando mi coloquio con el mundo no es sino el trabajo de mi lengua y mis labios en la hortaliza exquisita y apenas coloreada de su vulva y su vagina: la mujer soporta y exige la violencia, el dolor, la violación, pero le aterroriza la experimentación. La mujer no tiene espíritu científico. Si trato de experimentar sexualmente con Leticia/Lutecia, los ojos se le enfrían y la boca se le desdibuja. Contra lo que parece, no son dadas a espejos ni luces. Lo suyo es el dolor a oscuras: jamás la investigación, la experiencia sexual y minuciosa a la luz del visillo. Ven en la oscuridad, como los gatos, y se organizan en el légamo. Una experiencia mental las ofende como una agresión a su honra. Pero mientras discurro, sigo hundido en el huerto sexual y recogido de Leticia/Lutecia, acariciando vagamente con las manos el desdoblado mapamundi de su culo, que está entre lo ojival y lo frutal.

Tengo al fin un paralelepípedo, que es lo que siempre quise tener. Vivo dentro de un paralelepípedo blanco y truncado. Desde el colegio me fascinaba la idea, la imagen, la palabra: paralelepípedo. Y al fin estoy dentro de mi paralelepípedo blanco y azul, truncado, con una ventana y cuatro libros. Nada más.

Creo que es literariamente detestable decir que el paralelepípedo definitivo es la tumba, y ahora no hablo de eso para nada. Pero sí de la muerte blanca y limpia, sin gusanos ni parientes, que se puede vivir dentro de un paralelepípedo que tenga un cubo de cielo, un cubo pulcro y exacto, en lo alto.

Nada de cuadros en las paredes. Los cuadros acaban siendo las llagas de la pared. Las llagas de la casa. Los cuadros son los signos de la tribu, por muy refinados y muy Palazuelo que sean. Me tiendo en mi paralelepípedo y comprendo que al fin no me importa ni asusta nada, que no quiero nada, sino que me dejen en paz y pensar en la palabra paralelogramo, que me viene asociada por la otra, claro, pero que en todo el tiempo del colegio, nunca supe lo que era. Un paralelogramo puede que sea algo así como un paralelepípedo con un gramo dentro. Un gramo de algo, no sé de qué. Un gramo de energía, de materia, de mostaza bíblica, un gramo de gramo. Y ese gramo ya me molesta, pues por el gramo del paralelogramo puede empezar la corrupción del paralelepípedo, como por los cuadros empieza la corrupción de las paredes. Amo la pintura, pero es, sí, la llaga de la pared.

Miro el cubo de cielo azul y pienso que a esta altura de mi vida aún no sé lo que es un paralelogramo. Ya no voy a saberlo nunca. Prefiero paralelepípedo, que tiene más claridad de eles y cristales. Pero en el paralelepípedo, naturalmente, no dejo de tener visiones. He visto a Leticia/Lutecia con alas blanquísimas de cocaína. Lo que se ve desde dentro del paralelepípedo de la razón cartesiana (no maleada aún por Descartes) es siempre verdad.

Leticia/Lutecia tiene unas alas purísimas de cocaína, una cocaína del tamaño de lo blanco, unas alas del plumaje del sueño, y con ellas vuela de mí, huye de mí, va hasta ese límite misterioso del cielo que los pájaros conocen, y en el cual se vuelven, sin que se sepa por qué. El cielo de Leticia/Lutecia es el cielo nocturno, y por él vuela muy bajo o muy alto con esas alas, en bandada de poetas, homosexuales, profesores, amantes y snobs. Ni gaviota ni paloma ni arcángel.

Sólo una niña con alas de cocaína.

Sus alas pueden llevarla muy lejos de mí, pero vuelve. Esto quiere decir que yo soy el límite de su cielo o que yo soy su cielo. No quiero ser el cielo ni el límite de nadie. La veo pasar por el cubo azul y nada más.

Cuando no pasa ella, pasa el gato/gata Lermontov deslermontovizado, descodificado, y sé que es gata porque está preñada y lo sé, sobre todo, porque miro sus ojos verdes, de un verde casi agrio, de finales de verano (y estamos al principio), y por la mañana son azules, de un azul de mar que no fuese azul (y estamos tierra adentro). La gata me araña un poco, me muerde un poco, pasea por encima de mí, duerme a mi lado en el paralelepípedo y lee en los libros que leo. Ha habido tardes de ciudad en que, irremediablemente cansado de todo, y sobre todo de esta sensación de tiempo detenido y vertiginoso a la vez, me he venido solo, sólo a mirar los ojos de la gata como única mirada de la que no puede venirme futuro ni pasado: muerte.

Sólo los animales miran desde lo eterno, porque miran desde la especie. Los humanos miramos desde el yo o desde la cartera. Ya que no otra eternidad, la eternidad de una especie que ignora su muerte verdea en los ojos de mi gata y me tranquiliza. Estoy condenado a la soledad porque estoy condenado a la diversidad. Hay días de no soportar más mirada humana que la de una gata, precisamente porque no es humana. Ser joven es vivir de impulsos. Leticia/Lutecia es joven porque vive de impulsos. O al revés. Ni siquiera vale la pena decir "o al revés". Su más reciente impulso son esas alas de cocaína, aunque las alterna con unas alas de música. A veces vuela con un ala

de música y otra de cocaína. Malher. Parece que lo que toca o escucha o vuela es Malher. O Mahler. No sé cómo se escribe. No sé lo que es un paralelogramo ni sé cómo se escribe Malher. Voy siendo rico de ignorancias, de olvidos. Es lo que siempre había deseado. Mahler, con la hache delante de la ele, me queda mejor. Esa hache es como una pausa musical dentro de la música del apellido. Malher, con la hache después de la ele, hace que se vea más la hache, que se corporeice, como un arpa de la orquesta que toca a Malher.

Baudelaire, en su última reencarnación como poeta psicólogo, loco, escritor frustrado, maduro adolescente, bajito crecidísimo que en vano quisiera enderezarse hacia Kafka (Baudelaire es quien le posee), me decía que sólo la primera página de *Muerte en Venecia* es para estar meditando un año. No me gusta mucho Mann, pero estoy de acuerdo. La película de igual título, en cambio, no es sino una escenografía y un maquillaje. El cine es no sólo una intolerable suplantación de Mann, sino una intolerable suplantación de Baudelaire, que dejó todas las imágenes posibles filmadas en sus poemas. ¿Cómo hacer una película de París que no sepa a Baudelaire malversado? Pero esa película veneciano-malheriana ha popularizado a Malher.

Hay tres probabilidades (siempre hay tres probabilidades): que Leticia/Lutecia haya tenido siempre unas alas de música, como asegura, y que serían como esas alas de ángel del colegio; que Leticia/Lutecia esté participando —como participa en tantas otras— en la moda Malher (o Mahler o como rayos se escriba), que es rastro musical de la moda de la película; que Leticia/Lutecia tenga un amante melómano en general y malheriano en particular.

Considero las tres posibilidades, tendido en mi paralelepípedo, y me aburren por igual. La música de Malher me suena a misa, como toda la música. Y siempre a la misma misa, ya sea Malher o Beethoven o la Virgen. Antes de que mi paralelepípedo se llene de aburrimiento y probabilidades, me voy a la calle —el cubo azul se ha puesto negro y en él viven estrellas— a robar una rueda, una herrumbrosa rueda de obra que vi a mediodía.

La rueda está ahí, entre otras, funcional, racional, abandonada, inútil, sólida, utilizada y hermética. La tomo. Pesa mucho. Hace buena noche. Le regalaría esta rueda a una mujer. “Toma, un ramo de hierro”. No hay mujeres, no hay ramos de hierro. Poso la rueda. Mero esteticismo. No vas a hacer ahora de Marcel Duchamp envuelto por dentro en papel higiénico. A la mierda con la rueda. El proceso de la belleza de los objetos útiles descodificados también está agotado. El papel higiénico en torno del cuerpo me es útil porque me da calor y me aprieta gratamente la piel. La rueda no es más que una rueda. Un hierro. Un escombros. Claro que en cuanto la abandono y la miro, ya me mira como un animal abandonado, como un gato de hierro. ¿Será mi gata encantada en hierro? Ya he contagiado mi humanidad a la cosa. Me miro a mí mismo desde la rueda. Somos nauseabundos. Adiós, rueda. Vuelvo al paralelepípedo y duermo con toda clase de drogas. Me despierto mucho más tarde con un cubo azul claro sobre la cabeza, como un personaje de Dalí.

El paralelepípedo está luminoso. Temo y deseo que lo primero que va a atravesar el cubo será un ángel de cocaína y música cinematográfica llamado Leticia/Lutecia. Pero no. Es la niña de abajo.

Debe andar por los doce o catorce años. Es bellísima, con una belleza pura, regular y desconcertante que siempre me ha desconcertado, en ella y en otras. Lo perfecto y puro es más misterioso ya que lo misterioso, cuando se ha trabajado toda una vida en el misterio. La niña ha crecido. Le apuntan unos minutísimos senos que deben ser sólo pezón. La amo inmediatamente. Unos días se disfraza de Liza Minnelli de *Cabaret* y otros días de primera comunión. Hoy va con un niqui lila y un pantalón vaquero que ya dibuja en ella una futura mujer. Me enamora lo de futura mucho más que lo de mujer. Nos damos los buenos días. Sólo eso. A veces me besa, a veces la beso. Hoy, nada.

No quiero ser el tío carnal y raro de todas las niñas que me gustan. No conduce a nada. Creo haber anotado ya que ahora cruzan muchas niñas por mi vida. ¿Puede uno comer dentro de ellas directamente, beber, refrescarse? No. Pues fuera. Me quedo solo en mi paralelepípedo, tendido, leyendo. Leticia/Lutecia debe volar muy lejos, por el cielo inverso del sueño, con alas de cocaína, alcohol, música o afrodisíacos. A lo mejor pelea en sueños con una cigala viva antes de comérsela. La juventud es una intermitencia, una electricidad a saltos, un vivir de impulsos, sí. Angustioso, porque la juventud no es una corriente continua, sino alterna. Yo, desconectado ya de todas las redes, leo o escucho al Mahler supremo del silencio, en mi paralelepípedo truncado y blanco. Todo el cielo y todo el campo están en un cubo azul, no muy grande, suspendidos sobre mí. Puedo pasear infinitamente por el interior de ese cubo, por el cielo, por el campo. Lo hago, aunque me aprietan las botas, que son nuevas. La gata viene a mostrarme un verde inédito, en sus ojos, y se vuelve a su sitio a dormir.

Última fiesta de la soirée negra. Hay un valet homosexual que quiere asesinar a una dama de ignorancia y oro. Hay una casa panteónica y bordada. Toda la fiesta se celebra como dentro de un panteón con criados homosexuales y damas cacatúas. Un hombre con aspecto de carpintero aseado, que es un mago y está viendo mi porvenir como yo le veo a él la inmediata calvicie. Pregunto por los urinarios, que me parece la palabra más ferroviaria e impronunciable de la noche. Los mármoles del panteón lo aceptan, empero, o no lo oyen, y voy por pasillos a un urinario de encaje y grabado antiguo, con ventana de stor transparente.

Alguien, sin duda, me está viendo orinar desde algún sitio.

Toda la casa tiene un trasluz de conspiración y homosexualidad. Abro un tomo de Balzac y es una puerta que lleva a un mundo de luz y misterio. En seguida cierro la puerta. De Balzac, nada. Hay una bruja chinoargentina que está trabajando sobre el hecho celestial de que seamos trece a la mesa. Hay vagas damas que recuerdo más por sus oros que por sus frases. El anfitrión tiene un efebo en la boca, un halcón en los ojos, un impotente en la sonrisa, un farsante en la barba.

Musas venezolanas y de otras latitudes parejas —allá dicen parejas, allá dicen “allá”—, cruzan el comedor entre soperas. Hay castellanos viejos en cuyos dominios se ha puesto el sol, enterrándose como un tesoro en monedas de oro y plata. Hay lobos de la mujer, hombres de la noche, camaradas míos, muy queridos, o esa aristócrata joven, fea, inteligente, habladora, veloz, cuyos senos viajeros cobran esta noche un relieve fascinante, una atracción casi pornográfica, entre el ajado mujerío que rodea y festeja siempre a la mariconería. Por los espejos negros penetran figuras del kamasutra y bajo los mármoles más corteses puede escucharse, aplicando discretamente el oído, la respiración del muerto que sin duda está adentro.

Hay un copón de alabastro al que me asomo en solitario para pensar que Leticia/Lutecia no es la contrafigura de una mujer ni de la ausencia de una mujer, sino la contrafigura de la imposibilidad de amar una sola mujer. Después, siempre con la mirada y casi el rostro dentro del copón, hago recuento de la cantidad de sexos de mujer que habré probado en mi vida. En realidad, la existencia no es otra cosa que eso: la monótona variedad de los sexos, la inextinguible mejillonera femenina, configurada como destino, y el haberse llevado el sabor de cada mujer en la boca —aunque todos los sabores parezcan el mismo, y lo sean—, porque es como llevarse su alma: realmente no tienen más alma que darnos, ni nosotros a ellas, y no veo lo que de zoológico pueda haber en esto (por no emplear términos morales), sino que me parece un intercambio meramente espiritual y como angélico el andar intercambiándonos una pizca de sal en la punta de la lengua.

Así veo toda la compleja vida sexual, como un entrecruce de legiones angélicas de ambos sexos, cada ángel, masculino o femenino, con su pico de lengua fuera y su mota de sal sexual del otro sexo en lo rojo de la lengua. Turner o William Blake debieran haber pintado eso. Esperaba encontrar algún cuadro al respecto en sus estudios, cuando les visité personalmente en Londres, hace un siglo, dos, pero sólo hallé aproximaciones.

Dejo la copa, me reintegro a los grupos de la fiesta retornando a través de Balzac y Tapies (todo imitado), por corredores de novela del XIX y extensiones de pintura contemporánea, pero lo que realmente deseo es marcharme, volver a mi paralelepípedo y tocar el vientre de la gata, que está denso de gatitos, que tiene pesantez y rumor de vida venidera, una electricidad de gestación que le afila las uñas a la pequeña y dulce bestia.

Pero a la salida de la fiesta, cuando me llevan en coche hacia algún sitio, pasamos casualmente por donde está la rueda, la férrea y olvidada rueda, en la que he seguido pensando, y ordeno que se detengan, que me permitan apearme, que me dejen solo. (Recuerdo que André Gide hizo detenerse una caravana de coches oficiales, en Rusia,

para coger una flor del camino: debía de ser su rebeldía última de humanista entregado, burocráticamente maniatado, frente al gran Estado militar que le acogía/deglutía). Pero yo no deseo que me esperen. Cuando los coches se han ido, piso la tierra, busco la rueda, que está ahí, y la miro, y hago un recorrido mental por el Madrid nocturno, con la rueda debajo del abrigo: bares de artistas, actrices de la noche, capillas del travestí, alguna conocida o desconocida a quien ofrendar mi rueda. Una mujer bella como un picasso primitivo, no sé. ¿Leticia/Lutecia? No.

Comprendo, de pronto, que ha pasado el tiempo de regalarle ruedas inexplicables, hortensias que ven azul al hombre. Comprendo que algo ha muerto o empieza a morir entre nosotros. Quizá la alejan de mí sus alas de cocaína. ¿Adónde vuela una niña pura/impura con alas de cocaína como almidonadas alas del Greco?

Al amor de todos los hombres cianóticos de la generación de sus padres, al baboseo de los historiadores centenarios que mueren al amanecer y son amortajados por un bombero que los descubre casualmente. A la caricia brutal de los toreros y los exploradores, al insulto inteligente de los eruditos adolescentes y homosexuales que al día siguiente dejarán una rosa blanca y pequeña, como un glande cortado y muerto, a la puerta roja de su casa. O a las alturas de los retablos barrocos de las iglesias y las catedrales de Madrid, para fornicar en la cúpula, sostenida en el aleteo lúbrico de sus alas, con los ángeles de teología y carcoma, con los santos de palo y erección, con las vírgenes necias, tetudas y monstruosas del martirologio. Luego, con alas de música (Mahler suena a armónium post-coito), descenderá hasta su copa de cristal rajado para dormir desnuda, con aliento de vino, como una adolescente adorable, ultrajada y enferma. Con estos tristes pensamientos vuelvo a mi monacato horizontal de yeso y me tiendo a dormir.

Pero no duermo, sino que me quedo pensando, con los ojos y un pie puestos en el cubo azul oscuro del cielo preestival, que efectivamente he orinado en el corazón de una casa/caracola, interminablemente, y que mi miembro se volvía de oro, y de oro mi orina, todo oro, la picha y la meada, sólo por y con la observación discreta, sigilosa, homosexual, de grabados de Leonardo, cerraduras antiguas, espejos nublados y celosías inexplicables, porque todo confluye hacia el retrete, sin duda, en esa casa anal, y todo confluye hacia el falo, hacia mi falo esta noche, dentro del retrete. Falo, picha multiplicada en mil miradas de exiliado rubio, o picha gigantesca, oro macizo, orinando su miel en un légamo frío de ojos intersexuales, de miradas secretas, de corazones pegajosos y perfumados como el jabón que hallé en la jabonera.

Y mientras yo orinaba, observado de efebos de Leonardo y sirenas masculinas, Leticia/Lutecia, en otra noche que es la misma, como del otro lado del prisma de la noche, fornicaba quizá, en volandas de sus alas de polvo blanco, con todo lo que está alto, con las veletas de los palacios y el ángel de la Unión y el Fénix, con el gigante de un ojo en la frente, que vive en los relojes de torre, con los moros de gumía, chirimía y picha de nube, errantes por el cielo, jodiendo siempre, en sueños, niña infatigable, más allá de la fatiga de su asma, jodiendo con gárgolas de iglesia y atlantes de fachada, hombres desnudos en yeso que sostienen la mole de los grandes Bancos, en la calle de Alcalá, y caballos con alas y verga de bronce que galopan por sobre el lago de la Plaza de Atocha, al encuentro del ferrocarril. Cuánto puede follar, fornicar, putear, putañear, una niña de sueño y cocaína en la imaginación de un desvelado.

Celda de monje ateo, cartuja de cal y agnosticismo, mi paralelepípedo, sin el dios que amuebla los monasterios interiores del hombre, se va aclarando en su cubo de luz con la primera nota —Mahler, Malher— de pensamiento y agua del nuevo y remoto día.

La mujer necesita un espacio sagrado: lo crea. Cada amante en un ala del castillo de la noche. Así vivimos Leticia/Lutecia y yo. Huerto de Melibea con hortensias orinadas por la niña. Balcón de Julieta con botellines de anís del Mono. La mujer desnuda, lámpara de su espacio sagrado. Sacral. El sacramento, por oficial, mata lo sagrado. La mujer en su cubil. Leticia/Lutecia se ha (había, habrá) hecho una casa, un mundo, un espacio mágico, una copa de cristal con santos sin culto y fotografías en relieve. Esa sucesión de panoplias secretas donde están los puñales ingenuos de ella, la disposición de las jarras, la simetría débil de los tapetes, con que defiende ella su corazón de lencería, que oculta y revela el grito de su largo silencio.

La mujer es la geografía y la casa es el mapa desplegado de esa geografía. Aparadores donde tiembla su alma, tapices que tienen la huella de su cuerpo como un sudario, aunque tengan la huella de un dragón, lámparas que, cuando las enciende a solas, son como un grito de la vejez sobre su carne joven. La limpia carnicería de la cocina, donde la sal y la pimienta aprenden su propio nombre, lentamente, leyéndolo desde dentro del tarro. Esa necesidad femenina de ordenar exteriormente el légamo interior. Los espejos perennes del agua y los fugaces espejos del baño, que han visto su cuerpo desnudo, que lo ven todas las mañanas y todas las noches y no lo reconocen jamás.

El espejo es la espada que se clava silenciosamente en su desnudo.

Se mira al espejo, desnuda, se deja traspasar fríamente por esa espada, y cuando ha superado la prueba sale a la calle, dispuesta ya a todo. Esta mujer es mujer de circo que se traga el sable del espejo todas las mañanas.

Y lo hace desnuda o casi desnuda, como en el circo.

Y una alcoba en el cielo, el lecho en llamas de blancura, el incendio subiendo hasta el techo, pasando por el techo sus blancas puntas, hasta lo alto del día. Flores de cretona quemadas como flores de Palacio el día de la Revolución, y butaquitas femeninas que se resisten a perder su gracia en el caos inmóvil, en la revuelta luz. La casa de Leticia/Lutecia, el espacio sagrado que, con mi cuerpo denso, de blancura y sombra, voy invadiendo, despejando, derruyendo en silencio, desacralizando, ay.

Notas para una fenomenología del masoquismo. Quiero deshojar a Leticia/Lutecia de sus ropas chapadas, de sus blusas de serpiente, sus camisas de hermano, sus faldas caucasianas y repetidas. Quiero vestirla un pantalón vaquero, un viejo pantalón ceñido, con el tegumento que tanto amo, y una camiseta. La niña se resiste, se niega. ¿Sadismo mío en su masoquismo? No sé si hay un sadismo indumentario o una necesidad poética, metafórica, de transformarla a ella en otra, en todas las otras que andan por la calle estival y que no son ella: sería banal interpretar esto como la necesidad de cambiar, de buscar otra, necesidad que, existiendo, es inferior a esto y no tiene nada que ver con ello. Quiero gozarlas a todas en ella, con el uniforme impersonal de la adolescencia, o descubrir en ella, precisamente en ella, la adolescencia innominada, la adolescente anónima que es. Después de la furia, la irritación y la negativa, me pide ella misma que la lleve a comprar esa ropa. ¿Masoquismo, docilidad femenina, inseguridad estética, personal, toda clase de inseguridades, amor-ay-amor? Todo y de todo. Pero todo eso es un incidente más del masoquismo indumentario, porque sin duda ha llegado ella a un placer secreto, a la humillación —tan inocente, por otra parte—, de vestir esa ropa común, esa camiseta vulgar.

Doble placer de saber que con eso me gusta y de haberse humillado para gustarme: doble humillación de la ropa en sí y de haberla aceptado. Tengo dicho que el sadismo indumentario es vicario del sadismo corporal. Y lo cierto es que la niña queda muy deseable y practicable con esa ropa de veraniega vulgaridad. He conseguido otra ella, y el plus de ¿sado? masoquismo.

Hay, Leticia, un Madrid sin ti, un Madrid donde la Puerta de Alcalá se ahoga de flores de sol y la extensión acuática de la sombra vive de la palpitación de mujeres que se te parecen. Hay, Leticia, un Madrid sin ti, cuando el cansancio de la luz no es tu cansancio, cuando lo rubio errático del día no es el rubio de tu pelo. Hay un Madrid sin ti, Leticia, que arde en la colcha en llamas de otras mujeres y muere en la hierba abrasada que refresca las rodillas heridas de un niño del suburbio.

De modo que me encierro en mi paralelepípedo de blancura y pensamiento, con una pamelea caída, como tuya, en el vacío, pájaro de ala larga y circular con una flor como un ojo amarillo y dormido que me mira desde donde no estás tú. Más aún, me encierro en el cubo azul que se sostiene en lo alto, y en postura fetal, en libertad claustal, craquelado de corrientes y eternizado de estío, miro allá abajo la ventrisca caliente y revuelta del mundo: mi gata deslermontovizada, descodificada y preñada, que duerme su calor de julio con la delicada cabeza desprendida entre los propios geranios de su sueño.

Lo que veo desde mi paralelepípedo de nada, encaramado en mi cubo de ausencia: veo a un lado Madrid, moneda verdinosa, comida de prestamistas y concejales, y al otro lado veo el mes de julio, alta reunión de cardos, congreso de corolas secas, duras, hermosas, cada una como un cristo de lo vegetal con sus espinas.

Veo a Leticia/Lutecia en una llama de perros y de padres, rubia raptada en lo rubio, que se salva de algún peligro o cae en él con su voz de lágrima y cristalería. Veo colonias de niños en bicicleta que desordenan el cielo con sus gritos y me quito la cabeza y la dejo, como una flor mustia, de señal en el libro de Voltaire que estaba leyendo.

O me quito un pie y numero con él las estrellas del campo, o me quito el falo y silbo en él —caramillo de pastor— hasta obtener el silbido del tren, provocando una rueda de trenes y de mares que es a lo que llaman verano.

Puedo quitarme la espalda, como un chaleco que me da demasiado calor, o quitarme un riñón y ponerlo a que se refresque con la carne de la cena.

En fin, que estoy a gusto.

Veo también, desde mi cubo de ausencia, que es la ausencia de lo azul, un pasado de nombres y de sierras que se extiende a mi izquierda como el sistema montañoso de los que vamos para viejos. Y un abanico de amantes antiguas —a lo mejor, antiguas de la semana pasada—, simétricamente dispersas por playas amargas donde el mar las asesina por la espalda, sin que yo pueda avisarlas con mi grito que se confunde con ese grito sempiterno de una madre en la linde del cielo, llamando a un niño a cenar.

Veo al arcángel San Gabriel sobre un caballo bayo —el arcángel San Gabriel es hembra, como creo tener probado—, desnuda y con el pelo más rubio por la influencia de los que se van de viaje. Veo mujeres como picassos primitivos, desnudas y morenas entre relojes vegetales y ruedas de molino, en la penumbra de sus casas de viudas vestidas de blanco, como las viudas griegas, y veo arder un río que pasa muy lejos, y no sé a quién preguntar cómo se llama el mar que pasa por esta ciudad.

Veo una guerra de unicornios contra generales sudistas, una explosión de periódicos en el cielo de julio, una tierra de agua por la que avanzan hombres sin herramientas, como para acampar en la pobreza.

Veo el mundo entero sumiéndose en el triángulo mortal de las bermudas, y veo las bermudas de Leticia/Lutecia, pantalón vaquero y cortado que nunca se ponía, secándose sobre un tejado con espatarramiento de puta o de mendigo. Veo el fin del mundo con su delicada cenefa letal de geranios y neutrones y veo a mi gata preñada —Lermontov preñado—, leyendo en las páginas del aire un libro cuyas letras son las moscas.

Me veo a mí mismo, muerto, envuelto en papel de periódico para que no se enfríe el cadáver, y cada uno que llega me desenvuelve un poco para leer una punta de mi biografía en la prensa/mortaja. Veo a Dorotita comiéndose desnuda un donuts, a caballo sobre uno de aquellos cipreses derrotados por el invierno, y hay ya algo dulcemente obsceno en su cabalgar, como veo a la niña de abajo, con su cara de virgen boba/guapa y sus senos de sólo pezón, subiendo a los cielos vestida de primera comunión: se le abre el vestido en el vuelo y debajo le advierto las medias de malla de cabaretera, que le dan belleza y edad a sus piernas.

Veo a Baudelaire, al mendigo Baudelaire —no sus apariciones, reencarnaciones o posesiones—, pidiendo limosna a la puerta de una catedral pintada por Monet/Manet. Y veo a Dante Alighieri disfrazado de Dante Gabriel Rosseti para poder echarle un polvo a Beatriz, que ya ha crecido.

Veo lejanas amantes en habitaciones interiores, expuestas a una corriente de aire, veo niñas poseídas por la lujuria de un árbol en sus vacaciones escolares, veo un palacio por el que se pasea el mar como un conferenciante nervioso y veo los aviones desde arriba, desde mi cubo, como veía los coches desde arriba, cuando iba en avión. Veo veo.

Veo una hoguera de cuerpos abrasados por la lepra del agua y veo a Leticia/Lutecia aproximándose dentro de un tren parado en vía muerta. Confío en que la rotación del mundo me la traiga, aunque el tren esté parado. Veo el presente como una vela de velero, tensa y fugaz, y veo la redondez de la tierra como una lección de geografía: sólo que la geografía era más real en las lecciones. Veo un secarral de dioses, una sombra de ciudad, un maniquí de mujer muy bella, a la que beso con beso destinado a ella y no a ninguna viva verdadera, que eso sería ruin, veo la velocidad de mi vida y la velocidad de mi muerte, porque no es cierto que la muerte sea un descanso, sino que se sigue muriendo a gran velocidad por los siglos de los siglos. Los muertos viajan más de prisa que la luz: son luz negra en el carbón del sol.

Veo una mujer joven, en braga y sostén, ordenando su casita como si ordenase la realidad, veo que no hay luz suficiente en el universo para iluminar la blancura de un geranio, que siempre podría ser más blanco, veo que lo verde de todos los verdes es una magnífica variante de la sombra, veo que la ausencia de Leticia/Lutecia tapa la muerte como la presencia de Leticia/Lutecia tapa su ausencia. Veo una regadera y un relato.

Veoveo.

Aquel día no subía el agua a la alta buharda de Leticia/Lutecia, y eso es como cuando no sube la fregona a fregar porque se queda en el portal charlotteando con el portero. Leticia/Lutecia, sedienta de julio y asma, me pidió que la llevase a comprar un abanico negro y oro, de niña muerta, para darse aire y quitarse la sed.

—Para la sed, mejor una horchata.

—Mejor un abanico —insistió.

Con el pelo como lleno de soles agrarios y unos calcetines bordados y blancos, se echó a la calle, a las calles, donde la sombra quemaba y el sol era directamente una catástrofe, a buscar un abanico por las tiendas cerradas hasta septiembre.

Para que no se me muriera, la llevé a un merendero a la orilla del río, y allí se puso rodetes de limón en las sienes, como una Dama de Elche espigada —cosa que no era la Dama de Elche—, y bebió sangría como si se estuviese bebiendo la sangre con hielo de todos sus enemigos, que eran muchos. (Enemigas no tenía: yo creo que Leticia/Lutecia ignoraba directamente a la mujer).

Cuando la sangre/sangría le había refrescado los largos miembros y le ardía entre las llamas del pelo, la llevé a la penumbra de las clínicas para curarle el asma, y al ventilador perfumado de los dentistas.

—El abanico.

No había manera.

Viajamos en taxis de plomo candente, como carrozas que Paco Nieva hubiera ordenado soltar por Madrid.

Leticia, a su vez, me llevó a mí al frescor de las marroquinerías, donde hombres de dientes amarillos y firmes trabajan, en una profundidad madrileña, la honestidad del cuero y la culebra extensa del hule. Parecía que nos íbamos a encargarnos a latigazos y bebernos luego uno al otro la sangre de la herida luminosa.

Pero abaniqué a la niña con revistas llenas de sexos femeninos, que daban un hedor de playa muy habitada o de cala con un cadáver y un incesto. Asimismo, subí a defecar a uno de esos retretes que dan a un patio de sombra y cañerías, por donde sube al cielo ardiente de Madrid la mierda sonrosada de los que están sanos, hasta colorear la contaminación con cuidadas irisaciones, en el crepúsculo de Alberto Aguilera.

De las revistas pornográficas se desprendían ovarios menudos y maduros, como dátiles o aceitunas negras, que iban a parar a las alcantarillas de Madrid, y yo veía volar por el cielo quieto del estío un pájaro de mierda que imaginaba era mi defecación, transfigurada ya en vencejo de las torres mil del Madrid gentil que cantaran los costumbristas.

Nunca he creído que, en días así, las defecaciones vayan al fondo de los sumideros ni a los remotos desagües de la ciudad, sino que se elevan sin peso, por tuberías, cañerías y chimeneas, hasta el cielo de la villa, componiendo esa calidad tan empastada de luz y óleo —o mierda, alguna materia tiene que ser— con que se logran los mejores ocasos.

—¿Y el abanico?

La niña tenía más asma por momentos, mientras cruzábamos calles del precatálogo del pasado o plazas cuadradas, con un militar de cemento en medio y una tertulia de porteras y drogadictos en el cuadrante de la sombra.

—Yo sé una tienda de abanicos —dije por decir algo.

Éramos ya la pareja que camina sin rumbo y lo mismo puede aparecer al día siguiente descuartizada en su lecho de amor o armoniosamente muerta, como los amantes de Teruel, en alabastro de sí mismos; cogidos de la mano, perfilíneos, sobre el panteón de un banco de parque.

Como salvación provisional, entré en una lechería-vaquería a comprar una botella de leche de un litro, y nos la fuimos bebiendo así, por las calles, con su sabor a recién

ordeñada, como la ubre de la vaca azul del cielo, que se dejaba mamar u ordeñar por nosotros de vez en cuando.

Pero yo bebía más que Leticia y llevaba la botella en la mano, ni caliente ni fría, fresca, como una luz de campo entre tanta luz dorada de ciudad, como un quinqué de leche en la inmensa hoguera del verano barroco. La leche me iba sabiendo ya a cuerpo de mujer, al cuerpo de Leticia, o quizá de una mujer desconocida, lechal y lechosa, con lo que mi paladar comenzaba a traicionar a la niña. Era como estar mamando de una mujer ancha y blanca, de sus pechos llevaderos y comprensivos.

Cuando estaba ya todo yo lleno por dentro de sabor a mujer, como si tuviera una lactante entera en la tripa, dejé la botella en un portal oscuro, todavía con un poco de leche, y aquel portal de maderas negras de ataúd sin gente, aquel portal con corrientes de aire que pasaban como de una tumba a otra, no comprendió nunca, en su negrura, la dádiva blanca y sana de mi botella de leche.

Más de una vez en la vida me ha ocurrido emborracharme de leche, y esto nadie me lo ha creído nunca, pero es verdad, y lo que ahora estoy contando no es sino la historia de una borrachera de leche a media tarde, a medio verano, en medio de Madrid. Volaba con túnica de leche como Leticia/Lutecia, en la noche, volaba con alas de cocaína.

Vagas apodacas, vagas calles con tiendas de abanicos me pasaban por la cabeza, y he aquí que por fin teníamos delante una, la nuestra, con sus dos hombres grises en el interior, tranquilos del frescor natural de las tiendas viejas, condecorados por las letras doradas del rótulo de la calle.

Estuvimos viendo abanicos entre los abanicos, un despliegue de mariposas negras y grandes, pintadas, y yo pensaba en quién era el escritor que a las figuras de los abanicos les llamaba gente.

—¿Quieres un abanico con gente? —le dije a Leticia, en mi borrachera de leche.

—Vete a la mierda —me sonrió dulcemente, como le era habitual.

Por fin encontró su abanico, encontramos nuestro abanico, con el cual Leticia/Lutecia abanicó su asma, y de pronto descubrimos, en la penumbra de la trastienda, de donde habían desaparecido los hombres grises, que ella estaba curada y que el abanico abierto era una alcoba de seda y penumbra, una colcha de encaje y frescor, una profundidad de raso y deseo. Cerramos el abanico, como quien corre una cortina, y nos quedamos dentro con sus leves oros, y Leticia levantó su única falda de lunares y me permitió acariciar con la punta de mi lengua, tendido yo, su clítoris exquisito, que se convertía en un centímetro de pasión, hasta llenar mi boca con sus orgasmos, mientras el vello rubio y mínimo de su vientre, como una era lejanísima en un agosto remoto e inmediato que era su cuerpo, brillaba a una luz húmeda. El agua empezó a subir a la buharda y charlaba a borbotones por los grifos abiertos, en alegres tirabuzones de loca.

Oh mi picha, mi pobre picha de latido y esmegma, que en la infancia escarchada era un cirio amarillo y leve luciendo por las extensiones de la pobreza. Mi picha, sobre la que a veces he escrito, y quizá en este mismo libro, picha que yo envainaba y desenvainaba para nada, como arma única, machete corto de mi adolescencia muerta, picha que luego se fue tornando de oro, se fue estofando, con ese cinismo de la vida que se complace en sacralizar aquello que ha encontrado en el légamo.

Yo soñaba que el fulgor de mi pelo, el airón de mis pensamientos, el paso seguro de mi corazón, iban a dar un día que hablar, pero lo único que se ha sacralizado de mí, en el interior ritual de las liturgias de la edad, es la picha, porque la atención a las ideas o a las palabras ya sabemos que es una atención convencional que se dobla como una servilleta de papel, y la raqueta del corazón, por muchas pelotas de tenis que haya lanzado y devuelto, acaba siempre dando pelotazos en el vacío de un aire ya sin pamelas.

Y he aquí, pues, que la picha, la pobre picha, tan escondida, tan dolida, tan humillada, serpiente de todas las teologías, sapo ignorante de todas las morales, se ha vuelto de oro de ley y luce en las tinieblas suaves de un cuerpo de mujer, por arriba o por abajo, con su resplandor tranquilo de joya de los faraones. ¿Por qué?

La masturbación es una reencarnación. La fórmula masturbación=reencarnación siempre ha estado para mí muy clara. Era el niño escaso y vicioso quien reencarnaba en el adolescente para masturbarle. Los curas decían que el demonio encarnaba en el masturbador. La Iglesia se andaba por las ramas, como siempre, pero algo intuía.

Masturbación=reencarnación. El joven airado reencarnaba en el hombre adulto para masturbarle. Siempre es otro quien nos masturba. Otro yo anterior. Por eso toda masturbación nos devuelve al pasado, y por eso tiene una posterioridad triste. Ha sido un viaje de vuelta que no valía la pena y que no nos ha movido del sitio.

Aquel chico furioso, vindicativo, lleno de rencores y golpes, entra a saco en el hombre cuajado, maduro, completo, satisfecho, para hacer rapiña de este cuerpo que ahora late tranquilo. Pero el golfo que quedó atrás, el buen o mal salvaje de la primera juventud, no se resigna, quiere vengarse de este pequeño burgués. No amo, no, la masturbación. Es un expolio contra uno mismo, porque viene siempre del pasado precario y busca la venganza de uno mismo en uno mismo, a machetazos. No la amo ni la necesito.

Mis otras vidas reencarnan en mí, o sólo soy la reencarnación de las sucesivas vidas que he ido siendo, y que tengo presentes cada día. Presentes sucesiones de difunto. Los orientales, al crear la teoría de la reencarnación, no hicieron sino sublimar la vida cotidiana. Uno reencarna en otro que es uno mismo cada cierto tiempo. El niño reencarna en el joven y el joven en el viejo. Mediante la literatura o el recuerdo, estas reencarnaciones pueden hacerse conscientes, visibles, pero la forma de reencarnación que supone la masturbación es la más cruenta y ominosa, porque el masturbador del pasado viene a vengar algo en este cuerpo de hoy, que es sólo un poco de ceniza y un poco de sol, un fosfato que por fin ha tomado conciencia de sí mismo.

La mujer es siempre el hada que viene a sacarnos del reino leguminoso y leguminoso de las masturbaciones. Es la Virgen del Carmelo que baja todos los miércoles a sacar nuestra alma de las llamas pegajosas del Purgatorio de las masturbaciones. Es la Beatriz que se lleva a Dante, desde el Infierno patrocinado por el bujarrón de Virgilio, al cielo de las fornicaciones heterosexuales.

Virgen, hada, Beatriz, la mujer siempre será eso para mí, porque sin ella sólo habría masturbación y odio, esa reencarnación mezquina y resentida.

Y mi picha, mi buena picha agradecida, sería una cimitarra de sangre y crimen, mientras que así se ha ido transformando en un objeto sagrado de no sé qué culto, y entra con ceremonia y encaje de saliva en la boca musical de las muchachas.

O el día que había que ir a buscar un espejo remoto, pequeño, ornado de terracota, porque sólo en él —espejo familiar al que se habían asomado todos los muertos de su sangre— veía Leticia/Lutecia su mala o buena salud.

—¿Y qué pasó con el espejo?

—Que se me rompió y lo he llevado a arreglar al único sitio donde tienen ese tipo de luna.

No era supersticiosa, no, Leticia/Lutecia, no era ese tipo de niña/bruja que pierde el tiempo con gatos negros y sales simétricas. Pero creía en aquel espejo, venido de los naufragios familiares, de las mudanzas y las donaciones, de las herencias, y conocía la tienda o cristalería que, en un Madrid de otro siglo, podía reponer la luna antigua del espejo.

—Pero ya no será lo mismo —le dije—. No verás en él la cara de tus antepasados. Será una luna nueva.

Me miró con el desprecio azul de sus ojos verdes, con el desprecio verde de sus ojos azules. ¿Acaso había sugerido yo que ella estaba jugando a brujerías?

Yo era un cretino, como acostumbraba a serlo a aquella hora de la tarde, y con aquel calor. De modo que emprendimos una nueva travesía de Madrid, una navegación a pie por las landas del calor y el bombón helado, hacia barrios cada vez más escorados y olientes. Leticia/Lutecia, quizá como concesión a mi concesión de acompañarla en la aventura del espejo, se había puesto la camiseta barata y el pantalón vaquero. (*Del pequeño episodio que he reflejado en una nota de ¿sado?-masoquismo indumentario*). Llevaba altos zapatos y los pechos muy sueltos, de modo que era una mujer que a todas luces debiera estar jodiendo en una cama, a aquella hora, y no bamboleándose por el asfalto sentimental de Madrid.

Fue hermoso, de todos modos, entrar en la cristalería profunda, fresca y antigua, toda de biseles quebrados y catástrofes tranquilas, un puro fracaso de cristales, pero sin la barba de don Ramón ni la melena de Rubén por parte alguna, sino el culo de la niña, alto y lírico, en toda la tabla de multiplicar de los azogues, y mi vaga sombra gris, que traía del exterior más calor que luz. Cada rincón de la cristalería era como las minas del Rey Salomón a lo vivo, recién descubiertas.

Naturalmente, le tenían ya preparado el espejo, que yo pagué a un precio módico y con el cual cargué para el camino de vuelta o segunda parte de la excursión, mientras un cortinaje de siglos y una penumbra gremial caía sobre nosotros, arrojándonos al exterior duro y rojo de la tarde.

Le puse a Leticia el espejo delante de la cara:

—¿Te vas a mirar?

—No a la luz del día.

De modo que era el espejo que consultaba a veces para verse muerta de asma, muerta de miedo, muerta de deseo, muerta de amor o muerta de muerte.

—¿Ves? Es terracota —volvió a explicarme.

A mí la terracota, como el alabastro, como el pórfido y todas esas cosas nobles, que ni siquiera sé si son metales o maderas, joyas o qué, no me han interesado nunca nada, y me las salto en las novelas y los poemas, cuando los autores utilizan tal utillaje, pues siempre he pensado que la suntuosidad de una prosa no se obtiene lo mismo que la suntuosidad de un palacio, sino todo lo contrario. Son palabras que no me gustan y, por lo tanto, no sé a lo que responden, no sé lo que nombran.

Terracota, concretamente, me recordó tanagra, que es otra palabra y materia que ignoro y odio al mismo tiempo, así que esto me puso de mal humor y decidí ir con mi espejo por el bajo Madrid, como le vidrier de Cocteau, reflejando los saldos de retales de la tarde popular en la luna misteriosa, pero mirando de reojo los pechos de la niña en los escaparates sin misterio.

La mujer es animal de cubil, como ya creo haber anotado en esta especie de diario

diurno de un amor nocturno (onírico), y si eso me gusta por una parte, por otra no me gusta perderme el espectáculo de la mujer por la calle, sorprenderla a otras luces, como si fuese otra, y verla venir en los escaparates fronteros, musa de todas las sastrerías baratas, aparición de todas las salchicherías calientes, milagro y Virgen de los Milagros de todas las pescaderías con el mar en seco detrás del cristal.

Creo que estuvimos sentados en algún sitio comiendo gambas podridas, bebiendo cosas calientes y frías, y Leticia/Lutecia lloró ante su espejo. Un hombre muy viejo, desnudo de cintura para arriba, pintaba su balcón subido en una escalera, casi sostenido en el aire de la calle. Pintaba de un color indefinido el balconaje, la fachada, todo. Se limitaba, en realidad, a aclarar y refrescar un poco el mismo color incoloro, de tiempo y vacío, que tenía toda la casa. Me abstraía mirarle.

Trabajaba con lentitud, con seguridad, con paciencia. “Cuando yo sea así de viejo, pintaré mis balcones”, pensé. La carne del anciano colgaba o se amontonaba, blanca y muerta, pero eso ya lo daba él por supuesto o por olvidado, de modo que era como si tuviese veinte años. Llegué a verle encaramado en la fachada, en posiciones inverosímiles.

El mundo estaba quieto, parado, absorto en su temperatura, el calor era fijeza, más que calor, y aquel hombre pintaba minuciosamente su balcón, complaciéndose en repasar lo ya pintado, como si estuviese revocando la Historia, el tiempo. Leticia/Lutecia tenía el espejo vertical, apoyado contra la pared del bar en que nos encontrábamos, y comprendí que si yo miraba al viejo pintor a través del espejo, le vería caer de la escalera y matarse.

Luego, como este pensamiento era literariamente fácil, malo, me asomé, miré. El espejo, enmarcado en terracota manierista, reflejaba alas fugaces de realidad, pedazos de la golondrina del día. También se podía ver una parte del viejo pintando. Pero no se iba a caer ni nada.

—Bah, tu espejo no es mágico —le dije a Leticia.

Me miró con el mismo odio de unas horas antes. Odio que la cerveza y las gambas no habían renovado. Lo que ella tuviese de bruja, desde luego no estaba al alcance de mis burlas sobre su brujería. Aquello no era más que un espejo de mal gusto. Tuvimos que cargar otra vez con el espejo de vuelta y mientras ella vivía, quizá, las vidas de su espejo —vidas recién restauradas por el honrado comercio cristalero de Madrid—, yo pensaba en el hombre viejo que había pintado felizmente su balcón, y casi toda la fachada, de un color incoloro que no añadía nada a lo anterior, pero que ahora estaría sentado, tomando el fresco, con la salud de su vejez, entre un suave, tosco y vivo olor a pintura.

Pintar un balcón, me dije, es mejor que escribir un artículo.

Ajenas son las niñas para el beso del hombre, ajenos y dulces sus lisos cuerpos para el pesado beso que sobre ellas depositaría, Perse, maestro, el cansado amador, el jodador vencido por la repetición de los ocasos.

Lejanas son las niñas —trece, catorce años—, lejanas y cercanas, con su pelo de abundancia y batalla, con sus rostros ovales como la medalla que el tiempo consigue, cuida, labra, y luego inexplicablemente maltrata. Lejanos y aseguibles sus delgados pechos planos, único momento de la mujer en que se le puede besar directamente el corazón, cuando los pezones se estampan sólo como flores sin nombre de una blancura infértil. Ah las esbeltas resistencias de ese vientre no acariciado, la tensa verticalidad del ombligo, tierna cerradura del aterido cofre.

Alegres son sus glúteos cuando, con temblor y paciencia, los observas menudos, y en los que un día se asentará una mujer de exudaciones. Sólo hay un beso puro: sobre el pecho sin pecho, cuando un alma lactante aún no te cansa el alma. O esos viandantes muslos, donde la inocencia se espesa hasta dar el deseo con su nata. Esas múltiples piernas trenzadas aún, oh hombre, en las lazadas y lacerías cándidas del juego. Oscuros esos pies que la tierra posee y que a la noche, heridos, salvados como de un cañaverol cenagoso, duermen.

Imposibles al hombre esos sexos sin enigma, sin malicia de vello, sin la sangre y sus monólogos. Bocas aún de lo mudo, hendiduras sólo de la gracia que tu fantasía diurna acecha, ah enamorante, tan gozable ignorancia, largo beso entre lágrimas, meditado como un pensamiento, al cuerpo liso y sagrado de la niña, que si se acerca, turbia de verano, hará temblar secretamente, con latidos y sombra, el pobladísimo árbol de mis años.

Leticia y el dinero. Habría que saber qué hace Leticia/Lutecia con el dinero, por dónde le viene, por dónde se le va. El dinero en sus manos, claro, es un elemento lírico. En esas manos infantiles, de azucena y masturbación, aparece de pronto un billete de mil pesetas como un loro del Brasil, así de inesperado y de verde, como una cacatúa exótica. Nunca he conseguido fijar el momento, el día, la hora, el camino, el milagro por el cual, de pronto, Leticia/Lutecia, en su vivir del aire y en el aire, tiene un billete de mil para gastar. Diría que los billetes se posan en sus hombros como aves del paraíso con plumaje de pesetas.

Del mismo modo, habría que saber en qué se le va el dinero a Leticia/Lutecia. Sí, claro: vestidos, botas, anillos, perfumes, sedas, chaneles, restaurantes, viajes, espejos, pinturas, todo ese dinero que cuesta vivirlo todo sin vivir de nada. El verde de los billetes pasa por sus manos como el verde de un río incesante en que ella se lava las manos infantiles, se las moja feliz, como quizá en los ríos de la infancia, y el dinero sigue su curso —por algo los financieros lo llaman caudal—, y ella vuelve a tener unas manos puras, blancas, leves, de cera virgen, que nunca parecen haber tocado una peseta.

Le he besado y olido mucho las manos, naturalmente, y jamás le huelen a dinero. El dinero no la mancha ni la perfuma. El dinero la roza y nada más. O, como digo, es un agua verde que se enlaguna un momento en sus manos, para que ella beba. Y lo que bebe en el cuenco puro de las manos es cerveza fresca, licor de whisky o chinchón seco/dulce.

Un billete de mil pesetas se le posa en un hombro, de pronto. Ella lo coge distraídamente, como si fuera un pájaro familiar que se ha salido de la jaula, y lo mete en su gran bolso confuso, como en una jaula o una cuna. Cuando vuelve a sacarlo, ya no es un billete: es un ramo de flores, un frasco de perfume, un libro de John Donne.

Me he abstenido de darle dinero a la niña, naturalmente, porque me abstengo siempre con las mujeres, porque no me va ese lóbrego juego y, sobre todo, porque no quiero intervenir en el milagro pajaril o fluvial de su dinero. Recuerdo del Año Cristiano, vagamente, un santo al que un cuervo le traía diariamente un pan. El cuervo azul del día le trae a Leticia/Lutecia, al desierto dulce de su cuerpo desnudo, un billete de mil.

Dicen que esto pasa siempre con el dinero de las mujeres, con el dinero y las mujeres, pero no estoy haciendo una anotación costumbrista, sino testimoniando un milagro lírico: Leticia/Lutecia, que no se prostituye ni trabaja, que siempre que se encuentra con sus padres es para asesinarlos, ¿de dónde rayos saca el dinero? Y una vez que lo ha conseguido, ¿en qué rayos lo gasta? De verdad que no lo sé.

Por la relación de las criaturas con el dinero podemos conocerlas mejor que de ninguna otra forma, claro. La relación de Leticia/Lutecia con el dinero es mágica y no sé más. Hay mujeres que tienen con el dinero una relación de dependencia, de inferioridad. Las hay que tienen una relación de superioridad. Son las dos grandes formas de prostitución. La relación de igual a igual con el dinero es la de la mujer o el hombre que trabajan. ¿Pero Leticia/Lutecia?

No vamos a hacer un ensayo sobre esto. Asisto diariamente al milagro de su dinero, del dinero que tiene, que no tiene, de las bandadas de billetes que la rondan y de pronto se reúnen en su regazo o a sus pies.

Es un dinero lírico, el suyo, naturalmente. Como pájaros que fuesen hojas de árbol y que ella hace pasar en el Banco por billetes. Miro ahora sus manos, transparentes e ingenuas, sumergidas, quietas, felices, en la corriente verdinosa del dinero, de los billetes de mil pesetas o más. Es una niña que ha hundido las manos en un arroyo profundo, espeso, legaminoso, fresco, y las sacará chorreantes de oro, joyas, perfume, cosas que a lo mejor sólo son la luz de ahora mismo brillando en la humedad que anilla sus dedos.

Noctámbulos, noctívagos y nocherniegos, los amores lunares de Leticia/Lutecia eran

vagas teorías de chicos que habían sacado un libro de versos que parecía traducido de un inglés del XVIII, o que directamente habían traducido a un inglés del XVIII y lo paseaban por la noche madrileña, entre cafetería intelectual y drugstore sentimental, con su casaca y sus manos amarillas de muerto, como el amante que se iban a llevar a la cama.

Había otros que daban abnegadas clases, o mojaban en café con leche el carnet de un partido de izquierdas, para sentirse libres, y luego iban a colgarse de un farol, como Nerval, pero no encontraban farol de su gusto donde ahorcarse y así les sorprendía el alba de los lecheros y las que limpian los Bancos multinacionales. Eran grandes chicos. Cuando ya habían envenenado dulcemente con alcohol y cocaína toda la literatura anterior a ellos —salvo los cuatro cadáveres extranjeros que iban a pasar de reventa a los editores catalanocanosos—, entonces comprendían que el mundo era ancho y suyo, que la noche era joven como el escote de Leticia/Lutecia y que no había competencia por delante ni por detrás.

Siempre los muy jóvenes le han tenido miedo al día. Siempre los muy jóvenes se han improvisado un triunfo de alcohol y traducción que les dura hasta la hora de irse a la cama, porque alguna vez hay que irse a la cama.

Baudelaire no había encarnado en ellos, como en los poetas solitarios que a mí se me aparecían de vez en cuando, porque ellos, con su cultura sajona, habían exorcizado a Baudelaire, aunque, quizá sin saberlo, componían entre todos un Baudelaire disperso, inconfesado, adolescente y maricón.

Entre aquellos maudits de doctorado y lectorado en Oxford, siempre había uno más maudit que los demás, más borracho, más homosexual, más algo, y era el que a partir de la medianoche se henchía como cometa, se inflaba de alcohol y maledicencia, y se iba elevando al cielo sucio de versos, y era, en efecto, la cometa que aquellos niños malos mantenían en las alturas, por encima de las chimeneas pequeñoburguesas y las terrazas con piscina.

Sujetaban al muñecón por el otro extremo del hilo, y seguían hablando de iluminismo y peyote mientras el niño-cometa se estaba allá arriba, blanco de luna, entre pepón y cadáver, haciendo sus conocidos visages, sus muecas, soltando sus risas hondas de afeminado falso, sus risas agudas de macho femenino, contando blasfemias y calumnias de todo el mundo, que nadie escuchaba ya, salvo las maravillosas nubes.

Cuando era la hora, alguno tiraba del hilo y se llevaban al maudit a casa, a una casa, a cualquier casa, arrastrando, o a media altura, como un globo que pierde, por las calles con hipermercados y oficinas de viajes, hasta acostarle, completamente desinflado, en el seno llovido de una amante ciega.

Todas estas cosas le parecían muy literarias a Leticia/Lutecia. Era la eterna juega de ser joven, la vieja revuelta que va de los veinte a los treinta, un tráfico con endecasílabos como huesecillos del osario de las antologías, una droga como una carta que se lee o se escribe de madrugada, todo el resentimiento del mundo, ese triste resentimiento previo de los jóvenes, anterior al fracaso. Porque luego está el resentimiento posterior, el de los poetones maduros y fracasados, o falsamente triunfadores, que sencillamente es aburrido. Pero irrita, deprime y cansa más el resentimiento previo que torna venenosillos a los que a lo mejor van a ser geniales, pero están en el Valle de Josafat, Seno de Abraham, Limbo de los Justos, Purgatorio de los Pasos Perdidos, o lo que sea, tomándose un cubalibre, leyendo novelas policíacas y regalándose sortijitas de la abuela, para que parezca que son novios homosexuales, aunque todavía no son nada. Así eran los amantes nocturnos de Leticia/Lutecia, a los que ella daba no sé si la leche de su vagina, la maledicencia de su voz, el esplendor de sus pechos o el lirio de sus manos, que alguno, miope y bajito, besaba con reverencia, sin imaginar que eran las manos masturbatorias de aquella tarde, que habían tenido con fervor mi picha nudosa y tranquila, como un exvoto.

Pero el presente es de las niñas. El presente son las niñas, ellas lo tienen, entre todas lo tensan, sus formas incipientes le dan forma. Freud llama *sueños diurnos* a nuestras fantasías. La fantasía de agosto, la imaginación del día son las muchachas, las niñas iniciáticas que ponen fragorosa el agua. Siento cómo todos los demás, cómo todo lo demás cae del lado de la sombra, se despeña —yo envuelto en la revuelta caída lentamente mortal—, y vamos siendo ya del deteriorado reino nocturno. Mujeres, sueños que han pasado por este libro, mis imaginaciones diurnas, creaciones de mi día que no eran el día, que no eran del día. Catalina de Siena, las muchachas rojas, el arcángel San Gabriel con pestañas postizas, la pubescente, Leticia/Lutecia, incluso y sobre todo, que era la gran oferta adolescente del día invernal y va cayendo ya, con esa terrible madurez cruel que es la juventud, del lado de la noche.

Mi gata preñada ha tenido ayer cinco gatos. Últimamente se ponía sobre mí, en mi paralelepípedo de cal y ausencia, con cálida quietud, agazapada en mi pecho, mirándome a los ojos por una rendija de mirada entre lo verde de su verdor total, como alguien, algo que espía entre el bosque. Pero su vientre, con cinco vidas apiñadas, reposaba tranquilo, confiado, derramado, sobre mi pecho.

Anoche, la gata me llamaba con una voz distinta, y había como una palabra indescifrable dentro del maullido de siempre. No ha querido quedarse sola y ha arañado y llamado desde todas las puertas, hasta que nos ha tenido en torno, y delante de sus ojos, en el rincón previsible e imprevisible, en el rincón cálido de sus inviernos, en el fresco rincón de sus veranos, ha tenido su apoteosis de sangre y vidas.

Un primer gato negro y mínimo, como un brevísimo demonio de piel y gemido. Otro gato blanco y negro, otro casi blanco, otro que se pierde siempre entre los otros y un último gato completamente marrón, de un marrón claro y reciente. Toda la noche lamiéndose, devorándose, autodevorándose, la gata, toda la noche retorcida e incansable, con el vientre escarpado de gatos, o tendida, rendida, encerrando su multitud entre las patas y la cola. A veces me miraba, con el verde de los ojos muy claro, confiada y cansada, y en sus ojos hay una interrogación como de agua, esa pregunta desoladora de la vida por la vida. ¿Cómo puedo yo saberlo ni saber quién eres, gata?

Qué segura de su misión, qué racional en el instinto, la gata, y qué desolado yo, tendido en mi paralelepípedo, ovillado en mi cubo de cielo y nadie, pensando en el afán de la existencia por la existencia, en la inocente malignidad con que la gata ha devorado sus propias entrañas calientes, en el satánico candor con que sus cinco gatos la devoran ya por el hinchido vientre. Ahí está ahora la gata, por la mañana, rendida y extendida, cálida semicircunferencia en torno de los cinco diablos/renacuajos que colea y gatea dentro y fuera de ella.

¿Y toda mi literatura sobre los gatos? ¿Ramón, Lermontov, el gato/gata de Leticia, el gato/Orlando, el gato/Woolf? Sueños diurnos que caen ya también del lado de la noche, despeñadero de la muerte. Y ella y yo. Todos ya necrosados por la noche, mordidos, remordidos de noche.

Sueños y amores diurnos que no son el día. Fantasías, imaginaciones que viven, a plena luz, de lo nocturno del hombre. Lo diurno del día son la gata con sus gatos y las niñas en su ahora. Dorotita, Mercedes, todas las que pasan o llaman. ¿Doce años, trece, catorce? Ha venido Y. Y. es como el David de Donatello, suponiendo que Donatello se hubiese vuelto barroco y David se hubiese vuelto niña. Y., trece años, tiene la melena renacentista, los ojos sin color —lo que quiere decir que toman a cada momento el color del momento, el mejor color—, nariz y boca de un africanismo pálido, de un salvajismo blanco y dulce, dormido. Y. tiene los breves senos altísimos que sólo le nacen al mármol, nunca a la carne, y la dorada piel clara que no toma sino el sol de la actualidad.

Y. tiene los muslos infantiles insinuados en un juego de curvas que anuncia una belleza que mañana, ya, será barroca, con toda la complejidad de lo sencillo que puede urdirse en un muslo, en una pierna. Por el momento, todo es esquema, pero esquema ya fascinante —y limpio— para la imaginación masculina. Lo diurno del día que quisiera ya ser devorado por la imaginación del hombre, eternamente nocturna dentro de su cerebro, sin asomarse siquiera a los ojos. Y. tuerce los pies o las manos en una dulce actitud de bosquimanía que preanuncia una sexualidad enredada o perezosa. Con ella, con la niña, viene el día sin imaginaciones, el lienzo fuerte del viento de agosto, que tiene detrás, como una cruda linterna, el sol fijo y de frente que nos ciega. La niña, las niñas llenan el presente, lo llevan y lo traen entre todas, tensan la actualidad con su carrera y su grito, galopan el día hasta sus últimas consecuencias, lo extenuan de luz y sudor, como un potro o un perro. Lo demás, lo otro, lo nuestro, amores y sueños diurnos, no son sino débitos nauseabundos a la noche, que ya nos alista para siempre. La gata duerme, cebada de sí misma, mamada de cinco gatos, con una mínima huella de sangre en el hocico blanco. El agua de agosto estalla de muchachas. Los ojos de Y., como sus muslos, toman el color del día deambulante.

Estalló tu tormenta, ángel del mal menor, te multiplicaste en legión de querubines inyectados, serafines furiosos, dominaciones dominantes, poderosas potestades y tronos destronadores y atronadores. Y estalló tu tormenta, sí, en verano, abriste por el cielo el abanico azul, el estaño siniestro de tu ofensa, y cantaste, Leticia, como un dolor que canta, como un cenagal que canta, como un cementerio que canta, que arde, que se retuerce en tumbas descontentas. Estalló tu tormenta.

Cuando el verano era más alto, cuando el aire tenía cumbres más dóciles de subir, cuando las niñas caían del sueño como del árbol fresco de la noche, desplegaste tu aviación de odio, la espita roja de tu conversación, hiciste el mal asumiendo tu condición de espada, condición que te mata, sable de sangre cuya empuñadura te ahoga, te levanta la barbilla, te descabeza.

Y pasó tu tormenta, el agua represada de tu odio inyectado en odio, la esclusa temible, el mar de tu mirada, tan parecido, Leticia, a la locura. Fuiste esa loca, sí, irreprimible, que atraviesa conversando por los campos, esa bandera rubia que el odio ha desgajado, ese aliento de muerte, esa violencia tuya, heredada, que te sube y te azota, te estremece, te deja temblorosa, viniendo del pozo delgado y venenoso de tu origen. Como el asma, como la epilepsia, como el viento.

Todo lo que este libro, desde que nació, ha intentado represar, contener, transformar, disimular, todo lo que este libro ha sometido a frenos y a cofres, a espejos y adjetivos, estallaría por fin, como tú misma, en la explosión sin fuerza, en el temblor perverso y frío de lo débil.

Desplegaste en el cielo teológico de agosto las aviaciones ciegas de tu odio, y arrasado ya todo, los astros como columnas derribadas, víctima de ti misma, eras otra vez nada, te redujiste a tiempo, a simple huida, eras sólo una voz, un temblor, un reguero, la lejana palabra, trenzada de odio y miedo, que se perdía en los campos como el arroyo venenoso y monologante, sangriento de animales muertos en la tarde, una cinta de agua, un hilo de dolor, sólo un suspiro, el rastro ya nocturno de tu crimen.

Con el estoque ensangrentado del viejo matador de alamares de mierda, pasaste a mi ala del castillo —cuando tan repartida nos teníamos la noche—, y fuiste asesinando el corazón sepia de todos mis antepasados, y luego clavaste en cruz, contra la cama y el jergón, a la muerta de lágrima y olvido que allí yacía. Desarbolaste mi casa, L/L, esparciste por sobre los muebles y las pupilas el polvillo venenoso de los legajos del historiador centenario, nos cegaste a todos de furia y sangre, y, heridos ya de muerte en nuestra muerte, levantaste tus diez faldas de zíngara/hippy/jeunne feuille/niña de Serrano/progre/estío lotusse para mostrarme, como los trofeos de tu infidelidad y mi dolor, los falos de toreros y ancianos, de estancieros y exploradores, de ángeles de bronce, ángeles de los reaseguros, ángeles homosexuales de Mahler y hasta el ángel de La Unión y el Fénix Español (confluencia Alcalá-Gran Vía). Creo recordar, incluso, los falos bronceos y brutales de los caballos de la Equitativa, el Banco de Bilbao o ese Ministerio que hay en Atocha: todo lo alto y pugnaz con que fornicas en tu noche, todo colgado de tu cintura con nudo de serpientes o amuletos de aldeana maldita. Incendiaste este libro con tu purísima mano de pirómana y te fuiste del ala de mi torre, de la torre de mi ala, de mis cubos y paralelepípedos, dejando a la luz de las llamas un cadáver y un loco y un libro disgregado en abecedarios de ceniza.

De modo que, dada tu natural maldad, tu legión de ángeles de sangre volando por el techo de mi casa, no tuve más remedio que asesinarte, no tuve más remedio que rebanar tu corazón de oca con un blanquísimo folio marca “El Galgo”, y una vez muerta tú y asesino yo ¿sabes cómo me he sentido, sabes cómo me siento?

El que mata a una mujer, un asesino, el que es inducido por la víctima a cometer el crimen (crímenes y violaciones son siempre asunto de la presunta víctima: el ejecutor es mero agente), el que mata a una mujer no se siente luego lleno de odio ni de culpa ni de remordimiento ni de pena ni de miedo ni de ninguno de esos fardos de patatas, sacos del psicoanálisis y la moral con que se carga al sísifo peatonal.

Nada de eso.

Lo que yo me he sentido, habiéndote dado muerte, Leticia/Lutecia con la que converso de acera a acera del cielo del infierno (el infierno también tiene como techo su correspondiente cielo, qué va a tener si no), lo que yo me he sentido y me siento es casa grande, ni nueva ni vieja, abandonada, sola, malvendida. Es un sentimiento inmobiliario, ya ves, lo que coge al criminal después del crimen, y uno se encuentra lleno de habitaciones interiores que dan a habitaciones exteriores, a las que no se asoma para no ver la fachada de enfrente ni los patios donde agoniza el siglo.

Un ascensor de sangre, una falleba insegura, una tarima quemada por las tribus con niños que antes me han habitado, una suite empapelada de periódicos, eso es lo que soy ahora por dentro, ya ves, y tengo la tristeza de las camas vacías cuando un sol de media tarde da en la cal albañil ya para nadie.

Puedo pasear pasillos de sábana y duración, puedo correr sobre las puntas de mis calcetines, inmóvil, hasta que mi corazón empieza a arder como un reloj. Puedo encerrarme en eso que llaman el office, que no sé lo que es, o en la cocina directamente, con un gato marrón, un breve gato que llevo dentro de mi pecho, pequeño tigre de soledad y maullido, y hacerme a mí mismo cafés fríos bajo el goteante grifo que dejó mal cerrado la inquilina anterior de mi gran soledad con dormitorios.

No hay castigo ni infierno para el criminal, porque no hay Dios. Sólo hay el convertirse en una casa desalquilada donde el agua sale turbia, en tirabuzones de impureza —como salía en tu casa, si te acuerdas—, donde fallan las puertas, los cerrojos, y queda el espacio triste y no querido de la puerta ni abierta ni cerrada. Bombillas reticentes me alumbran con una luz que no me corresponde, kilowatios que otro habrá pagado, y ningún teléfono, claro, para llamar a nadie.

Como tú, víctima/culpable, mártir instigadora, te habrás convertido en un motor de coche abandonado al sol de una autopista, o en un tiesto que nadie riega, donde orinan los gatos que ya no son mis gatos, que mis gatos eran duques rusos y poetas y jamás dieron en eso. Como tú, Leticia/Lutecia, te habrás convertido en una oca perdida del Retiro, esa oca marginal que sufre en el estanque, poco querida por los otros ánades, inadvertida de los visitantes. O te habrás convertido en un sillón de paja muy reseca, hermoso, pero carcomido, paja de Italia de 1900, y sentirás en ti el escozor de la polilla, la pululación de los bichos en tu trenzado, el tedio de tus días a la sombra de nada, la incómoda hechura que te dejó la vieja gorda y reventona, ya muerta, que en él se sentaba. Dime que sí, Leticia.

Es lo malo de hacer el mal, o de que el tiempo nos lo haga. Que luego, ya por dentro, nos tornamos en cosas feas e inútiles, en herramientas rotas u ojos de muñeco con el ojo saltado por un niño cruel, cuando la guerra.

Aquí estoy de vivienda disponible, leyendo mi destino en el Ya, páginas de anuncios inmobiliarios, mi esperanza en letra pequeña de que alguien me habite, cierre mis grifos, corra mis vidrieras, le ponga unos visillos a mi dolor antiguo, acuchille la tarima del pecho, olvide, cuando menos, en su ausencia, un jabón de olor sobre un saliente, una pastilla oblonga, malva, crema, no sé, que perfume la casa, algo que yo pueda

respirar hacia adentro, y, si hay un poco de suerte, algo con lo que pueda lavarme las manos, quitarme de las manos el alquitrán verdoso de mi crimen, y salir a la vida perfumado, con manos nuevas y cabeza de aire.

Como de los incendios, como de las destrucciones, una hebilla ha quedado de lo nuestro, una hebilla de resistente oro, ese objeto sagrado, chamuscado, que marca siempre, después de las catástrofes, el lugar del siniestro, el sitio en que la noche ardió por una punta.

Una hebilla ha quedado de lo nuestro. Hebilla que iba siempre en tu cintura, hebillando las aguas que te surcan, la savia rubia y mala que en ti crece, hebilla como el marco de tu ombligo, dibujo alabeado, de resistencia y oro, sujetando con cuero y con cadera tu pantalón efébrico. Hebilla que ha pasado de tu mano a mis manos, de tu tronco de manantial a mi espesado tronco de animal enfermo.

Hebilla que hebillaba nuestra unión, no sé, como moneda hueca que me diste, como herramienta inútil que te di. Algo de oro o de tiempo, tiempo sobredorado, un metal o un signo que en tu mano, en la mía, en el comercio minucioso del amor, ha desaparecido para siempre, pero que ahora está ahí, aquí, en alguna parte, cosa perdida entre las cosas, resto innecesario de naufragios, incendios, catástrofes, derribos, esa hebilla, ese espejo, ese pendiente que queda siempre, con su mínima utilidad pueril, después de los tornados.

Si me pongo esa hebilla, con su mojado cinturón, la serpiente que eres se me anuda, y si no me lo pongo, sé que en algún sitio duerme con su cabeza de oro de serpiente sagrada y sus ojos, que son los agujeros en el cuero.

Una hebilla ha quedado de lo nuestro, como de los crímenes y las profanaciones, Leticia, una hebilla, un indicio, el rastro de qué crimen, la utillería perdida a partir de la cual reconstruir, antropológicamente, una historia de amor o de terror.

A partir de esa hebilla, recomponer un libro o una historia, a partir de esa hebilla, Leticia, que pasó de tu cuerpo a mi cuerpo, como rama dorada que un afluente trae al mar. Manzana de metal, peladura dorada de manzana, objeto ya sin dueño ni función, y por eso revelador, inexplicable, la hebilla luce ahí, en un sueño de roperos, como anillo perdido de una cadena que nunca existió, como eslabón de un oro que jamás nos daremos ni nos dimos.

Lo que yo no sabía es que se puede traficar en metáforas, como en joyas.

Yo, en la lejana adolescencia, creía que este mundo de la literatura iba a ser un trajín de crepúsculos y divagaciones. Qué va. Todo consiste en que vienen infinitos señores (a mí siempre me parecen el mismo, realmente es el mismo señor que varía de gafas, puro, reloj o acento) a comprar mi palabra o a venderla, a decirme que firme aquí, que cobre allí, que cuánto por esto y tanto por lo otro.

Me he convertido en el monedero falso de mí mismo. Eso es triunfar. Y ellos no son el individuo, sino la especie. Siempre el mismo señor, que no es un señor, sino la especie de los señores (como la especie de las serpientes cascabel o los murciélagos blancos, más terroríficos aún que nos negros, porque no existen).

Cambia de voz, de oferta, cambia de marca de tabaco o de whisky, cambia de cara o de oro en la muela (quiero decir que es una muela distinta, cada vez, la que trae forrada), pero es siempre el mismo señor, de la raza de los gerentes. Es la raza de los gerentes, que trafica en palabras —nunca hubiera podido sospecharlo— como otros trafican en perlas. Me han descubierto a mí mismo mi tesoro.

Al parecer soy una isla desierta, varadero de piratas con zapatos de tafilete, adonde vienen todos a parar, y escarban y escarban, con sus acentos raros, aran en mi paz y mi idioma, hasta encontrar lo que buscan.

Hay veces en que el oficio hace de especie. No existe el pirata. Existen los piratas. No hay una particular tortuga con alas, pero todos sabemos y hemos visto en los documentales que hay tortugas con alas: una asquerosa especie.

La tortuga con alas antes traía sombrero. Ahora viene a pelo, pero siempre fuma puro y saca lo que ellos llaman la chequera, que debe ser palabra de la teleinformática. Me han convertido en una ostra que da su perla periódicamente. Ellos se toman el whisky, con hielo o sin, esperando pacientemente a que yo dé la perla, para llevársela.

—¿Cuánto nos cobraría usted por...?

Eso soy, una ostra cerrada, hermética de pasado y memoria, que cada cierto tiempo o cada veinticuatro horas da una perla. Yo creo que las perlas son falsas, porque la ostra no cree en sí misma ni sabe nada de perlas, pero a ellos les da igual. La ostra nunca pondrá una joyería.

Son ellos, las tortugas-joyeros, quienes ponen joyerías para vender esa cosa perlina, ambarina, marina, que a mí se me va cristalizando dentro, con dolor y arenisca de la vida, con sustancias interiores y luces del fondo de mi mar. Una perla, una moneda, una metáfora, no sé, algo doy yo, algo produzco que les tiene encandilados.

Algo que se llevan y con lo que negocian. El escritor no sabe lo que fabrica ni lo que vende. El escritor es un cultivo de perlas falsas que otros se ocupan de pasar por verdaderas. Y en eso pierdo y he perdido la vida, mi vida, la única que tenía y tengo/no tengo.

Lo único que me queda es observarles. Yo qué sé si me pagan bien o mal. Ni lo sé ni me importa. Una ostra vive con cualquier cosa. Sólo quiero ya mi paz de ostra, el cielo, que está todo en mí, como está todo el mar en una sola ostra. Así que les observo y cada vez les entiendo menos.

Son la tortuga-gángster con alas de murciélago blanco que se sabe negro, son los monederos falsos de mi oro y mi plata, y viven de una trata de blancas en que la única blanca soy yo, es mi cuerpo desnudo en cada página, mi folio en blanco. A estas alturas, ya sé que se lo han llevado todo, me han vaciado, me han vendido y comprado cien veces en todas las reventas, porque lo que yo tanto anhelaba en la adolescencia pura —ponerle precio a mi prosa—, ellos lo han hecho realidad hasta tal punto que ya no soy mi prosa, sino mi precio.

O sea que he triunfado.

Soy la criatura diarreica que puede tapizar el mundo de mierda. Soy una gran defecación, soy un artista del diseño de la mierda y he llegado a tan gran virtuosismo en el deponer o exonerar de vientre, como decía Feijóo, el cura, que puedo estar cagando desde el siglo XVIII para acá, haciendo el teatro crítico del retrete, de la mano de Feijóo, dejando oes de mierda, defecaciones mil por el camino. Lo nuestro es cagar. Y lo bien que me sale. En casa no tiene mérito. Defecar en casa es como hacer el amor en casa. Una cosa que no falla, pero tampoco exalta. Lo hermoso es por la calle, en los grandes retretes, en los wáteres rojos de los ricos. Siempre pregunto dónde está el servicio. Hay la defecación lenta, dura, difícil, conseguida a pulso, como una novela de Galdós, prieta y maciza como una novela rusa. A veces me sale.

Pero yo en esto, como en todo, soy un romántico, un improvisador, un presocrático, un intuitivo, un sofista. Suelo ir flojo de vientre, y entonces ilustro las más ilustres tazas con el rameado ocre de la mierda, con la lluvia de oro de la colitis, con una primavera negra y milleriana de margaritas de mierda. Se queda uno muy mal, casi rendido.

Es hermoso, de todos modos. Lástima que haya que tirar de la cadena, o pulsar esos botones que se pulsan ahora, para que el agua borre la obra de arte. Tirar de la cadena, al fin y al cabo, era tirar de la señal de alarma que paraba el tren de la mierda. Y la espiral del agua se lo llevaba todo.

No hay espiral más pura ni más hermosa que la que hace el agua en los retretes. ¿Quién ha conseguido ese mecanismo, ese dibujo, ese juego de fuente que no se ve en Versalles, ni en Aranjuez ni en La Granja?

He mirado las fuentes de toda Europa, embozado en la bufanda de niebla de Amsterdam, de Munich, de Copenhague. Nada, nada tan hermoso como la espiral de agua del retrete en la taza. Y, bailarina ignorada, el agua del retrete se pierde ahí, hace su figura para nadie.

Del mismo modo yo. Ella, el agua, es una Paulova que nunca saldrá del anonimato de los retretes, y yo soy un Modigliani de la mierda, un Giacometti del cagar, que dejo aquí constancia, en este libro confidencial y enamorado, de lo que puedo hacer haciendo caca. En otro momento de estas páginas he escrito que la inspiración nos entra por el culo, si es un supositorio estimulante. Del mismo modo, digo ahora que hay días de inspiración intestinal, cuando el colon, el recto, el duodeno, lo que sea, están en plena forma, o un poco exaltados por los vinos interiores que se cosechan en el propio cuerpo.

Hay una mierda/barro, blanda y moldeable, que es la más identificable con el oro, según el análisis freudiano, que a Freud se le debió ocurrir en el retrete. Es una mierda blanda que sugiere la maleabilidad del oro, su docilidad para el diseño, y hay que saber ser el orificio de esa mierda, dejarle a la señora de la casa, en la taza del retrete o en un tazón de té, o en una porcelana recién importada, recién impostada, pequeños dijes de mierda, toda la joyería del defecar.

Pero soy escritor y pienso, sobre todo, que mis heces son otra escritura, la que me mana por abajo, y que voy caligrafiando el mundo con el trazo grueso de la mierda, y no creo que de ninguna de mis escrituras quede más rastro que de esta prosa intestinal y oscura.

Se escribe con la picha, con el culo, se escribe con los ojos, con los pies. El escritor escribe con todo el cuerpo y con cada una de sus partes. El mundo, a la inversa, se comporta como prosa.

Pero voy prefiriendo ya, de todas mis escrituras, el estilismo secreto, doloroso y callado de la mierda. Y que todo, todo, libros y deposiciones, se lo lleve la espiral esbeltísima del tiempo, del agua, de la nada.

Un día, una noche, la vi o la soñé en un barrio de cines. Imaginad una calle de cines, sólo cines, con una plaza que es rotonda de cines, el amarillo, el rojo, el carmín parpadeante de los cines, su aliento ambientador y sus bandidos.

Ni casas ni comercios ni peluquerías. Sólo cines dialogando en la noche, de acera a acera, su diálogo de neón y soledad. Y ella allí, hija del cine como toda su edad, como todas/todos los de su edad, en el grupo nocturno de sus vuelos, en la breve multitud de sus cómplices, en una masa corta de juventud y última moda. Los cines la iluminaban, ponían su carne de celuloide rancio, los cines la devoraban, cines de par en par por los que nadie entraba ni salía. Pero allí estaba ella, silenciosa en una perspectiva de cines, violada y desviolada por mil homosexuales, en un barrio de cines, en una monstruosa ciudad que era toda cine.

El rojo, el negro, el verde, el naranja apócrifo de los rótulos, neones, slóganes, todo arando su carne, dándole una cultura de luz y noche al oro que fue ingenuo entre mis brazos. Qué hacía entre tanto cine.

Y qué hacía yo allí, sobre todo.

El cine es la imaginación a que renuncias, L/L, da una leche de sombra de la cual se alimenta toda adolescencia en este siglo. Da un zumo de arcoiris que bebéis chorreante. El cine te corrobora, te corroboraba.

El cine es una misa del temor a la vida.

Un día, una noche, la vi en un barrio de cines, anuncios luminosos que desalojaban el cielo, cines con su perfume de familias, catedrales rectangulares con un rayo de luz en el vitral falso donde se aloja la luna de las filmaciones. Sus ojos, tus ojos, L/L, llenos de películas, aquella breve multitud de amigos, ola oscura de hombres o de sombras, y tú, ella, una mujer nocturna, quizás otra, sola por aquel callejón de cartelones, estercolero de los celuloides, caminando perdida, verde, azul, naranja, lila, al paso por delante de cada cine, cuerpo en descomposición de luces, aura falsa.

De la enredada genealogía de los gatos, Leticia, del que tú te comiste, del que tú te guisaste, del que se transformó de gato en gata, o así lo querías tú, del invernial duque ruso y el primaveral Lermontov de los garajes, me ha quedado, por fin, como esa figura final que se aloja en el pico de abajo de los escudos y árboles heráldicos, un diminuto gato de un mes, un mes de gato, un mesecillo de uñas y cautela, una chispa rubia cuyos ojos redondos, azulados, circulares de asombro por la vida, van tomando ya la oblicuidad que amo, el sesgado inteligente y frío.

(Tú tenías más bien ojos inyectados en perro).

Así las cosas, en mi pecho es donde vive el gato, el mesecillo cruel, sobredorado, y voy por la mañana a darle el desayuno, mi corazón, piltrafa sentimental, mis riñones, cargados de tipografía, mi hígado silencioso y tierno, mis pulmones todavía adolescentes, con limpísimas medallas de la metralla pura de aquel tiempo.

Y todo se lo come el interior gato (no tiene nombre) y todo lo devora, y sus orejas tiesas apuntan al futuro, a las mareas venideras de cada mañana, a lo que yo no entiendo.

Durante el día le siento por el pecho, o dormido al calor de mis testículos, o mordiendo con furia y ternura mis zapatos. Es el gato que soy, el esencial gato de la soledad final de todo hombre. El último dibujo, el diseño del gato, con que la vida obsequia a un hombre derribado.

Hace sol, canta el Dios de los asilos, septiembre es un hospicio con buen tiempo, y a la noche, de vuelta del incendio de las fuentes, pisando los propios pasos de mi autobiografía, aquí me espera el gato, vivo y nuevo, o el viejísimo gato que me araña en el pecho desde dentro.

Todo el mundo en un gato resumido. La soledad, al fin, tiene forma de gato y tiene rabo. Y tiene uñas de gato, que nos hieren.

Por la mañana escribo, o desde mi máquina de escribir me arrojo al vacío. Luego me recuperan, blanco como un cadáver o como un folio. Pero un folio ya escrito por los pies de la gente que pasa por la calle.

Durante el día, durante la noche, incendio con mi picha las ciudades, prendo fuego a las vírgenes, llevo una picha ardiendo, sonando, quemando el mundo, una picha que mata, una gran picha, y con ella traspaso matrimonios, padres e hijas, extranjeras tristes, gente que va de paso, pianistas locas que se ahogan al fin en el lago del piano.

Soy ese ser final que mata y muere. Joder es acuchillar esposas por detrás, encender una hoguera en el interior nevado de una empleada, ejercitar la vida, sentir cómo mi cuerpo, cuerpo pesado de animal enfermo, flota por un instante, derriba árboles en el bosque, mata alimañas o ilumina el miedo de las mujeres castas con un orgasmo de silencio y grito.

Paseo por las mañanas desde los derribados cipreses —¿recordáis?— del comienzo optimista de mi libro, hasta el rincón orinado donde un gato de odio me espera y me interroga. Miro desde el tejado las gentes que no saben qué hacer con la mañana, y ya de madrugada, cuando los últimos amigos/enemigos han acallado en whisky el odio/amor profundo que me tienen, entro en una farmacia de guardia y compro cualquier cosa: un barbitúrico o un preservativo.

Un calmante vitaminado o la píldora. Me miran con recelo, me piden la receta, pero al fin me lo dan, porque me conocen, mi cara tiene ya el prestigio del fracaso, la máscara de bronce del cansancio público. Comprar la píldora anti-baby, un estuche completo, no hace daño, lo mejor, lo más sofisticado, como dicen, no engorda ni produce embolias, regula las hermosísimas menstruaciones de la hembra.

No teniendo mujer, no habiendo a quién darle la píldora, es hermoso comprarse el estuche completo, decir que es para la esposa de uno, y tirar el paquete en un alcorque. Visito exposiciones que están cerradas, hago la ronda de las mil mujeres tristes y solas, putas y pobladas, como el que va a su finca y toma aquí una pera, allá otro fruto, y al final lo que tengo es una triste banasta de cansancio, y todos los sabores del amor en un solo sabor a menta y miedo. A mujer y edad.

Mi picha incendia mundos, sí, es todavía la tea que puede incendiar una casa por la base, abrasar una familia desde el sótano, pero todo eso me deja muy cansado, y al final me tiendo en un banco de madera (ahora el Ayuntamiento ha puesto algunos) con un libro en el pecho, y ese peso ligero, el pájaro de letras que es un libro, el piar silencioso de su tipografía, en cuanto lo abro, me consuela de no ser más que yo.

Me toco los cojones, me miro en los espejos y pienso que la muerte no me importa, de verdad no me importa, porque la muerte (lo han dicho todos los filósofos y todos los espabilados) en realidad no existe, es un vaso de agua. La muerte es una mierda. Lo grave es repasar la vida, el cáncer de los tiempos, las mil vidas que he sido, y afeitarme todavía para una almuerzo. Soy el ser barbitál y barbitúrico, la anfetamínica criatura que no se cansa nunca de mirar la hendidura infantil de las mujeres.

Y los ojos.

Mi máquina escribe sola. Los ángeles, como al santo, me hacen el trabajo. Un ángel de barbitúricos, otro de anfetaminas. Un torrefacto ángel de cafeína. Yo voy por el pasillo, me paseo, y les veo trabajar, o le miro las piernas a la criada, y sólo soy un animal enfermo o un cadáver saludable, una borrosa sensación de mí mismo, cuyo único dato claro, deslumbrante, es una picha firme, casi siempre, que puede violar a una segadora cuando bebe agua, a una traductora cuando se toma el té, a mujeres malignas, como L/L, o a quien sea. Todavía, a cierta edad, puede un hombre incendiar el mundo, provocar catástrofes, abrasarse por dentro en un agua muy fresca y muy veloz.

Voy a bajar a la peluquería.

Yo te creé en este libro y lo incendiaste. No voy a hacer pirandellismo antiguo, pero has sido más verdad como literatura que como verdad. Más real como literatura que como realidad.

Mi experiencia de ti, pues, es la experiencia de la maldad pura, Leticia. Maldad pura, absoluta, el fuego mordiéndose a sí mismo. Y esa experiencia, sin ti, sin este libro, jamás la habría tenido. Como algunos gatos (tan observados por mí) se muerden en el rabo hasta herirse.

La maldad absoluta es como la bondad absoluta. Los absolutos son todos iguales y desconcertantes. No te has ido haciendo mala a lo largo de este libro, ni eres peor ni mejor ahora que te has ausentado de él, expulsada por mí con una bofetada de colonia. Eras, eres la maldad mala, pura en sí misma como un ángel malo. Los ángeles no son malos ni son buenos. La serpiente es serpiente, tan absoluta como el ángel.

Sólo el mal nieva en ti, tan ardientemente nieva que te abrasa. La imaginación de la nieve jamás ha dado con lo verde o lo oscuro. Cree que es azul lo que sólo es una variante de su blancura. El mal es la forma que toma en ti el bien. Para qué más. No son más actantes uno que otro.

Suelen ir empujándose en la vida, ayudándose uno al otro, el mal empuja el bien, y viceversa. Por eso, la bondad absoluta es tan monstruosa como la maldad absoluta. Eres absolutamente mala, que es como ser absolutamente buena.

No eres monstruosa por mala, sino por absoluta. He amado tu maldad inmaculada. Tu maldad virginal, sin retroceso. No sabía lo que amaba. Sólo sabía que eras una pieza única, marginal a las especies y las mareas. No se sabe, cuando el hallazgo emerge del océano, si es alabastro o barro o un cadáver iluminado por los peces. El mal no es malo. La maldad no es mala. Ni siquiera hace daño. Hace más daño el mal cocido en bondad, el bien cocinado por la maldad, que es de lo que nos alimentamos.

Tú, mala de una pieza, no puedes hacer daño. Eres mármol sin vetas. Terminas en ti misma. Estás completa. El ángel está condenado al cielo. Como no hay cielo, está condenado a sí mismo. Eso te pasa a ti, L/L.

Mas si viene el otoño con sus grandes heridas, con su gangrena verde y negra de flores como árboles enteros, mas si viene el otoño con su funeral de relojes y de plata, con su desastroso calendario y su cadena rota de perro que ha huido de sí mismo, entonces te recordaré más, aspiraré tu ausencia por Madrid.

Puede ser la tarima encendida de una casa, la moneda del sol vista de canto, eso que la vida añade a mi vida, esa ración de no se sabe qué, esa porción que el otoño añade a mi ya muy cargada biografía, o la ventana de siempre, que fotografía trenes lejanísimos cuando nadie la ve. Y entonces, como un preso al que han dado una libertad no deseada, como un desconcertado recluso que despierta en la noche comprobando que la cárcel de piedra y moho ha desaparecido de en torno a él, entonces, aterido y herido, te recordaré más, y he de rehacer tu cuerpo, como miga de pan —un trabajo de presos—, hasta tener tu pelo de distancia, o la maldad tan fresca de tu boca, hasta tener un cuello de acuática soberbia o unos pechos triunfales como el primer manzano.

Otoño es un entierro al que se llega tarde. Un funeral por alguien de quien no nos acordamos ya bien. Otoño es la imposición de placas y de cintas a los muertos en pie del camposanto. Y yo, muerto ilustre al que alguien, por descuido, ha dejado la picha fuera de su chaqué de muerto, estoy aquí, estaré, rígido y triste, mirando cómo vienes, cómo vas, visitando otros muertos por otros cementerios, repartiendo tu ropa por las tumbas.

Imagino en otoño, si octubre es un gran río desbordado hacia el cielo, tu cuerpo de otro invierno, tu vientre giratorio, el sabor de tu piel, como fruta de mercados muy lejanos, como fruta comprada muy temprano, no en Legazpi, sino en la orgía frutal de otros mayoristas. Cáscara azul, tu piel, donde muerdo, mordía el sabor de las niñas que se miran el sexo cuando orinan.

Mas si viene el otoño.

Escucha, hablo de ti, meto un folio en la máquina, te escribo, o más bien te describo, ese sexo explicado por un vello inocente, ese sexo pugnaz, boca de fuente, brocal de mujer, sitio donde abreviar males y sueños.

Otoño está en la calle como un entierro de lujo, como un magnicidio, no sé, como el desfile de las fuerzas vivas, con patenas y santos, con toda la liturgia inútil de las estaciones. Mi cristal me separa de los meses, pero el tiempo me cose y me descose, igual que a los demás, porque el tiempo, zapatero de portal, hace de un hombre un saco mal cosido, un pellejo de vino remendado con el vino corriendo por las calles, por las antiguas calles de mi vida, como sangre del muerto, como hilo de sangre que va cayendo, hilo delgado, del ataúd hermético, del tremendo violonchelo de la muerte.

No es un muerto el otoño, no hay cadáver alguno, no ha fallecido nadie importante en Madrid, según veo por los periódicos, sino que soy yo el muerto, el que sentado aquí, a la máquina, pone en limpio un invierno en que naciste como una fuente demasiado desnuda, o la primavera violenta y maltratada en que pintabas puertas, cosías hilos, almacenabas música y pasado, erigías a tus padres, soplabas el cristal que se sopla para hacer una copa, una gran copa, casa de luz y tallo en que has vivido o vives sin camisa.

Dibujaré tus piernas, la tardanza adorable de su línea, lo que tarda en llegar la ingle a los pies, lo que tarda en llegar la rodilla a las uñas furiosas, a las uñas malvadas, a las retorcidas uñas de tus pies infantiles, oh harpía, oh mi pequeña harpía, uñas que yo cortaba recortando despacio, con tijeras y miedo, la maldad apiñada de tu alma.

Dibujaré tu espalda como un instrumento musical desconocido, algo que nadie ha sabido pulsar nunca, sino mi boca de felino o mis dedos de tacto y de memoria.

Dibujaré tu culo, esa doble frialdad de papel y volumen, esa zona delgada donde la altitud sustituye a la abundancia, y soñaré despacio, como matando un ciervo o bebiendo tus líquidos, tu orina, con los glúteos ocultos, con las coles purísimas de tu

culo, donde el verano trajo dureza y esplendor y geografía.

El otoño es así, es la estación nocturna y filarmónica en que los muertos nos enamoramos de nuevo, miramos a las niñas por las tapias del cementerio y sufrimos recordando sus manos infantiles que nos mataron minuciosamente, clavándonos sortijas, dibujitos, calcomanías funestas en lo más delicado del viejo corazón. Hay un sol que me engaña en la ventana.

Hay un sol que me engaña, que es como una gran flor, como la gigantea enorme de mi infancia, como el eterno girasol del tiempo, pero los trenes pasan incluso cuando no pasan, se llevan jirones de tiempo, dejan ya irreconocible el cartel del otoño, como esos cartelones de circo que los chicos arrancan de las paredes. Esa cosa atigrada tiene el tiempo, esa gran muerte a rayas, vivimos entre las rendijas de la vida y de la muerte, hay barrotes de luz y barrotes de sombra en la celda interior en que me interno, condenado a mí mismo por mí mismo, y hay tristeza.

Sólo aquí con mi máquina, sin bajar a la calle, sin unirme a la solemne comitiva, sin tomar una copa al vuelo en el sarao letal del otoño, en la boda elegante que se está celebrando en algún sitio, en medio de los parques vacíos, sigo aquí con mi máquina, fabricando tu cuerpo, como si esto fuera una máquina de coser, añorando el sabor de tu vagina, el tiempo en que yo era muralla con musgo, con juntas de siglos, y tus manos, lagartijas recientes, recorrían ese musgo, esa muralla, al sol delgado de otro invierno más feliz. Ahora sólo es otoño y estarás orinando mientras escribo.

Orinando en cuclillas, fontana de ti misma, y quizá recordándome difunto.

Lo de Baudelaire pasó como tenía que pasar. El tipo acabó encarnando en un vecino de los bajos de mi casa, extranjero, pelirrojo, tambaleante, cirrósico, cirrótico y cianótico. Por las mañanas, cuando nos cruzábamos, yo veía en su mirada perdida, dentro de la que había una extraña fijeza, eso que a lo largo de este libro he llamado Baudelaire, y que no es sino la fatalidad última de la especie, encarnada mayormente en poetas, extranjeros llamados Allan e inquilinos que no pagan la renta. Inquietante.

Se desayunaba un par de ginebras y se curaba el temblor del alcohol con más alcohol. Había llegado a ese punto en que el paria parece que está haciendo de paria, resulta falso de tan verdadero: teatral. Como Baudelaire. Se murió en el portal, antes de llegar a su último desayuno de ginebra, este verano, y le pusieron en el sofá. La policía tardó diez horas en llegar y los niños entraban a ver al muerto, le sacaban botellines de los bolsillos y se los bebían. El barrio fue un barrio de niños alcohólicos, por un día. Dorotita le metía los dedos en la nariz al muerto.

También entraron pájaros a picotear su nariz de remolacha y vino, y algunos hicieron nido entre sus piernas. También entraron gatos a morderle las venas de las manos con esa precisión y finura con que lo hacen los gatos.

Un desastre.

Yo miré al muerto, al pasar, sabiendo bien de quién se trataba. El instinto catastrófico de la especie, ensañándose de pronto en el individuo, contra el individuo. Cada vez que veo eso en unos ojos, lo llamo Baudelaire. Ya lo he dicho. Pienso que con la muerte del vecino —un Baudelaire ya incómodamente cercano—, se habrá acabado la camada para siempre. Pero andan infinitos baudelaires por las cloacas y los estancos y los estancamientos. Claro que no hacen versos. Y si los hacen, mucho peor. De momento, me ha alegrado la muerte del vecino, el triunfo del buen burgués que soy sobre los viciosos y los oprobiosos.

Mi venganza, Leticia —¿venganza de qué?: vengarse no es más que una manera de seguir dialogando—, mi venganza ha sido hacerme cristalero de la música y regalar a otra todo el cristal de Malher/Mahler —como rayos se escriba—, cargar con la vidriería de su música y atravesar Madrid con alas de vidrio, dejando que toda la ciudad, con sus acacias de basura y oro, se refleje en la gran luna, en la extensa superficie, en el agua dura del músico que oías.

Tú volabas con Mahler/Malher, tenías unas alas de música (otras de cocaína o lo que fuese) para volar de mí, lejos, de prisa, alguien te dio esas alas, te regaló la música del músico, que escuchabas despacio, haciendo y deshaciendo tu cabeza, porque detrás de la música, como detrás del mar, siempre escuchamos a alguien que se fue, que está haciendo una travesía.

Yo era el que debiera haberte regalado discos de Mahler/Malher, haber inundado con calderos de agua musical —cada disco un caldero, o mejor cada caldero un disco— la copa celestial de tu vivir. Mas no me dio la gana.

Y ahora, de pronto, una tarde, muy a primera hora, me meto en una tienda, en unos grandes almacenes, cuya montaña de refrigeración me cristaliza ya, me craqueliza, y así cristalizado por el frío, como tú por la música, o el Malher/Mahler de los cojones, o tu desconocido amigo de masturbación y filarmonía, voy eligiendo, señorita, por favor, sección de discos, al fondo a la derecha, usted elige, al fondo a la derecha, yo elijo.

Primero está la fauna de los negros, cantantes de collar y dentadura. Hay que abrirse paso, a machetazos de frío industrial, contra la jungla espesa de los negros. Luego están los bordados maricones, triunfando en sus carpetas y elepés, con cara de payasos a quienes estuvieran dando por el culo mientras tocan el arpa para los niños gordos que van al circo.

Finalmente, los conjuntos profusos de los beatletizados, de los rollingstonizados, de los horteras de provincias (todo el mundo es provincia, todo es provincia fuera del éxito, y el éxito también). Se me entrecruzan multitudes de bergantes con su electrónica y con su porro.

Salvadas estas cercas, estas pululantes culturas musicales, especímenes del siglo, siglos largos, llego a la llamada música sinfónica, a la música clásica, barroca, romántica, todo ese rollo. Un mundo en rosa y sepia, en lámina de antaño y letra cursi, con la carota blanca de Andrés Segovia, aquí y allá, como el cocinero de la música que ha frito en la sartén de su guitarra chicharros musicales para todo un siglo.

Los románticos. Qué bien si hubieran escrito, por la pinta que tienen. Pero les dio por esa bobada de la música, que no dice nada a nadie, y por eso lo dice todo, en las llanuras ya de la obiedad. Y finalmente Malher/Mahler, del que sólo conozco a un mal actor que le puso de moda, por el cine, y me da por el culo, no me gusta, ni creo que a ti te guste (salvo el donante, claro, el hijoputa).

Pero hay a quien le gusta, hay quien entiende. Y me llevo su música, su ramo de cristal, escaparates enteros, muchos metros de vidrio, cargados a la espalda, para regalar Malher (ahora sí que me parece que lo he escrito mal) a otra chica tan rubia como tú, pero más buena.

Jódete, amor, Leticia, amor, Lutecia, que el bujarrón de Mahler ya es cosa mía.

He regalado Malher, Leticia, he regalado Mahler para vengarme un poco de mí mismo. Y cargado de vidrio y de reproches, abrumado de discos y cristales, confuso de venganza y melodías, he cruzado Madrid —esto es lo que quería contarte, es lo más importante, es lo más *narrativo*, ya me entiendes—, no sé hacia dónde, para darle a una chica, una mujer, unas alas de música, una arrancada ala de tu cuerpo, un trofeo, no sé, algo que ella no recibía como tal, qué sabía ella.

Me he vengado con Mahler poniendo sus cristales de música —cristalero del odio tonto, yo— en las ventanas de otra. He sido por Madrid, en el septiembre de salud y pólvora, un ángel de la música, un mozo de cuerda de la música, transportista de

Malher o de Mahler, como coños se llame ese cabrón, he sido arcángel de resentimiento, de soledad, de lucha y de pianos. El sol, sobre mis vidrios y maderas, fue la hoguera final, fue un deambulante incendio inapagado, algo que resumió el crepúsculo un instante. Cuando llegué a la casa, toda de sombra y trapos, con mi dádiva, ya casi me daba igual.

Y debe quedar claro, en fin, en este libro, que para darle por el culo a mi pequeña/perdida Leticia no le entraba yo siempre por detrás, como suelen o intentan quienes no saben, sino que la colocaba echada ante mí, levantando sus piernas al techo como para penetrarla vaginalmente, pero, utilizando la lubricación natural de sus exudados y mis espermas y salivas, le entraba por el recto, tan asequible en esa posición, tan asequible o más que la vagina. Esto da facilidades al follador, violencia a la violada y placer a ambos, ya que el pene, en este alojamiento, presiona de modo grato sobre la vagina y la vulva de la interesada, aparte, como siempre, los goces de la transgresión y la perplejidad del cuerpo (porque hay una perplejidad del cuerpo) al verse y saberse así saludado, habitado y homenajado. Eso era todo.

El escritor, a veces, es carne de multitud, se reparte en multitudes, y yo soy ése que, cuando quiere, cuando puede, cuando no quiere ni puede, se ve distribuido eucarísticamente entre las dulces leproserías de la cultura y la incultura, entre los hospitales variados de la gente, entre las rogativas, las romerías y los rosarios del alba de los pobres.

Qué se llevan de mí, qué les doy yo, qué milagro de panes y de peces pueden sacar trabajosamente de mi pecho, cuando yo nada soy, cuando tengo el día vacío y el corazón hueco como una habitación de paso, que sólo da a otra habitación. Pero hay días populosos, multitudes, hay esos días, inesperados, evitados, esperados inevitablemente, en que voy en volandas, como en mis propios y alegres funerales, repartiendo tipografía y chocolate.

Nunca he entendido, nunca entenderé esta eucaristía del escritor, en la que jamás soñaba, este ciudadano alzado entre ciudadanos, peatón en carruaje de peatones, paseado por plazas, exhibido en tribunas, reo glorioso de unos felices delitos literarios que ni siquiera recuerdo como míos.

Estoy seguro de que a lo que más se parece esto es al deslumbramiento amarillo del reo de muerte, del que va a ser llevado al patíbulo por delitos de sangre, ante toda una multitud que le ama y le odia y necesita su cabeza como pote de sangre del que todos beberán felices.

Guillotina de las multitudes, garrote vil del cielo, hacha alegre del día contra el torso estremecido del reo de gloria o muerte. Canibalismo del hombre, apetito del hombre por el hombre, qué sustancia nos damos, nos tomamos, por qué este alimentarse unos de otros, esta necesidad de una vida humana, siempre, en la vida humana. Sólo de otra existencia se alimenta la existencia, y así como él solo necesita salir a la compañía de las plazas, a la rueda de los desconocidos, así la multitud, que no es sino un solitario de mil cabezas, necesita la compañía de un hombre conocido, repartirse sus huesos y bolsillos, sus pañuelos y letras, sus botones, su semen, su saliva y su calderilla.

Como un día de tormenta viene de vez en cuando, en mi vida, ese día de multitudes, que ya muy de mañana truenan en no sé qué distancia. Y vienen a por mí, soy el ajusticiado por la gloria. Antes buscaba eso, eso me estremecía, algo esperaba de ello: ahora lo amo y lo temo con no sé qué dolorida y alegre resignación. Antes creía que, de entre la múltiple dádiva de todos, algo me iba a quedar entre las manos. Ahora sé que tantas manos no hacen sino bruñir la soledad de la mía, cuando me la estrechan.

Literatura en feria, política en la calle, eucaristías de las que el joven que fui esperaba el milagro, y ahora quieren que el milagro sea yo, que tan vacío acudo a proveer a todos. ¿Qué se llevan de mí, qué me toman, qué les doy? En mis días más vacíos, la multitud me saquea, cruzan hordas doradas por mis palacios de invierno ya eterno, y arrancan candelabros, libros, cuadros, me desgajan tapices interiores, luces íntimas, sin tiempo a que yo se lo regale, se lo done, porque los gestos del homenaje no son muy distintos de los gestos de la vindicación. Un homenajeado no es sino un reo inverso.

Días de flotar, de ir y venir, lejos de las mujeres que pudieran comprenderme, como a Cristo —qué perdido el hombre, cuando la multitud le roba de sus cuatro mujeres—, qué clavado y desclavado en el martirologio del amor general y anónimo, interminable descendimiento de una cruz que dura todo el día, penosa ascensión, levitación, asunción, entre paellas volantes y catálogos fríos, hacia los cielos de un día que muere, donde al fin me dejarán, colgado y solo, como un símbolo crucificado o una bandera herida.

¿Qué quieren de uno las multitudes, qué quieren del hombre los hombres? Nunca lo he sabido, pero no hay sino este canibalismo de la especie, esta gloriosa antropofagia por la que las multitudes se reparten un torero, un escritor, un asesino, un líder o un judío.

Qué alimenticio es el hombre para el hombre.

Estaba yo desprevenido, leyendo revistas en una esquina, escribiendo mi artículo de todos los días, mirando el culo matinal y optimista de las muchachas, cuando llegó la multitud, marea del día, y me llevó consigo.

Hay días de marea alta. No sólo en el mar, sino en el cielo. Y también en la humanidad. Sube la marea y se le lleva a uno, no como barca, sino como tronco de la playa, esos muñones de árbol, craquelados de sal, con niditos de agua, que nunca he entendido a la orilla de los mares.

No tengo estructura interior de barca, porque soy de tierra adentro, pero sí sé y siento lo que tengo de árbol cortado, de muñón que vive, de madera salvaje, de poliedro logrado jubilosamente por el hacha del tiempo —cada día un hachazo—, y vivo en las aguas altas que me llevan y pierden.

Qué darles, de mi pobreza, a estos pobres. Caligrafías, libros, botones descosidos, números, besos a las muchachas, horquillas para el pelo, algún dedo sobrante, que me lo quito y se lo arrojó, las yerbas de mi pelo, que dejo entre las manos de una chica, metacarpos ya reducidos casi a polvo, tabacos interiores para que se hagan un porro y me fumen en grupo, harinas de mi infancia para que se hagan panes baratos, peces de aquel río donde me ahogué de niño tantas veces, o la infinita longaniza de mi prosa. Yo ya no sé qué darles, pero insisten.

Son ellos, al final —yo ya lo sé— quienes a mí me dejan, no una confusión desvariante, sino la voz constituida, la presencia de un hombre, el diseño de un pobre, la estatura casual de una muchacha. Días de multitud, baños de multitud. El trámite del éxito es lo de menos. Lo importante es desaparecer un poco entre los infinitos yoes.

Porque empieza el éxtasis y empieza el pavor cuando les miro a la cara y todos son yo.

Embalsamado en mi paralelepípedo de días, enroscado fetalmente en mi cubo de nada, veo desde arriba/abajo las extensiones pálidas de octubre, un día luminoso, breve y humilde, que brilla bajo el gran día nublado.

Pero no te veo, L/L. He paseado ciudades por donde la semana dejaba jirones de tu cabellera en las esquinas, y naturalmente no eras. He frecuentado los cruces donde tu ira podía haber lucido como pelo al sol de mediodía. He hecho una tú de todas las mujeres, y apenas han podido resistir un momento el embeleco, por que no eran. Entonces la ciudad, un Madrid con mitologías de petróleo y oleadas quietas de muertos, se me ha quedado vacía, solitaria, como la luna después de marcharse los astronautas, sola ahora ya para siempre, ni siquiera mirada por el hombre, como durante siglos.

Lawrence Durrell viene a posarse en mi cubo de cielo otoñal, con alas de diplomático, y me toca el cuarteto de Alejandría, para violín y vagina.

—Una ciudad es un mundo si amamos a uno de mis habitantes.

Mi Alejandría interior es un Madrid rubio de ti, que llevo necrosado en el corazón. Mi Madrid interior es una Alejandría por la que ya no pasas.

Le doy a Lawrence Durrell sus libros para que me los firme. Los tengo en ediciones suramericanas, inglesas, españolas. Los tengo de tapa dura y blanda. Tengo *Limonos amargos*, que no me gusta. “Me tiraste un limón, y tan amargo...”. Y luego venía lo del “limonado hecho”. Tú, L/L, ya no cabes en los sonetos de Miguel Hernández, hechos para campesinas de leche y luto.

Tú lucirías mejor tu lucimiento en los cuartos del Cuarteto, en la Alejandría que es Madrid para ti cada noche, o era, de modo que estoy aquí suspendido, como las ciudades imaginarias de Italo Calvino, y Durrell se va como el último vencejo de la tarde (los diplomáticos visten de vencejo), quizá por no encontrarse con Calvino, ese escritor italiano del que nada sabe, probablemente, pues el lector suele hermanar en sus lecturas varias a gentes, autores que nada saben unos de otros, y que imaginamos en eterna tertulia de metáforas. Me acojo, ya te digo, al día mínimo y oro que luce bajo el gran día nublado. Octubre ladra sin ganas en las últimas huertas del calendario.

Puedo obtener mi pene y dárselo al arcángel San Gabriel para que se masturbe. Puedo prestárselo a la violinista negra para que lo babosee durante un año. Mas no haré nada de eso, porque en mi picha vives tú, de tanto como ella ha vivido en ti, y la picha/fetiché es lo que llevo ahí, olvidado, pero que cuando crece, engorda, late, me recuerda que ha sido pez de sangre en tu boca, llama sólida en tu vagina y en tu recto.

Así es como se llega al autofetiché y me miro la picha como el gran concertista se mira las manos, consciente de que son sagradas, pese a que también le valen para limpiarse el culo o meterse un dedo en la nariz. Por sus manos viven Mozart y Bach, y por mi picha vives tú, cuando no sé si vives o mueres (probablemente eres otra). Lo que no he llegado a entender bien es si mi picha es un fetiché de ti que guardo yo o un fetiché de mí que has olvidado tú y debiera estar contigo.

En todo caso, el aparato, tan sacrílego, ahora se ha vuelto sacro, y pienso que es lo único que tengo de ti, quizá porque —ay— fue lo único que tuviste de mí. Lejos de la ciudad y sus necrópolis, bajo el gran pez otoñal que boga pálidamente por la nada, miro hasta el final de mi vida como hasta el final de una heredad, y no se te ve por parte alguna, cogiendo moras entre las moreras o cortando flores por detrás del tapiz de los campos.

No estás.

El mundo se resuelve en lunes. Vivimos un cansancio que da sentido a los membrillos. Quieto aquí, relajado, escondido, transparente en mi cubo de cielo, amortajado por mi propio pensamiento, en mi paralelepípedo imparcial, vivo, solo ya para siempre, con un fetiché, con un exvoto, con una reliquia de mí que me has dejado de ti misma: con mi picha saludable y sola. ¿Existe una melancolía de la picha?

Madrid/Las Rozas, 1978



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.